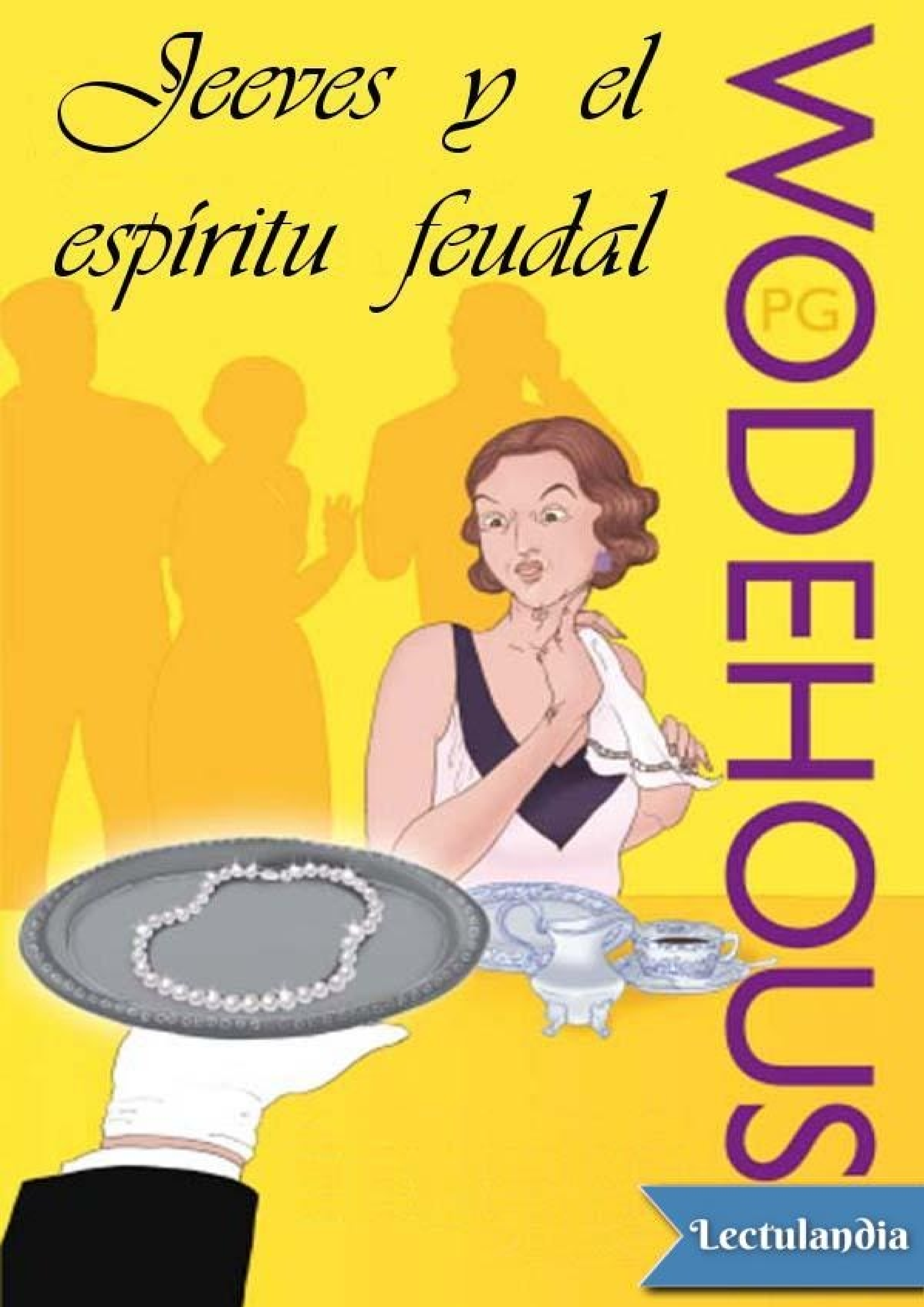

Jeeves y el espíritu feudal
PG
WODEHOUSE
Lectulandia

Cuando Bertie Wooster va a pasar unos días con su tía Dahlia en Brinkley Court y se encuentra de súbito prometido a la imperiosa Lady Florence Craye, la amenaza del desastre se cierne sobre todo y todos. Y mientras Florence se dedica a cultivar el espíritu de Bertie, su anterior novio, el fornido ex policía «Stilton» Cheesewright, amenaza con reducir su cuerpo a papilla y el nuevo admirador de Florence, el quejicoso poeta Percy Gorringe, trata de sablearle mil libras. Para colmo, Bertie ha incurrido en la desaprobación de Jeeves por dejarse bigote. Añádanse a esto un collar de perlas desaparecido, la revista de tía Dahlia Miladys Boudoir, su cocinero Anatole, el campeonato de dardos del Club de los Zánganos, el señor L.G. Trotter y esposa, de Liverpool, y se tendrán todos los ingredientes de una divertidísima novela de Wodehouse.

Lectulandia

P. G. Wodehouse

Jeeves y el espíritu feudal

ePUB v1.0
Arthur Paendragon 11.06.12

Título original: *Jeeves and the Feudal Spirit*
Fecha de publicación: 15/10/1954
Traducción: Jordi Mustieles

Editor original: Arthur Paendragon (v1.0)
ePub base v2.0

I

Sentado en la bañera, enjabonándome un meditativo pie y cantando, si no recuerdo mal, *Las pálidas manos que amé junto al Shalimar*, mentiría a mi público si dijera que me sentía hecho unas pascuas. La noche que se presentaba ante mí prometía ser una de esas veladas penosas que no hacen el menor bien a hombre ni animal. Mi tía Dahlia me había escrito desde Brinkley Court, su residencia campestre en Worcestershire, para solicitarme como favor personal que sacara a cenar a ciertos conocidos suyos, una pareja apellidada Trotter.

Según mi tía, se trataba de unos chinches de mucho cuidado que me aburrirían a muerte, pero era imperativo que les diese abundante jabón porque ella estaba por cerrar un delicado trato comercial con la mitad masculina del equipo, y en tales ocasiones cualquier ayuda cuenta. «No me falles, mi hermoso y dadivoso Bertie», concluía su carta, en un conmovedor tono de súplica.

Bien, esta Dahlia es mi tía buena y digna de alabanza, no confundirla con tía Agatha, la que mata las ratas a mordiscos y devora a su prole, así que cuando ella dice no me falles, yo no le fallo. Pero, como digo, la perspectiva de la fiesta no me entusiasmaba en modo alguno. Tal como yo veía el asunto, la maldición había caído sobre mí.

Y lo había hecho, además, en un momento en el que ya me hallaba espiritualmente abatido por la circunstancia de que, desde hacía un par de semanas o así, Jeeves se había ausentado para disfrutar de sus vacaciones de verano. Todos los años hacia comienzos de julio, abandona sus herramientas, el haragán, y se marcha a Bognor Regis a pescar gambas, dejándome en una situación muy semejante a la de aquellos poetas que nos obligaban a leer en la escuela, que siempre estaban lamentándose de haber perdido sus gacelas. Porque sucede que, privado de esta mano derecha, Bertram Wooster se convierte en una mera sombra de su yo anterior y no se ve en condiciones de hacer frente a unos infames Trotter.

Cavilando sombríamente acerca de estos Trotter, fueran quienes fuesen, empezaba a restregarme el codo izquierdo y había cambiado a *Ah, el dulce misterio de la vida* cuando mi ensoñación quedó interrumpida por el sonido de una suave pisada en el dormitorio, cosa que me hizo incorporar, alerta y, podría decirse, intrigado, con la mano paralizada en tomo de la pastilla de jabón. Si unos pies recorrían blandamente mis aposentos nocturnos, eso sólo podía significar, a mi modo de ver, y a no ser, por supuesto, que un ratero hubiera decidido visitarme, que el sostén del establecimiento había regresado de sus vacaciones, sin duda bronceado y en plena forma.

Un suave carraspeo me indicó que había razonado astutamente, así que solté la lengua.

—¿Es usted, Jeeves?

—Sí, señor.

—De nuevo en casa, ¿eh?

—Sí, señor.

—Bienvenido al 3a de Berkeley Mansions, Londres, W1 —exclamé, sintiéndome como un pastor que ve a la oveja perdida regresar mansamente al redil—. ¿Ha tenido unas buenas vacaciones?

—Muy placenteras, gracias, señor.

—Tendrá que contármelo todo.

—Naturalmente, señor, cuando a usted le resulte conveniente.

—Apuesto a que me mantendrá hechizado. ¿Qué está haciendo ahí?

—Acaba de llegar una carta para usted, señor. Estaba depositándola sobre el tocador. ¿Cenará hoy en casa, señor?

—No, fuera, ¡maldita sea! Una cita a ciegas con dos porciones de gorgonzola patrocinadas por tía Dahlia. O sea que, si quiere ir al club, no hay nada que se lo impida.

Como creo haber mencionado ya en estas memorias mías, Jeeves es miembro de un club bastante selecto para mayordomos y ayudas de cámara, llamado Ganímedes Junior y situado en algún lugar de la calle Curzon, y yo sabía que tras su ausencia de la metrópoli ardería en deseos de dejarse caer por allí y codearse con los muchachos, para recoger los hilos y todas esas cosas. Cuando yo paso una o dos semanas fuera, mi primera medida al regresar es siempre una visita inmediata a Los Zánganos.

—Ya me imagino la calurosa bienvenida que le dedicarán los miembros, con un hey-nonny-nonny y un buen cha-cha-chá —proseguí—. ¿Le he oído decir algo acerca de una carta para mí?

—Sí, señor. Ha llegado hace un momento por mensajero especial.

—¿Importante, cree usted?

—Sólo cabe conjeturarlo, señor.

—Valdrá más que la abra y lea su contenido.

—Muy bien, señor.

Hubo un entreacto como de un minuto y medio, durante cuyo transcurso, con el ánimo muy mejorado, interpreté *Sacad rodando el barril*, *Amo a una muchacha* y *Cada día te traigo violetas*, por el orden citado. A su debido tiempo, la voz de Jeeves se filtró a través del maderamen.

—La carta es de considerable longitud, señor. Tal vez sería mejor que me ciñera a lo esencial.

—Hágalo así, Jeeves. Estoy a la escucha.

—La envía cierto señor Percy Gorringe, señor. Omitiendo detalles superfluos y yendo a lo esencial, el señor Gorringe desea que le preste usted mil libras.

Di un brusco respingo, de modo que el jabón salió disparado de mi mano y cayó con un ruido sordo sobre la esterilla del baño. Sin advertencia previa para suavizar el sobresaltó, sus palabras me habían acobardado momentáneamente. No sucede a menudo que uno se vea ante un sablazo de tan majestuosa escala, la tarifa habitual suele ser un billete de cinco hasta el miércoles que viene.

—¿Cómo ha dicho, Jeeves? ¿Mil libras? Pero, ¿quién es este sabueso del infierno? Yo no conozco a ningún Gorringe.

—De su misiva deduzco que el caballero y usted no se conocen, señor. Pero dice ser hijastro de un tal señor L. G. Trotter, que, al parecer, está en buenas relaciones con la señora Travers.

Asentí con la cabeza. No sirvió de mucho, desde luego, porque él no podía verme.

—Sí, aquí pisa terreno firme —concedí—. Tía Dahlia conoce a Trotter. Es el fulano con quien me ha pedido que comparta el pesebre esta noche. Hasta aquí, todo correcto. Pero no veo que el hecho de ser hijastro de Trotter autorice a este Gorringe a suponer que puede sentarse sobre mi regazo y servirse de mi cartera a su gusto. Quiero decir que no es un caso de «Cualquier hijastro suyo, L. G. Trotter, es un hijastro mío». Caramba, Jeeves, si uno empieza a dejarse sablear por los hijastros, ¿adónde va a parar? Por el círculo familiar corre la voz de que uno es un buen proveedor y al momento se precipitan todas las hermanas y los primos y las tías y los sobrinos y los tíos para hacer valer sus derechos, con el resultado de varios heridos en la refriega. El piso queda hecho un caos.

—Hay mucho de cierto en lo que dice, señor, pero parece ser que no es tanto un préstamo como una inversión lo que solicita el caballero. Desea ofrecerle la oportunidad de contribuir con la suma citada a la producción de su versión dramática de la novela *La hoja espinosa*, de Lady Florence Craye.

—Ah, conque se trata de eso, ¿eh? Entiendo. Sí, uno empieza a seguir la línea de razonamiento.

Esta Florence Craye es…, bueno, supongo que se la podría considerar una especie de media prima mía, o prima en segundo grado, o algo por el estilo. Es hija de lord Worplesdon, y el viejo W., en un instante de locura temporal, se casó hace poco con mi tía Agatha *en secondes noces*, creo que ésta es la expresión. Se trata de una de esas jóvenes intelectuales, con la cabeza llena a rebosar de pequeñas células grises, y hace cosa de un año, quizá porque se hallaba inflamada con el divino fuego, pera más probablemente porque necesitaba alguna cosa que distrajera sus pensamientos de tía Agatha, escribió esta novela y fue bien acogida por la *intelligentsia*, que según es notorio tiende a disfrutar con las más espantosas sandeces.

—¿Ha leído *La hoja espinosa*? —inquirí, mientras recuperaba el jabón.

—La hojeé superficialmente, señor.

—¿Y qué le pareció? Adelante, Jeeves, no sea tímido. La palabra empieza con h.

—Bien, señor, yo no llegaría al extremo de aplicarle el adjetivo que me figuro tiene usted en mente, pero me pareció una producción un tanto inmadura que adolecía de significativos defectos de forma. Mis gustos personales tienden más hacia Dostoyevski y los grandes clásicos rusos. Con todo, la trama no estaba absolutamente desprovista de interés, y juzgo muy concebible que pudiera resultar atractiva para el público que frecuenta los teatros.

Reflexioné unos instantes. Intentaba recordar algo, pero no se me ocurría qué. Finalmente, di con ello.

—Pero hay algo que se me escapa —observé—. Recuerdo muy claramente que tía Dahlia me dijo que Florence le había dicho que cierto productor se había quedado con la obra e iba a presentarla en el teatro. «Pobre lelo mal aconsejado», respondí yo. Bien, en tal caso, ¿por qué Percy anda de un lado a otro tratando de asaltar a la gente de esta manera? ¿Para qué quiere las mil libras? Éstas son aguas profundas, Jeeves.

—Eso queda explicado en la carta del caballero, señor. Parece ser que un miembro del sindicato que financia la producción, que había prometido la suma en cuestión, se ha visto en la incapacidad de responder a sus obligaciones. Según tengo entendido, es algo que suele ocurrir con frecuencia en el mundo del teatro.

Reflexioné de nuevo, dejando que la humedad de la esponja se deslizara sobre el torso. Se presentó otro detalle.

—Pero ¿por qué Florence no le dijo a Percy que se arrimara a Stilton Cheesewright? Después de todo, es su prometido. Cualquiera hubiese creído que Stilton, unido a ella por los lazos del amor, era el candidato mejor situado.

—Es posible que el señor Cheesewright no tenga mil libras a su disposición, señor.

—Eso es verdad. Ya veo adónde quiere ir a parar. Yo, en cambio, sí que las tengo, ¿no es eso?

—Precisamente, señor.

La situación se había aclarado algo. Entonces que conocía los hechos, podía discernir que el gesto de Percy se fundaba en sólidos principios. Cuando uno trata de reunir mil libras, lo primero que ha de hacer, naturalmente, es acudir a alguien que tenga mil libras, y sin duda Florence le había informado de que yo nadaba en la abundancia. Pero su error había estado en suponer que yo era el rey de los primos y que tenía la costumbre de distribuir vastas sumas de dinero al mundo en general como si de alpiste se tratara.

—¿Financiaría usted una obra teatral, Jeeves?

—No, señor.

—Y yo tampoco. Creo que lo recibiré con un firme *nolle prosequi*, ¿está de acuerdo?, y mantendré el dinero dentro del viejo arcón de roble.

—Ciertamente, es el curso de acción que yo recomendaría, señor.

—Exacto. Percy se ha ganado un abucheo. Que con su pan se lo coma. Y ahora, pasemos a otro asunto más urgente. Mientras me visto, ¿querrá prepararme un cóctel tonificante?

—Desde luego, señor. ¿Un martini o uno de mis especiales?

—Lo segundo.

En mi voz no hubo la menor incertidumbre. Y no era sólo el hecho de enfrentarme a una velada con una pareja a la que tía Dahlia, siempre un buen juez, había descrito como unos chinches lo que explicaba esta decisión mía. También necesitaba tonificarme por otra razón.

En el curso de los últimos días, con la posibilidad de que Jeeves regresara en cualquier momento, no había dejado de parar mientes en el hecho de que, cuando por fin llegara el momento de vernos cara a cara, necesitaría algún tonificante de efectos asegurados que preparase mis nervios para el que inevitablemente iba a ser un encuentro comprometido, en el que habría de recurrir a toda mi determinación y mi voluntad de vencer. Si quería emerger de él triunfante, no debía dejar piedra por volver ni avenida por explorar.

Ya saben lo que sucede cuando dos hombres fuertes viven en estrecha yuxtaposición, si es yuxtaposición la palabra que quiero decir. Surgen desavenencias. Chocan las voluntades. Por todas partes saltan los motivos de discordia y empiezan a dar volteretas. Nadie era más vívidamente consciente que yo de que uno de tales motivos tenía prevista su aparición para el mismo instante en que me pusiera al alcance de la vista de Jeeves, y tenía el presentimiento de que unos simples martinis, pese a sus numerosos méritos, no bastarían para sostenerme durante la prueba que debía afrontar.

Fue con un estado de ánimo más bien tenso que sequé y vestí mi persona, y aunque tal vez sería excesivo afirmar que cuando entré en la sala de estar, cosa de un cuarto de hora más tarde me hallaba presa de una gran agitación, era innegablemente consciente de cierto nerviosismo. Cuando llegó Jeeves con la coctelera, me abalancé sobre ella como una foca sobre un trozo de pescado y me aticé un trago rápido, apenas me detuve para decir: «Ni te va, ni te viene».

El efecto fue mágico. Aquella sensación aprensiva me abandonó instantáneamente para ser sustituida por una sosegada impresión de poderío. No podría expresarlo de mejor manera que diciendo que, mientras el fuego recorría mis venas, Wooster el cervato tímido se convirtió al instante en Wooster el hombre de la voluntad férrea, preparado para cualquier cosa. Nunca he llegado a averiguar qué mete Jeeves en éstos especiales suyos, pero su capacidad de levantar la moral es extraordinaria. Despiertan el tigre dormido que hay en uno. Bueno, para que se hagan una idea, recuerdo que en cierta ocasión, tras tomar sólo uno de ellos, golpeé la mesa con el puño cerrado y ordené a tía Agatha que dejara de decir sandeces. Y no estoy

seguro de no haber dicho «malditas sandeces».

—Uno de sus mejores y más brillantes esfuerzos, Jeeves —dictaminé, volviendo a llenar la copa—. Estas semanas entre las gambas no han restado habilidad a su mano.

No respondió. Parecía haber perdido el don del habla, y pude constatar que su mirada, como había previsto que sucedería, estaba fija en las estribaciones superiores de mi boca. Era una mirada fría y cargada de desaprobación, como la que un comensal quisquilloso y no muy aficionado a las orugas podría dirigirle a una que se paseara por su ración de ensalada, y comprendí que el conflicto de voluntades para el que venía preparándome estaba a punto de alzar su fea cabeza.

Hablé suave pero firmemente. En estas ocasiones, no hay nada como la firmeza suave, y gracias al vivificante especial estaba en condiciones de mostrarme tan firmemente suave como el que más. No había espejo en la sala, pero si lo hubiera habido, y si yo hubiera captado un vislumbre de mi reflejo, sin duda habría visto algo muy semejante a un altivo señor del antiguo régimen a punto de informar a su personal doméstico de hasta dónde podíamos llegar.

—Parece que algo ha llamado su atención, Jeeves. ¿Tengo una mancha en la nariz?

Su expresión siguió siendo helada. Hay momentos en que tiene todo el aire de una gobernanta, y éste era uno de ellos.

—No, señor. En el labio superior. Una mancha oscura, como de sopa *mulligatawny*[1].

Asentí despreocupadamente.

—Ah, sí. El bigote. Se refiere a eso, ¿verdad? Me lo he dejado mientras estaba usted fuera. Muy distinguido, ¿no cree?

—No, señor, no lo creo.

Me humedecí los labios con el especial, más suave que nunca. Me sentía fuerte y dominante.

—¿Debo entender-que le desagrada?

—Sí, señor.

—¿No cree que me da un aire interesante? Un… ¿cómo podría decirlo? ¿Una especie de *diablerie*?

—No, señor.

—Me hiere y me decepciona, Jeeves —señalé, y tomé un par de sorbos, sintiéndome cada vez más suave—. Comprendería su actitud si el objeto en cuestión fuese una cosa exuberante y de puntas enceradas, como el de un sargento mayor, pero se trata únicamente del delicado vestigio de vegetación con que David Niven viene conquistando el aplauso de millones desde hace años. Cuando ve usted a David Niven en la pantalla, no retrocede horrorizado, ¿verdad?

—No, señor. Al señor Niven le favorece mucho su bigote. —¿Pero el mío no me favorece?

—No, señor.

Es en momentos como éste cuando un hombre comprende que el único curso de acción que tiene a su alcance, si quiere conservar su propia estima, es deslizar la mano de terciopelo en el guante de hierro, o mejor dicho, al revés. En tales ocasiones, la debilidad resulta fatal.

—Lo siento, Jeeves. Esperaba encontrar en usted comprensión y colaboración, pero si no puede ver la manera de comprender y colaborar, que así sea. Suceda lo que suceda, empero, yo mantendré el *status quo*. Es el *status quo* lo que mantiene la gente, ¿no? El crecimiento de este bigote ha sido fuente de considerables problemas e inquietudes, y no estoy dispuesto a cortarlo sólo porque ciertos individuos cargados de prejuicios, cuyos nombres no pienso citar, son incapaces de reconocer una cosa buena cuando la tienen ante sus ojos. *J'y suis, j'y reste*, Jeeves —concluí, poniéndome un poco parisiense.

Bien, tras esta espléndida exhibición de resolución por mi parte, supongo que el hombre no podía decir gran cosa, salvo quizá «Muy bien, señor» o algo por el estilo, pero, tal como sucedió, ni siquiera tuvo tiempo de decir eso, pues apenas había brotado la última palabra de mis labios cuando sonó el timbre de la puerta. Jeeves salió deslizándose sigilosamente y al cabo de unos instantes regresó deslizándose sigilosamente.

—El señor Cheesewright —anunció.

Y tras él se coló, pisando con fuerza, la figura corpulenta del pájaro a que acababa de hacer alusión. La última persona a quien esperaba ver y, para el caso, prácticamente la última a quien deseaba ver.

II

Ignoro si habrán vivido ustedes la misma experiencia, pero yo siempre he comprobado que existen ciertos fulanos cuya mera presencia tiende a hacerme sentir incómodo, lo que induce en mí la risa nerviosa, el manoseo de la corbata y el azorado arrastrar de pies. Sir Roderick Glossop, el eminente doctor para lunáticos, era uno de ellos, hasta que las circunstancias se combinaron de tal manera que tuve ocasión de penetrar su imponente fachada y conocer su mejor y más amigable aspecto. J. Washburn Stoker, con su costumbre de secuestrar a la gente en su yate y actuar con todo el despotismo de un pirata en las colonias españolas de América, era otro. Y un tercero es el citado G. D'Arcy («Stilton») Cheesewright. Sorprended a Bertram Wooster *vis-á-vis* con él y no lo habréis sorprendido en su mejor momento.

Teniendo en cuenta que ambos nos conocemos, como suele decirse, desde que éramos así de pequeños, ya que asistimos juntos a la misma escuela privada, a Eton y a Oxford, deberíamos ser, supongo, igual que Damón y como se llame, pero no es éste el caso en absoluto. En la conversación suelo referirme a él como «ese condenado Stilton», en tanto que él, según he sido informado por fuentes habitualmente dignas de crédito, no oculta su sorpresa y su preocupación por el hecho de que yo aún siga del lado bueno de los muros de Colney Hatch u otra institución semejante. Cuando nos encontramos, se produce siempre cierta rigidez y lo que Jeeves denominaría una imperfecta fusión del alma.

Uno de los motivos de que estén así las cosas, en mi opinión, es que Stilton perteneció durante algún tiempo a la policía. Ingresó en el cuerpo al salir de Oxford con la intención de ascender a un cargo preeminente en Scotland Yard, cosa que hoy en día suelen hacer muchos de los tipos que uno conoce. Es cierto que devolvió el silbato y la porra al poco tiempo porque su tío deseaba que emprendiera otro rumbo en su vida, pero estos guindillas, aunque se retiren, nunca llegan a sacudirse del todo ese aire de «¿Dónde estaba usted en la noche del quince de junio?», y, cuando el azar nos reúne, rara vez deja de hacer que me sienta como una rata de los bajos fondos detenida para ser interrogada a propósito de un reciente robo relámpago con rotura de escaparate.

Si a eso añadimos que su tío se gana el pan como magistrado en uno de los tribunales policiales de Londres, se comprenderá perfectamente por qué procuro evitarlo en la medida de lo posible y prefiero, con mucho, que se halle en otra parte. Todo hombre sensible se arredra ante la idea de compartir su intimidad con un ex polizonte por cuyas venas corre sangre de magistrado.

Así pues, cuando me puse de pie para recibirlo, un observador atento habría podido advertir en mi actitud algo más que un simple matiz de A-qué-debo-el-honor-de-esta-visita. No lograba imaginar con qué propósito había invadido mi intimidad de

esta manera, y otra cosa en la que me encontraba a oscuras era por qué, una vez invadida, se me había quedado mirando fijamente con una severa expresión de censura, como si la visión de mi persona lo hubiera herido en lo más vivo y ofendido sus mejores sentimientos. A juzgar por aquella mirada, yo bien hubiera podido ser un desecho de la sociedad sorprendido en el acto de pasar furtivamente cincuenta gramos de cocaína a otro desecho.

—¡Ja! —exclamó, y esto sólo habría bastado para anunciar a un espectador inteligente, si lo hubiera habido, que había pasado algún tiempo en las filas del cuerpo. Una de las primeras cosas que los Cuatro Grandes enseñan a los jóvenes reclutas es a exclamar «¡Ja!»—. Ya me lo figuraba —añadió, frunciendo el entrecejo —. Conque empinando el codo, ¿eh?

Éste era el momento en que, bajo condiciones normales, sin duda hubiera reído nerviosamente, manoseado la corbata y arrastrado los pies, pero, tras haberme echado al coleto dos especiales de Jeeves que aún ejercían su poderoso influjo, no sólo conservé la intrepidez sino que repliqué con notable gallardía, poniéndolo justo en su lugar.

—Temo no comprenderle, agente —dije fríamente—. Corríjame si me equivoco, pero tengo entendido que ésta es la hora del día en que un caballero inglés tiene por costumbre consumir unos breves sorbos de algún producto tónico. ¿Quiere usted acompañarme?

—No, no quiero —respondió seca y ofensivamente—. No estoy dispuesto a estropearme la salud. ¿Qué efecto crees que tendrán estas cosas sobre tu agudeza visual y la seguridad de tu pulso? ¿Cómo esperes acertar un doble si persistes en embrutecerte con bebidas espirituosas? Se me rompe el corazón.

Lo vi todo claro. Estaba pensando en el torneo de dardos.

El torneo anual de dardos es uno de los puntos culminantes dé la vida en el Club de Los Zánganos. Nunca deja de excitar el instinto deportivo de los miembros, haciendo que se arracimen en densas muchedumbres y adquieran sus billetes a diez chelines la postura, con el resultado de que la suma acumulada es siempre colosal. En esta ocasión Stilton había sacado mi nombre, y, puesto que Horace Pendlebury-Davenport, el vencedor del año pasado, se había casado y, por indicación de su esposa, dado de baja del club, la opinión más generalizada señalaba que yo, el finalista del año anterior, me llevaría el campeonato de calle. «Wooster —corría la voz de un lado a otro— es el vencedor seguro. Tiene un juego fantástico».

En vista de ello, supongo que en cierto modo podía considerarse natural que Stilton, quien si todo iba bien debería embolsarse cosa de cincuenta y seis libras con diez chelines, se hubiera formado la idea de que su misión en la vida consistía en procurar que me mantuviera en mis mejores condiciones. Pero no por ello me resultaba más fácil soportar esta incesante vigilancia. Desde que había echado una

ojeada a su billete, visto que ostentaba el nombre de Wooster y sabido que yo era el incuestionable favorito del torneo, su actitud hacia mí había sido la de un funcionario de reformatorio a quien hubieran indicado que no perdiera de vista a un más que medianamente emprendedor delincuente juvenil. Había tomado la costumbre de aparecer inesperadamente a mi lado en el club, olisquear el contenido de mi copa y dirigirme una mirada acusadora combinada con una brusca y siseante inspiración, y en ese momento lo tenía haciendo lo mismo en mi propia casa. Era peor que verse de nuevo enfundado en un traje de Pequeño Lord Fauntleroy, con tirabuzones en el pelo y una doncella de ojos penetrantes siempre cerca, vigilando hasta el último gesto de uno como un maldito halcón.

Estaba a punto de decirle cuán profundamente me molestaba ser acosado de esta manera cuando reanudó su discurso.

—Esta noche he venido a hablar seriamente contigo, Wooster —anunció, con un ceño de lo más desagradable—. Me escandaliza comprobar con qué frivolidad y ligereza te estás tomando este torneo de dardos. Parece que te niegues a tomar las más elementales precauciones para asegurar la victoria en el gran día. Es la historia de siempre. Exceso de confianza. Todos esos cabezotas no cesan de decirte que nadie puede hacerte sombra, y tú te lo tragas como esos bestiales combinados tuyos. Bien, pues permíteme que te diga que estás viviendo en las nubes. Da la casualidad de que esta tarde me he pasado por Los Zánganos y he visto a Freddie Widgeon ante el tablero de dardos, dejando boquiabiertos a los espectadores con una exhibición que cortaba el aliento. Su puntería era sensacional.

Agité una mano y sacudí la cabeza. De hecho, supongo que podría decirse que me encabrité. Había lastimado mi *amour propre*.

—¡Bah! —exclamé, entono de desdén.

—¿Eh?

—He dicho «¡Bah!» con referencia a F. Widgeon. Conozco de sobras su estilo. Llamativo, pero irregular. Será menos que el polvo bajo las ruedas de mi carruaje.

—Eso es lo que tú te imaginas. Exceso de confianza, ya te lo he dicho. Créeme si te digo que Freddie es un contrincante muy peligroso. Casualmente me he enterado de que lleva varias semanas sometiéndose a un riguroso entrenamiento. Ha dejado de fumar y todas las mañanas se baña con agua fría. ¿Te has bañado con agua fría esta mañana?

—Naturalmente que no. ¿Para que supones que sirve el grifo del agua caliente?

—¿Haces gimnasia sueca antes del desayuno?

—Jamás se me ocurriría hacer tal cosa. Dejemos estos excesos para los suecos, digo yo.

—No —protestó amargamente Stilton—. Lo único que haces es parrandear, jaranear y darte francachelas. Me dijeron que anoche estuviste en la fiesta de

Catsmeat Potter-Pirbright. Probablemente debiste regresar a las tres de la madrugada, alborotando el vecindario con gritos de borracho.

Enarqué una altiva ceja. Esta persecución policial era intolerable.

—Difícilmente podría esperar de mí, agente —respondí fríamente—, que me ausentara de la cena de despedida de un amigo de la infancia que dentro de uno o dos días ha de partir hacia Hollywood y que puede permanecer años enteros alejado de la civilización. Catsmeat se habría sentido herido en lo más profundo si le hubiese dado un plantón. Y no eran las tres de la madrugada, eran las dos y media.

—¿Bebiste algo?

—Apenas un mezquino sorbo.

—¿Fumaste?

—Apenas un mezquino cigarro.

—No te creo. Apuesto a que, si se supiera la verdad —prosiguió Stilton hoscamente, intensificando la tenebrosidad de su ceño—, te rebajaste al nivel de las bestias del campo. Apuesto a que la corriste como un marino en un *bistró* de Marsella. Y por el hecho de que en este mismo instante llevas una corbata blanca en torno del cuello y un chaleco blanco sobre tu sucio estómago deduzco que estás a punto de encaminar tus pasos hacia otra orgía innominada.

Proferí una de mis risas apagadas. La palabra me hacía gracia.

—Una orgía, ¿eh? He invitado a cenar a unos amigos de mi tía Dahlia, quien me ha advertido encarecidamente que prescinda del viejo Falerno puesto que mis invitados son abstemios. Cuando llegue el momento de llenar las copas, será con gaseosa, agua de cebada o tal vez zumo de lima. He ahí tus orgías innominadas.

Esto, como ya esperaba, ejerció un efecto suavizante sobre su acritud, si es acritud la palabra que quiero decir. No se puso cordial, porque no podía, pero se puso casi tan cordial como estaba en su mano ponerse. Prácticamente sonrió.

—Magnífico —exclamó—. Magnífico. Muy satisfactorio.

—Me alegra que te complazca. Bien, buenas noches. —Abstemios, ¿eh? Sí, eso es excelente. Pero evita las salsas y los platos pesados, y no dejes de acostarte temprano. ¿Qué decías?

—He dicho buenas noches. Supongo que tendrás que ir a alguna parte.

—No voy a ninguna parte. —Consultó su reloj—. ¿Por qué demonios las mujeres siempre llegan tarde? —se lamentó en tono irritable—. Tendría que haber llegado hace rato. Le he dicho montones de veces que si hay algo que enfade a tío Joe es que le hagan esperar a la hora de la sopa.

Esta referencia al sexo femenino me intrigó.

—¿Mujeres?

—Florence. Quedamos en encontrarnos aquí. Vamos a cenar con mi tío.

—Ah, ya veo. Bien, bien. Conque Florence se hallará entre nosotros en breve

plazo, ¿no es eso? Espléndido, espléndido, espléndido.

Hablé en un tono bastante caluroso y animado, tratando de infundir una nota jovial en la conversación, pero inmediatamente deseé no haberlo hecho, porque Stilton se estremeció como un enfermo de hidropesía y me dirigió una mirada penetrante, y me di cuenta de que nos habíamos metido en un terreno peligroso. Acababa de precipitarse una situación considerablemente delicada.

Una de las cosas que dificultan el surgimiento de una hermosa amistad entre G. D'Arcy Cheesewright y su servidor es el hecho de que, no hace demasiado tiempo, me vi lamentablemente involucrado en su vida amorosa. Encolerizada por algún sarcasmo que él se había permitido sobre las ideas progresistas modernas, pues las ideas progresistas modernas son prácticamente unas amigas personales de ella, Florence le dio puerta sin pensárselo dos veces y —muy contra mi voluntad, pero ella parecía desearlo— se convirtió en mi prometida. Y eso condujo a Stilton, hombre de pasiones volcánicas, a expresar sus deseos de descuartizarme miembro a miembro y danzar danzas salvajes sobre mis restos. También habló de revolverme la cara como una tortilla y restregármela por toda la Zona Oeste de Londres.

Por fortuna, antes de que las cosas llegaran a tan atroz extremo, el amor reanudó su trabajo en la antigua sede, con el resultado de que mi nominación fue cancelada y el peligro se desvaneció, pero en realidad él nunca ha llegado a superar este enojoso episodio. Desde entonces, pues, el monstruo de ojos verdes ha permanecido siempre más o menos a la expectativa, listo para entrar en acción a la primera de cambios, y tiende a catalogarme como una serpiente entre la hierba a la que no conviene quitar la vista de encima.

Así pues, aunque me inquietó, no me sorprendió en absoluto que me dirigiera una de sus miradas penetrantes y rezongara en tono ronco y gutural, como el gruñido de un tigre de Bengala ante el culí del desayuno.

—¿Qué significa eso de espléndido? ¿Tan impaciente estás por verla?

Comprendí que haría falta mucho tacto.

—No exactamente impaciente —respondí en tono conciliador—. La palabra es demasiado fuerte. Sólo se trata únicamente de que me gustaría conocer su opinión sobre mi bigote. Es una chica de buen gusto, y estoy dispuesto a aceptar su veredicto. Poco antes de que llegaras, Jeeves le ha dedicado unas críticas bastante destructivas que me han hecho vacilar un poco. Y, a propósito, ¿a ti qué te parece?

—Me parece horrible.

—¿Horrible?

—Ofensivo. Me recuerdas a algún elemento del coro de una revista en gira por provincias. Pero, ¿dices que a Jeeves no le gusta?

—Ésa es la impresión que me ha dado.

—Ah, entonces tendrás que afeitártelo. ¡Ya puedes dar gracias a Dios!

Me envaré. Me molesta la opinión, ampliamente difundida entre mi círculo de conocidos, de que soy un simple mandado en el hogar, acostumbrado a plegarse ante las órdenes de Jeeves como un servil subordinado de Hollywood.

—¿Afeitármelo? ¡Por encima de mi cadáver! Se queda exactamente donde está arraigado en su lugar. Me importa un comino Jeeves, si se me permite la expresión.

Se encogió de hombros.

—Bueno, supongo que eso es cosa tuya. Si no te importa parecer un pasmarote…

Me envaré un poco más.

—¿Has dicho un pasmarote?

—Eso he dicho, un pasmarote.

—Conque sí, ¿eh? Conque sí —repliqué, y es muy posible que, de no haber sido interrumpidos, la discusión se hubiera vuelto acalorada, pues me hallaba todavía bajo la influencia estimulante de aquellos especiales y no estaba de humor para tolerar impertinencias. Pero antes de que pudiera decirle que él era un asno cabezón, incapaz de reconocer lo extraordinario y lo bello aunque se lo mostraran ensartado en un espetón, el timbre de la puerta volvió a sonar y Jeeves anunció a Florence.

III

Volviendo la vista atrás, se me acaba de ocurrir que en aquel pasaje en que ofrecía un escueto retrato a pluma de Florence Craye —casi al principio de este relato, si lo recuerdan— puedo haber cometido una torpeza que les haya dejado con una impresión equivocada sobre ella. Informados de que era una muchacha intelectual que escribía novelas y estaba a partir un piñón con los jóvenes de abombada frente que frecuentan las cercanías de Bloomsbury, es posible que hayan ustedes conjurado en el ojo de su mente la imagen de algo bajo y regordete con manchas de tinta en la barbilla, como suelen lucirlas tantas representantes de la intelligentsia femenina.

Nada más lejos de la verdad. Florence es alta, espigada y de buen ver, con un perfil impresionante y un exuberante cabello rubio platino, y, por lo que al aspecto se refiere, podría ser la estrella del harén de uno de los sultanes de mejor categoría. He conocido a hombres fuertes que han caído derribados ante ella a primera vista, y rara vez sale a pasear sin arrancar silbidos de admiración a estadounidenses de visita.

Entró con paso alegre y vivaz, punta en blanco, y Stilton la recibió con una fría mirada a su reloj de pulsera.

—Conque por fin has llegado —comentó groseramente—. Ya era hora, maldita sea. Supongo que habías olvidado que a tío Joe le da un ataque de nervios si le hacen esperar a la hora de la sopa.

Supuse que este comentario suscitaría una réplica altiva, pues sabía que era una muchacha de carácter, pero Florence hizo caso omiso de esta regañina y vi que sus ojos, que son luminosos y de color avellana, se posaban sobre mí encendidos por una extraña luz. No sé si habrán visto alguna vez a una adolescente contemplando con arrobo a Humphrey Bogart en el cine, pero la actitud de Florence se orientaba en esta dirección. Más que un matiz del Despertar del Alma, si me expreso bien.

—¡Bertie! —gorjeó, estremeciéndose de proa a popa—. ¡El bigote! ¡Es magnífico! ¿Por qué nos lo has ocultado durante todos estos años? Es maravilloso. Te da un aire arrebatador. Cambia toda tu apariencia.

Bien, tras toda la mala prensa que el viejo hongo venía recibiendo en los últimos tiempos, cualquiera pensaría que una crítica tan entusiasta como ésa tenía que ser acogida con agrado. Quiero decir que, aunque uno sólo vive para su Arte, por así decir, y no suele parar mientes en los elogios o censuras del público y todas esas cosas, a uno siempre le viene bien algo que añadir al libro de recortes, ¿no es cierto? Pero el caso es que, me dejó frío, sobre todo hacia la parte de los pies. Advertí que mis ojos se desplazaban hacia Stilton, para ver cómo lo tomaba, y me inquietó constatar que lo tomaba muy a pecho.

Resentimiento. Ésta es la palabra que buscaba. Parecía decididamente resentido, como quien acaba de llevarse a la boca una ostra pasada en un restaurante, y yo no

estaba muy seguro de poder reprochárselo, pues su amada no sólo me había palmeado la mejilla con mano afectuosa sino que estaba contemplándome con ojos tan rendidos de admiración que cualquier prometido, ante semejante espectáculo, podría ser excusado si enrojecía un poco bajo el cuello de la camisa. Y Stilton, por supuesto, como ya he indicado, es un muchacho que podría darle a Otelo un par de golpes de ventaja y aun así ir por delante en el hoyo dieciocho.

Me pareció que, a menos que se tomaran medidas inmediatas por los canales adecuados, las pasiones contenidas podían desencadenarse de pronto, así que me apresuré a cambiar de tema.

—Háblame de tu tío, Stilton —sugerí—. Le gusta la sopa, ¿eh? Un gran aficionado al caldo, ¿no es eso?

Stilton se limitó a gruñir como un cerdo insatisfecho con su ración del día, de modo que volví a cambiar de tema.

—¿Qué tal va *La hoja espinosa*? —pregunté a Florence—. ¿Aún sigue vendiéndose copiosamente?

Había dicho lo indicado. Se puso radiante.

—Sí, va estupendamente. Acaba de salir otra edición. —Eso está bien.

—¿Sabías que la han adaptado para el teatro?

Oh, sí. Sí, algo he oído.

—¿Conoces a Percy Gorringe?

Torcí ligeramente el gesto. Proponiéndome, como me proponía, erradicar la alegría de la vida de Percy dándole una inexorable negativa antes de que el sol del día siguiente se pusiera, hubiera preferido mantenerlo al margen de la conversación. Respondí que el nombre me sonaba vagamente familiar, como si lo hubiera oído en alguna parte a propósito de algún asunto.

—Ha hecho él la dramatización. Y ha hecho un trabajo espléndido. En este punto, Stilton, que parecía alérgico a los Gorringe, soltó un bufido con su descortesía habitual. Dos cosas hay en G. D'Arcy Cheesewright que me desagradan especialmente: una, su costumbre de exclamar «¡Ja!», la otra, su tendencia, cuando está enojado, a emitir un sonido como el de un búfalo al sacar la pata de la ciénaga.

—Tenemos un director que va a montarla y ya tiene el reparto y todo eso, pero ha salido una pega de última hora.

—No me digas.

—Sí. Uno de los promotores nos ha fallado, y necesitamos otras mil libras. Pero todo se arreglará. Percy me ha asegurado que puede reunir el dinero.

Volví a torcer el gesto, y Stilton volvió a bufar. Siempre resulta difícil sopesar los bufidos en la balanza, pero diría que este segundo superó al primero en rudeza por un breve margen.

—¿Ese piojo? —saltó—. Ése no es capaz de reunir ni dos peniques.

Esto, desde luego, era una declaración de guerra. Los ojos de FIorence destellaron.

—No consentiré que llames piojo a Percy. Es muy atractivo y muy inteligente.

—¿Quién lo dice? —Lo digo yo.

—¡Ja! —exclamó Stilton—. Atractivo, ¿eh? ¿Y a quién atrae? —No importa a quién atraiga.

—Cítame a tres personas a las que haya atraído en alguna ocasión. ¿Y encima inteligente? Puede que tenga la suficiente inteligencia para abrir la boca cuando quiere comer, pero no más. Es una gárgola estúpida.

—No es una gárgola.

—Claro que es una gárgola. ¿Puedes mirarme a la cara y atreverte a negar que lleva patillas cortas?

—¿Por qué no habría de llevar patillas cortas?

—Supongo que ha de llevarlas, como es un piojo.

—Pues déjame que te diga…

—Oh, vamos ya —dijo Stilton con brusquedad, conduciéndola hacia la puerta. Mientras se retiraban, le recordó una vez más la renuencia de su tío a tener que esperar a la hora de la sopa.

Fue un Bertram Wooster pensativo, con más de unos pocos surcos en su frente, el que regresó a su sillón y aplicó cerilla al cigarrillo. Y les diré por qué estaba ceñudo y pensativo. El reciente fragmento de diálogo entre la joven pareja me había dejado sumamente incómodo.

El amor es una planta delicada que exige constantes cuidados y atenciones, y esto no se consigue soltando bufidos al objeto amoroso como explosiones de gas y tachando de piojos a sus amigos. Tenía la inquietante sensación de que no haría falta mucho para que el eje Stilton-Florence volviera a desinflarse, y en tal caso, ¿quién podía asegurar que la segunda, de nuevo en circulación, no decidiría apegarse otra vez a mí? Recordé lo que había sucedido la vez anterior y, como dijo alguien, el gato escaldado del agua fría huye.

El problema con Florence, comprendan, consistía en que, aunque indudablemente atractiva y, como ya he dicho, bien equipada para desempeñar el cargo de chica de calendario, era, como también he subrayado, intelectual hasta la médula, y un individuo corriente como pueda serlo yo hace bien en mantenerse tan lejos como le sea posible de esta clase de féminas.

Ya saben lo que sucede con estas sesudas y esforzadas representantes de lo que se denomina un carácter fuerte. No pueden dejar en paz el alma masculina. Quieren ponerse tras ella y comenzar a empujar. Apenas se han sacudido el arroz del cabello en el automóvil que las conduce hacia su luna de miel cuando se arremangan y empiezan a moldear a su compañero de penas y alegrías, y si hay algo que me fastidie

terriblemente, es que me moldeen. Pese a las críticas adversas de determinados sectores —un nombre que viene a los labios es el de tía Agatha—, me gusta B. Wooster tal como es. «Dejadlo estar —digo yo—. No tratéis de cambiarlo, porque podéis perder el aroma».

Incluso cuando solamente estábamos prometidos, recordé, esta mujer había arrebatado de mi mano las novelas de misterio y en su lugar me había indicado que leyera algo completamente espantoso de un pájaro llamado Tolstoi. Al pensar en los horrores que podían sobrevenir una vez el clérigo hubiese realizado su tarea y ella tuviese el derecho legal de acompañar mi pesarosa cabellera gris hasta la tumba, la imaginación se amilanaba. Fue un Bertram Wooster alicaído y aprensivo el que, al cabo de unos momentos, echó mano al sombrero y al abrigo ligero y salió hacia el Savoy para cebar a los Trotter.

La comilona, como ya había previsto, hizo muy poco o nada para mejorar mi ánimo. Tía Dahlia no había errado al afirmar que mis invitados resultarían unos chinches fuera de lo común. L. G. Trotter era un hombrecillo con cara de comadreja que apenas pronunció palabra durante toda la cena, porque, cada vez que lo intentaba, la luna de su deleite le hacía callar, y la señora Trotter un robusto peso pesado de nariz aguileña que no paraba de hablar, principalmente acerca de cierta mujer llamada Blenkinsop que contaba con toda su antipatía. Y nada que me ayudara a lo largo de tan sombrío proceso salvo el tenue y remoto eco de aquéllos especiales de Jeeves. Sentí un profundo alivio cuando al fin dieron la fiesta por terminada y quedé en libertad de salir tambaleándome hacia Los Zánganos en busca del reconstituyente que tan desesperadamente necesitaba.

Puesto que la práctica casi universal de los socios consiste en asistir a alguna forma de entretenimiento musical después de la cena, el salón de fumar se hallaba desierto cuando llegué, y no sería excesivo afirmar que, al cabo de cinco minutos, un cigarrillo entre los labios y un recipiente lleno a rebosar junto a mí, me sentía envuelto en una profunda paz. Los nervios en tensión se habían relajado. El alma maltratada estaba en reposo.

No podía durar, por supuesto. Estas treguas en la batalla de la vida nunca duran. Llegó un momento en que tuve la extraña sensación de no estar solo, y, al pasear la vista en torno, me encontré contemplando a G. D'Arcy Cheesewright.

IV

Este Cheesewright, tal vez habría debido mencionarlo antes, es un pollo que desde la misma cuna se ha dedicado asiduamente al ejercicio acuático. Fue capitán de los botes en Eton. Remó cuatro años para Oxford. Todos los veranos se pierde de vista durante la celebración de la regata Henley y transpira copiosamente con sus compañeros de embarcación en favor del Leander Club. Y si alguna vez visita Nueva York, no me cabe la menor duda de que dilapidará una fortuna navegando en bote por el lago de Central Park a veinticinco centavos el viaje. Sólo en contadas ocasiones el remo se aparta de su mano.

Bien, nadie puede hacer una cosa así sin desarrollar las fibras y los tendones, y todo este ajetreo de galeote lo ha dejado extraordinariamente robusto. Su pecho es ancho y en forma de barril, y los músculos de sus atezados brazos tan fuertes como flejes de hierro. Recuerdo que Jeeves se refirió en cierta ocasión a un conocido suyo diciendo que su fuerza era como la fuerza de diez, y esta descripción habría convenido admirablemente a Stilton. Tiene todo el aspecto de un luchador profesional.

Como soy un tipo bastante amplio de miras y comprendo que en el mundo ha de haber de todo, hasta el momento había contemplado esta corpulencia suya con amable tolerancia. Tal como yo lo veo, si hay fulanos que quieren ser corpulentos, que sean corpulentos. Que les aproveche, digo yo. Lo que no me gustaba nada en el momento de entrar en máquinas era el hecho de que, además de rebosar músculo en todas direcciones, me estaba contemplando airadamente de un modo sumamente siniestro, con todo el aire de uno de esos Locos del Hacha que siempre van por ahí Asesinando a Seis. Resultaba evidente que se hallaba muy agitado por algún motivo, y no exageraría ni un ápice si dijera que, cuando vi su mirada, me encogí en el sillón.

Creyendo que su desazón respondía a las circunstancias en que me había sorprendido, restaurando los tejidos con unos sorbos de la sustancia apropiada, iba a explicarle que el elixir que sostenía en mi mano era puramente medicinal y me había sido recomendado por un eminente doctor de la calle Harley, cuando exclamó:

—¡Ojala pudiera tomar una decisión!

—¿Qué decisión, Stilton?

—Si rompo tu sucio cuello o no.

Me encogí un poco más. Todo parecía indicar que me hallaba a solas en el desierto salón de fumar con un lunático homicida. Se trata de un tipo de lunático que me disgusta especialmente, y el lunático homicida que menos me gusta de todos es el que tiene un pecho de barril y los bíceps en proporción. Sus dedos, advertí, estaban retorciéndose, cosa que siempre es mala señal. «Ay, quién tuviera alas como una paloma» resume adecuadamente mis sentimientos mientras procuraba no fijarme en

sus dedos.

—¿Romper mi sucio cuello? —pregunté, tratando de obtener mayor información—. ¿Por qué?

—¿No lo sabes?

—Ni idea.

—¡Ja!

En este punto hizo una pausa para desalojar una mosca que había penetrado por la ventana abierta y se había enredado entre sus cuerdas vocales. Tras lograr su propósito, prosiguió:

—¡Wooster!

—Aquí estoy, viejo amigo.

—Wooster —repitió Stilton, y si no estaba rechinando los dientes es que no reconozco un rechinar de dientes cuando lo veo—, ¿qué idea se oculta tras ese bigote tuyo? ¿Por qué te lo has dejado?

—Bueno, eso es un poco difícil de explicar, naturalmente. Uno tiene estos caprichos. —Me rasqué la barbilla unos instantes.

—¿Tenías algún motivo inconfesable? ¿Es parte de un plan sutil para robarme a Florence?

—¡Mi querido Stilton!

—Lo encuentro muy sospechoso. ¿Sabes lo que ha ocurrido hace un momento, cuando hemos salido de casa de mi tío?

—Lo siento, no. En este terreno me encuentro a oscuras.

Volvió a rechinar los dientes.

—Pues yo te lo diré. Acompañé a Florence a su casa en un taxi, y durante todo el trayecto no paró de extasiarse con ese bigote tuyo. Me daba náuseas escucharla.

Sopesé la idea de decir algo en el sentido de que todas las chicas son iguales y es de esperar que se entreguen a sus sencillos entusiasmos, pero decidí que sería mejor no hacerlo.

—Cuando descendimos ante su puerta y me di la vuelta tras pagar al taxista, descubrí que estaba mirándome fijamente, examinándome desde todos los ángulos, sus ojos clavados en mi cara.

—Eso ha debido gustarte, ¿verdad?

—Cierra la boca. No me interrumpas.

—Muy bien. Sólo quería decir que debe de haber sido bastante grato.

Permaneció unos instantes cavilando sombríamente. Fuera lo que fuese lo que se había dicho en aquélla plática de amantes, se notaba que el mero hecho de recordarlo le afectaba como una dosis dé sales.

—Al cabo de un momento… —comenzó, y se detuvo de nuevo, luchando con sus sentimientos—. Al cabo de un momento —prosiguió, tras recobrar el habla—,

anunció que deseaba que yo también me dejara bigote. Dijo, y cito sus palabras, que cuando un hombre tiene una cara ancha y rosada y una cabeza como una calabaza, un pequeño adorno sobre el labio superior con frecuencia hace maravillas a efectos de aliviar la tensión. ¿Dirías tú que mi cabeza es como una calabaza, Wooster?

—De ninguna manera, viejo amigo. —¿No es como una calabaza?

—No, no es cómo una calabaza. Tal vez recuerde un poco a la cúpula de San Pablo.

—Bueno, pues ésta es la comparación que utilizó, y dijo que, si la dividía por la mitad con un mechoncillo de pelo, el alivio para peatones y tránsito rodado sería enorme. Está loca. Llevé bigote durante mi último año en Oxford y me daba un aspecto horrible. Casi tan aborrecible como el tuyo. ¡Aciago bigote! —exclamó, con gran sorpresa por mi parte, pues no suponía que conociera palabras cómo «aciago»—. «No me dejaría el bigote ni para complacer a un abuelo moribundo», repliqué. «Buen mamarracho parecería yo con bigote», le dije. «Es lo que pareces sin bigote», dijo ella. «Conque sí, ¿eh?», dije yo. «Sí, eso es», dijo ella. «¿Oh?», dije yo. «Sí», dijo ella. «¡Ja!», dije yo, y ella dijo «El Ja te lo quedas para ti».

Si hubiera añadido «Y te lo confitas», habría resultado más fuerte, desde luego, pero aun así debo decir que quedé bastante impresionado por el trabajo de Florence tal y como se apreciaba en este fragmento de diálogo. Me pareció cortante y atinado. Supongo que las chicas aprenden esta especie de esgrima verbal en sus escuelas femeninas. Y Florence, hay que tenerlo en cuenta, últimamente se había movido mucho por círculos bohemios —los estudios de Chelsea y los salones de la intelligentsia en Bloomsbury y lugares así—, donde las agudezas son siempre de alta categoría.

—Y así fue el asunto —añadió Stilton tras otra pausa para sus sombrías cavilaciones—. Una cosa llevó a la otra, cruzamos palabras acaloradas y, antes de que me diera cuenta, Florence me devolvió el anillo y dijo que me agradecería que le devolviera sus cartas tan pronto como me fuera posible.

Hice chascar la lengua. Me ordenó bastante bruscamente que no hiciera chascar la lengua, de manera que cesé de chascar la lengua y te expliqué que el motivo de que lo hubiera hecho así era que su trágico relato me había conmovido profundamente.

—Mi corazón sangra por ti —añadí.

—Conque sangra, ¿eh? —Profusamente.

—¡Ja!

—¿Acaso dudas de mi sinceridad?

—¡Vaya si dudó de tu infame sinceridad! Acabo de decirte que estoy intentando tomar una decisión, y lo que estoy intentando decidir es lo siguiente: ¿habías previsto que iba a pasar esto? Tu taimado y diabólico cerebro, ¿había calculado de antemano lo que tenía que suceder si te dejabas crecer el bigote y te exhibías con él ante

Florence?

Traté de reírme a la ligera, pero ya saben lo que pasa con estas risas a la ligera, que no siempre salen como uno desearía. Incluso a mí me sonó más bien como un gargarismo.

—¿Estoy en lo cierto? ¿Fue ésta la idea que anidó en tu taimado y diabólico cerebro?

—Desde luego que no. Si a eso vamos, yo no tengo un cerebro taimado y diabólico.

—Jeeves sí. La idea pudo ser suya. ¿Fue Jeeves quien tejió esta red para mis pies?

—¡Mi querido amigo! Jeeves no teje redes para pies. Lo consideraría una libertad. Además, ya te he dicho que es la punta de lanza del movimiento que desaprueba mi bigote.

—Ya veo qué quieres decir. Sí, pensándolo me siento inclinado a absolver a Jeeves de toda complicidad. Los hechos indican que el plan se te ocurrió a ti solo.

—¿Hechos? ¿A qué hechos te refieres?

—Cuando estábamos en tu piso y dije que esperaba la llegada de Florence, advertí algo muy significativo: tu rostro se iluminó.

—No fue así.

—Perdona. Sé cuándo un rostro se ilumina y cuándo no. Pude IMI en ti como en un libro abierto. Te dijiste, «Éste es el momento! ¡Ahora voy a sorprenderla!».

—De ninguna manera. Si mi rostro se iluminó, cosa que dudo mucho, fue únicamente porque razoné que en cuanto ella llegara tendrías que marcharte.

—¿Querías que me fuera?

—Sí. Estabas ocupando un espacio que me hacía falta para otros propósitos.

Era verosímil, desde luego, y pude ver que mis palabras hacían mella en él. Se pasó por la frente una mano como un jamón, deformada por los esfuerzos en el remo.

—Bien, tendré que reflexionar sobre el asunto. Sí, sí, tendré que reflexionar sobre el asunto.

—Yo te aconsejaría que te fueras y comenzaras ahora mismo. —Eso voy a hacer. Seré escrupulosamente justo. Sopesaré esto y aquello. Pero, si descubro que mis sospechas son correctas, te aseguro que sabré qué hacer al respecto.

Y con estas ominosas palabras se retiró, dejándome no poco abrumado por el peso de la aflicción. Pues, aparte el hecho de que cuando a un pájaro como Stilton se le mete en la cabeza que uno va tejiendo redes para sus pies puede ocurrir prácticamente cualquier cosa de índole virulenta y descomedida, pensar que Florence andaba suelta de nuevo me ponía la piel de gallina. Con el corazón acongojado, apuré mi whisky con un chorrito de agua y regresé a casa cabizbajo. «Wooster —parecía susurrarme al oído una vocecilla—, las cosas están calientes, muchacho».

Cuando entré en la sala, Jeeves estaba al teléfono.

—Lo siento —decía, y advertí que se mostraba tan firme y suave como lo había estado yo durante nuestro reciente conciliábulo—. No, por favor, le ruego que no insista. Me temo que ha de aceptar mi decisión como definitiva. Buenas noches.

Por el hecho de que no había salpicado sus frases con un montón de «señores», deduje que había estado hablando con algún compañero suyo, aunque, a juzgar por la sequedad de su tono, probablemente no se trataba de aquel cuya fuerza era como la fuerza de diez.

—¿Qué ha sido eso, Jeeves? —inquirí—. ¿Un ligero altercado con alguno de los muchachos del club?

—No, señor. Estaba hablando con el señor Percy Gorringe, que ha llamado poco antes de su llegada. Fingiendo ser usted, le he anunciado que su petición de mil libras no podía ser tomada en consideración. He juzgado que así podría evitarle una situación incómoda y embarazosa.

Debo reconocer que me sentí conmovido. Tras haber salido derrotado en nuestro choque de voluntades, hubiera sido de esperar que se mostrara rencoroso y remiso a desempeñar su papel feudal con el joven amo. Pero Jeeves y yo, por más que tengamos nuestras desavenencias —como podría ser el caso del adorno labial—, no permitimos que se enconen.

—Gracias, Jeeves.

—De nada, señor.

—Es una suerte que llegara usted a tiempo para hacer lo necesario. ¿Lo pasó bien en el club?

—Mucho, señor.

—Más que yo en el mío.

—¿Señor?

—Me encontré con Stilton Cheesewright, que estaba de un humor difícil. Dígame, Jeeves, ¿qué hacen en ese Ganímedes Junior suyo?

—Bien, señor, a muchos de los miembros les gusta una buena partida de bridge. Asimismo, la conversación rara vez deja de alcanzar un elevado nivel de interés. Y, si uno desea un entretenimiento más frívolo, están los libros del club.

—Los… Oh, sí, ya recuerdo.

Tal vez ustedes también recuerden, si por azar se hallaban presentes cuando narré los hechos en Totleigh Towers, la casa solariega de sir Watkyn Bassett, de cómo el libro del club me había permitido aplastar tan demoledoramente los poderes de las tinieblas bajo la forma de Roderick Spode. Como recordarán, el artículo once del Ganímedes Junior exige a los miembros que suministren detalles íntimos sobre sus patronos, a fin de incluirlos en el volumen, y sus páginas me revelaron que Spode, que era una especie de dictador aficionado y jefe de una banda llamada los Pantalones Negros, que iban por ahí en pantalones cortos de color negro gritando

«¡Heil, Spode!», se dedicaba también secretamente a diseñar ropa interior femenina bajo el nombre comercial de Eulalie Soeurs. Armado con este conocimiento, por supuesto, no me había resultado muy difícil reducirlo al nivel de una potencia de tercera categoría. Estos dictadores no quieren que una cosa así salga a la luz pública.

Pero, aunque el libro del club me había servido bien en aquella ocasión, estaba lejos de contar con mi aprobación. Mi carrera ha sido variopinta en numerosos sentidos, y no era grato pensar que todos los detalles de algunos episodios que yo preferiría enterrados en el olvido servían a diario para provocar la hilaridad de un puñado de mayordomos y ayudas de cámara.

—No podría usted suprimir el material Wooster de ese libro del club, ¿verdad, Jeeves?

—Me temo que no, señor.

—Contiene información que bien podría calificarse de explosiva.

—Muy cierto, señor.

—¿Y suponiendo que su contenido se divulgara y llegara a oídos de mi tía Agatha?

—No debe usted preocuparse por ello, señor. Todos los miembros comprenden perfectamente que la más absoluta discreción es un *sine qua non*.

—Con todo, me sentiría más tranquilo si esa página… —Esas once páginas, señor.

—… si esas once páginas fueran entregadas a las llamas. —Una idea me asaltó de pronto—. ¿Hay algo sobre Stilton Cheesewright en el libro?

—Cierta cantidad, señor.

—¿Perjudicial?

—No en el verdadero sentido de la palabra, señor. Su asistente personal se limita a informar de que tiene la costumbre de exclamar «¡Ja!» cuando se halla excitado, y que todas las mañanas hace gimnasia sueca desnudo antes del desayuno.

Suspiré. No había esperado obtener nada, pero aun así me sentía decepcionado. Siempre he sostenido justamente, a mi parecer, que nada alivia tanto la tensión de una situación difícil como un pequeño chantaje bien seleccionado, y habría resultado agradable hallarse en condiciones de ir en busca de Stilton para decirle, «Cheesewright, ¡conozco tu secreto!», y ver cómo se marchitaba ante mis ojos. Pero no puede uno obtener la menor auténtica satisfacción en este sentido si lo único que hace la parte contratante de la segunda parte es exclamar «¡Ja!» y retorcerse el cuerpo antes de zarpar hacia los huevos con tocino. Estaba claro que con el Stilton en cuestión no podría obtener un triunfo como el que había logrado en el caso de Roderick Spode.

—Oh, bien —dije con resignación—, si eso es lo que hay, eso es lo que hay, ¿no?

—Eso parece, señor.

—Sólo nos queda mantener la barbilla en alto y el labio superior tan rígido como sea posible. Creo que iré a acostarme con un libro para el perfeccionamiento del carácter. ¿Ha leído *El misterio del cangrejo de río rosado*, de Rex West?

—No, señor, no he disfrutado de esa experiencia. Oh, perdón, señor, me olvidaba. Lady Florence Craye llamó por teléfono poco antes de que usted llegara. Su señoría quedaría complacida si le devolviera usted la llamada. Voy a buscar el número, señor.

Me sentí intrigado. No entendía a qué venía esta llamada. Naturalmente, no había motivo para que Florence no quisiera hablar conmigo, pero, por otra parte, tampoco se me ocurría un motivo para que quisiera.

—¿No dijo qué deseaba?

—No, señor.

—Es extraño, Jeeves.

—Sí, señor… Un momento, milady, le paso al señor. Wooster.

Cogí el auricular de sus manos y saludé con un «Hola».

—¿Bertie?

—Al aparato.

—Espero que no estuvieras en la cama.

—No, no.

—Ya lo suponía. Bertie, ¿querrás hacer algo por mí? Quiero que esta noche me lleves a un club nocturno.

—¿Eh?

—Un club nocturno. De baja estofa. Quiero decir, vulgar y todo eso. Es para el libro que estoy escribiendo. Atmósfera.

—Oh, ah —respondí, comprendiendo de inmediato. Lo sabía todo sobre ese asunto de la atmósfera. La esposa de Bingo Little, la conocida novelista Rosie M. Banks, es una gran experta en eso, o así me lo ha dicho muchas veces Bingo. Con frecuencia lo manda a tomar notas sobre esto y aquello, a fin de tener abundante munición para su próximo capítulo. Al parecer, cuando uno es novelista tiene que cuidar mucho la atmósfera, pues si no el público empieza a escribir cartas de protesta que comienzan: «Querida señora: ¿es usted la que…?».

—¿Estás escribiendo algo acerca de un club nocturno?

—Sí, justo estoy llegando a la parte en que mi héroe acude e uno, y yo jamás he estado en ninguno excepto en esos respetables a los que va todo el mundo, que no son en absoluto lo que a mí me hace falta. Lo que necesito es algo más…

—¿Vulgar?

—Sí, vulgar.

—¿Y quieres ir esta noche?

—Ha de ser esta noche, porque mañana por la tarde me voy a Brinkley.

—Oh. ¿Vas a visitar a tía Dahlia?

—Sí. Bueno, ¿puedo contar contigo?

—Oh, desde luego. Encantado.

—Bien. Tenía que acompañarme D'Arcy Cheesewright —añadió Florence, y no me pasó por alto ese acerado como-se-llame en su voz—, pero al parecer le resulta imposible. Por eso he tenido que recurrir a ti.

«Habría podido expresarlo con más tacto», pensé, pero lo dejé pasar.

—Muy bien —respondí—. Te recogeré hacia las once y media.

¿Les sorprende? ¿Están ustedes diciéndose, «Vamos, vamos, Wooster, ¿a qué viene esto?», preguntándose por qué me había dejado alistar para una expedición de la que fácilmente habría podido excusarme? La cuestión es susceptible de una pronta explicación.

Mi rápido cerebro, como verán, había detectado instantáneamente que ésta era una ocasión idónea para hacerme un poco de bien a mí mismo. Tras haber suavizado a la muchacha con alimentos y bebida, ¿quién sabía si no podría conseguir que se produjera una reconciliación entre ella y el pedazo de queso con quien hasta esa misma noche avanzaba camino del altar, eliminando así el peligro que siempre se cernería sobre el horizonte de Wooster en tanto ella permaneciese sin compromiso y con la rienda suelta? Sólo harían falta, estaba seguro de ello, unas palabras benévolas por parte de un comprensivo hombre de mundo, y yo estaba dispuesto a suministrárselas en abundancia.

—Jeeves —le informé—, vuelvo a salir. Eso significa que deberé aplazar la conclusión de *El misterio del cangrejo de río rosado* hasta una fecha posterior, pero esto no puede evitarse. En realidad, tengo el pleno convencimiento de que ya le he arrancado su secreto. O mucho me equivoco, o el hombre que despachó a sir Eustace Willoughby fue el mayordomo.

—¿De veras, señor?

—Tal es mi opinión, después de haber examinado las pistas. Toda esa historia de arrojar las sospechas sobre el vicario no me engaña ni por un instante. ¿Quiere llamar a La Ostra Moteada y reservar una mesa a mi nombre?

—¿No demasiado cerca de la orquesta, señor?

—Cuánta razón tiene, Jeeves. No demasiado cerca de la orquesta.

V

Ignoro a qué se debe, pero últimamente no soy hombre de ir mucho a clubes nocturnos. El peso de los años, supongo. Sin embargo, aún sigo siendo socio de una media docena de ellos, entre los que se cuenta este La Ostra Moteada donde había indicado a Jeeves que me reservara una mesa.

El viejo local había conocido una existencia bastante inquieta desde la fecha en que había acudido por primera vez, y de cuando en cuando recibo una nota cortés de los propietarios donde me informan de que ha vuelto a cambiar de nombre y dirección una vez más. Cuando hicieron una redada en El Queso Febril, se convirtió en El Límite Congelado, y cuando hicieron una redada en El Límite Congelado, ostentó durante algún tiempo, entre nieve y hielo, la extraña divisa de La Gamba Sorprendida. De ahí a La Ostra Moteada, por supuesto, sólo había un paso. En mi acalorada juventud había pasado no pocas veladas placenteras bajo su techo, en sus diversas encarnaciones, y calculé que, si conservaba algo remotamente parecido a su vieja forma, debería de ser lo bastante vulgar para complacer a Florence. Tal como yo lo recordaba, más bien tenía a gala su vulgaridad. Por eso los polizontes siempre estaban haciendo redadas.

Me presenté en su piso a las once y media y la encontré de un humor sombrío, los labios comprimidos, los ojos inclinados a contemplar el espacio con una especie de brillo helado. No cabe duda de que algo por el estilo es siempre la consecuencia de una brusca riña con la media naranja. Durante el recorrido en taxi se mantuvo prácticamente tan silenciosa como una tumba, y por la manera en que su pie no cesó de golpear el suelo del vehículo comprendí que estaba pensando en Stilton, y aunque, desde luego, me sería imposible decir si lo hacía con angustia de espíritu o no, me parecía lo más probable. Mientras la seguía al interior del local, en conjunto me sentía optimista. Me parecía que, con un poco de suerte, lograría coronar con éxito la tarea que yacía ante mí, a saber, suavizarla con palabras bien escogidas y sacar a la superficie sus mejores cualidades.

Cuando tomamos asiento y miré a mi alrededor, debo confesar que, para el propósito que me animaba, hubiera preferido unas luces más tenues y un *tout ensemble* más romántico, si es *tout ensemble* la expresión que quiero decir. También habría podido prescindir del intenso olor a arenques ahumados que impregnaba el establecimiento como una neblina. Pero contra estos inconvenientes podía oponerse el hecho de que arriba en el escenario, donde estaba la orquesta, un hombre con vegetaciones adenoideas cantaba ante un micrófono, y, como todos los hombres que hoy en día cantan ante un micrófono, derramaba a paladas un material bien calculado para derretir el corazón más duro.

Es curioso. Conozco a uno o dos compositores de canciones y los cuento entre los

más joviales de mis conocidos, siempre dispuestos a sonreír y llenos de salidas graciosas y cosas así. Pero en el momento en que aplican la pluma al papel, nunca dejan de adoptar el punto de vista lúgubre. Me refiero a todas esas historias de «Nos estamos distanciando y me rompes el corazón». La cuestión que este pájaro nos exponía a través del micrófono tenía que ver con un tipo que lloraba sobre su almohada porque la chica a la que amaba iba a casarse al día siguiente, pero, y ahí estaba el quid o la pega, no con él. Eso no le gustaba. Contemplaba la situación con pesadumbre. Y el del micrófono extraía hasta la última gota de jugo de este planteamiento.

Algunos individuos, no cabe duda, habrían aprovechado este sentimentalismo empalagoso para zambullirse sin tardanza en lo que Jeeves denomina medias res, pero yo, con mi astucia, sabía que a estas cosas se les ha de dar tiempo para que hagan su efecto. Así pues, tras pedir arenques y una botella de lo que probablemente resultaría ser matarratas, inicié la conversación en un tono más comedido, preguntándole qué tal iba su nueva novela. A los escritores, sobre todo cuando son mujeres, les gusta que uno esté bien informado al respecto.

Ella me contestó que iba muy bien, pero no deprisa, porque trabajaba despacio y minuciosamente, reflexionaba bastante entre párrafo y párrafo y no regateaba esfuerzos para encontrar la palabra precisa que expresara exactamente lo que deseaba decir. Igual que Flaubert, añadió, y yo le dije que, en mi opinión, iba por el buen camino.

—Éstos —le expliqué— fueron más o menos mis métodos cuando escribí aquella cosa para el *Boudoir*.

Me refería a ese semanario para personas de buena crianza, *Milady's Boudoir*, del que mi tía Dahlia es la cortés y popular propietaria. Viene editándolo desde hace unos tres años, para mayor desazón de tío Tom, su marido, que debe hacer frente a las facturas. A petición de ella, en cierta ocasión contribuí con un artículo —o una «pieza», como decimos los periodistas— titulada «Lo que lleva hoy el hombre bien vestido».

—Así que mañana te marchas a Brinkley —proseguí—. Te gustará. Aire puro, caminos de grava, buena compañía, la cocina de Anatole y todo eso.

—Sí. Y, naturalmente, será magnífico conocer personalmente a Daphne Dolores Morehead.

El nombre me resultó nuevo.

—¿Daphne Dolores Morehead?

—La novelista. Estará allí. Admiro muchísimo su obra. Y, a propósito, he visto que está haciendo un serial para el *Boudoir*.

—¿Ah, sí? —dije, intrigado. A uno siempre le gusta estar al tanto de las actividades de sus colegas escritores.

—Debe de haberle costado una fortuna a tu tía. Daphne Dolores Morehead es espantosamente cara. No recuerdo cuánto cobra por millar de palabras, pero es una cifra enorme.

—La revista debe ir viento en popa. —Eso supongo.

Habló con indiferencia, como si hubiera perdido todo interés por el *Milady's Boudoir*. Sin duda sus pensamientos estaban de nuevo con Stilton. Paseó una mirada apática por la sala, que había comenzado a llenarse. La pista de baile estaba abarrotada de espantosos saltarines de ambos sexos.

—¡Qué gente más horrible! —comentó—. Debo decir que me sorprende que estés familiarizado con esta clase de lugares, Bertie. ¿Son todos así?

Sopesé la pregunta.

—Bueno, algunos son mejores y otros son peores. Yo diría que éste viene a ser un término medio. Vulgar, desde luego, pero dijiste que querías un sitio vulgar.

—Oh, si no me quejo. Podré tomar algunas notas útiles. Es exactamente el tipo de establecimiento al que había imaginado que Rollo acudía aquella noche.

—¿Rollo?

—El héroe de mi novela. Rollo Beaminster.

—Ah, ya entiendo. Sí, naturalmente. A correrse una juerguecita, ¿eh?

—Estaba de un humor turbulento. Fiero. Desesperado. Acababa de perder a la muchacha que amaba.

—¡Qué me dices! —exclamé—. Cuéntame más.

Hablé con animación y energía, pues, dígase lo que se diga de Bertram Wooster, nunca podrá decirse que no reconoce su apunte cuando lo oye. Dadle la entrada y él hará lo demás. Me preparé la laringe. Para entonces, ya habían llegado los arenques y la botella, y tomé un bocado de los primeros y un sorbo de la segunda. Sabía a loción capilar.

—Lo que dices me interesa extrañamente —le aseguré.—. Conque perdió a la muchacha que amaba, ¿no es eso?

—Le dijo que no quería volver a verlo ni hablar con él nunca más.

—Bien, bien. Eso siempre es un duro golpe para un muchacho.

—Así que se mete en un club nocturno de baja estofa. Está tratando de olvidar.

—Pero apuesto a que no lo consigue.

—No, es inútil. Contempla el bullicio chillón y vulgar que le rodea y se da cuenta de cuán vacío es todo eso. Creo que podré utilizar a aquel camarero de allí para la escena del club nocturno, el de los ojos acuosos y el grano en la nariz —concluyó, anotando unas palabras en el dorso del menú.

Me fortifiqué con una tragantada de la sustancia inidentificable contenida en la botella y me dispuse a soltarle mi discurso.

—Siempre es un error —comencé, haciéndome el comprensivo hombre de mundo

— eso de que el fulano pierda a la chica, y viceversa, si es ésta la palabra que quiero decir, que la chica pierda al fulano. No sé qué pensarás tú del asunto, pero, tal como yo lo veo, es una tontería dar e! pasaporte al hombre de tus sueños por un simple quítame allá esas pajas. Un beso y a reconciliarse, es lo que yo digo siempre. Esta noche he visto a Stilton en Los Zánganos —añadí, yendo directo al grano.

Se puso rígida y engulló un discreto bocado de arenque. Su voz, cuando el lote hubo pasado por la escotilla y ella quedó en condiciones de hablar, era fría y metálica.

—¿Ah, sí?

—Estaba de un humor turbulento.

—¿Ah, sí?

—Fiero. Desesperado. Contempló el salón de fumar de Los Zánganos y noté que se daba cuenta de cuán vacío era ese salón de fumar.

—¿Ah, sí?

Bien, supongo que si hubiera llegado alguien en ese momento y me hubiese preguntado «Hola, Wooster, ¿cómo va la cosa? ¿Estás haciendo progresos?», habría tenido que responder negativamente. «Ninguno perceptible, Wilkinson», o Banks, o Smith, o Knatchbull-Huguessen, o cualquiera hubiera sido su apellido, así habría debido responderle. Tenía la incómoda sensación de haberme metido en una situación embarazosa. No obstante, perseveré.

—Sí, se hallaba en un estado lamentable. Me dio la impresión de que no haría falta mucho para que decidiera marcharse a las Montañas Rocosas a cazar osos grises. No es una idea muy alegre.

—¿Si a uno le gustan los osos grises, quieres decir?

—Yo pensaba más bien si a uno le gustan los Stiltons.

—A mí, no.

—¿Oh? Bueno, ¿y si se alistara en la Legión Extranjera?

—Me compadecería de la Legión.

—Pero no te gustaría imaginártelo avanzando penosamente por la arena ardiente, mientras los rifeños o como se llamen disparan contra él desde todas direcciones.

—Sí que me gustaría. Si viera a un rifeño tratando de disparar contra D'Arcy Cheesewright, le sostendría el sombrero y le susurraría palabras de aliento.

Una vez más, tuve la sensación de no estar haciendo progresos. Su expresión, observé, era fría y dura, igual que mi arenque ahumado, al que había descuidado un tanto durante esta conversación, y comencé a comprender cómo debían de sentirse esos pájaros de las Sagradas Escrituras después de su sesión con la víbora sorda. He olvidado los detalles, aunque una vez gané un premio en mi escuela privada por Conocimiento de las Escrituras, pero recuerdo que después de bregar y darse un tute para encantarla, después de caer rendidos de cansancio, nada sacaban en limpio. Es lo

que suele suceder con las víboras sordas, según tengo entendido.

—¿Conoces a Horace Pendlebury-Davenport? —pregunté, tras una pausa bastante prolongada durante la cual nos dedicamos a nuestros arenques respectivos.

—¿El que se casó con Valerie Twistleton?

—El mismo. El antiguo campeón de dardos del Club Los Zánganos.

—Lo conozco. Pero, ¿por qué lo sacas a relucir?

—Porque sirve de moraleja y adorna el relato. Durante su período de noviazgo con Valerie, tuvieron una querella de calibre comparable a la que se ha producido entre Stilton y tú, y estuvieron a punto de romper para siempre.

Me dirigió una mirada helada.

—¿Es necesario que hablemos del señor Cheesewright?

—Yo lo veo como el gran tema de esta noche.

—Pues yo no, y creo que me iré a casa.

—Oh, todavía no. Quiero hablarte de Horace y Valerie. Tuvieron fa querella que he mencionado y, como digo, podrían haber roto para siempre de no haberse reconciliado gracias a los buenos oficios de una mujer que, según dice Horace, tenía aspecto de criar perros cocker spaniels. Esta mujer les contó una historia conmovedora que derritió sus corazones. Les dijo que en otro tiempo había amado a un fulano y que riñó con él por una fruslería, y entonces él giró en redondo y se marchó a la Federación de Malasia, donde se casó con la viuda de un plantador de caucho. Y, desde entonces, la mujer no dejó de recibir todos los años un sencillo ramillete de violetas blancas con una nota que rezaba: «Hubiera podido ser». No te gustaría que a Stilton y a ti os sucediera lo mismo, ¿verdad?

—Me encantaría.

—¿No te hiere el corazón pensar que en este mismo instante puede estar recorriendo las oficinas de las compañías navieras para informarse sobre las próximas salidas hacia la Federación de Malasia?

—A estas horas estarán cerradas.

—Bueno, mañana a primera hora, entonces.

Dejó el cuchillo y el tenedor y me dedicó una extraña mirada. —Bertie, eres extraordinario —declaró.

—¿Eh? ¿Por qué extraordinario?

—Por todas estas tonterías que estás diciendo para que me reconcilie con D'Arcy. No es que no te admire por ello. Lo encuentro maravilloso por tu parte. Ya lo dice todo el mundo, que aunque tienes un cerebro como el de un pavo real, eres el alma misma de la amabilidad y la generosidad.

Bien, yo aquí me hallaba en desventaja debido a la circunstancia de que, al nunca haber conocido un pavo real, era incapaz de juzgar la calidad de la inteligencia de estas aves, pero Florence había hablado como si anduvieran un poco escasas de

materia gris, y me disponía a preguntarle quién diablos era «todo el mundo» cuando prosiguió:

—Tú querrías casarte conmigo, ¿verdad?

Tuve que ingerir otro sorbo de la sustancia de la botella antes de poder decir palabra. Una de esas preguntas difíciles de responder.

—Oh, sí, claro —contesté, pues estaba decidido a que la velada fuera un éxito—. Desde luego: ¿Y quién no?

—Y, aun así, tú…

No pasó de la palabra «tú», pues en esta coyuntura, y con toda la brusquedad con que siempre suceden estas cosas, empezó una redada en el local. La orquesta paró de tocar en mitad de un compás. Un silencio repentino cayó sobre la sala. Hombres de mandíbula prominente se repartieron estratégicamente entre las mesas, y uno de ellos, que parecía capitanear el equipo, se situó en él centro y con una voz como una sirena de niebla ordenó que nadie se moviera de su asiento. Recuerdo haber pensado que había sido una intervención muy bien calculada, ya que irrumpieron precisamente cuando la conversación acababa de tomar un giro desagradable y amenazaba volverse de lo más embarazosa. He oído decir cosas muy duras contra el cuerpo de policía londinense —especialmente a Catsmeat Potter-Pirbright y algunos otros, en la mañana siguiente a la regata entre Oxford y Cambridge—, pero un hombre con sentido de la justicia debía reconocer que en ciertas ocasiones daban muestras de un tacto en absoluto desdeñable.

No me sentí alarmado, por supuesto. Había pasado por experiencias semejantes con relativa frecuencia, como suele decirse, y sabía qué iba a suceder. Así que, al constatar que mi invitada estaba haciendo una buena imitación de un gato sobre un ladrillo al rojo, me apresuré a disipar sus temores.

—No te preocupes —le dije—. Nada hay aquí por lo que verter lágrimas, nada por lo que gemir ni golpearse el pecho —añadí, utilizando una frase de Jeeves que me vino a la memoria—. Todo está perfectamente en orden.

—Pero, ¿no van a arrestarnos?

Me reí jovialmente. ¡Estos novicios!

—Absurdo. No existe el menor peligro de ello.

—¿Cómo lo sabes?

—Estoy acostumbrado a estas cosas. Te resumiré el procedimiento en cuatro palabras. Nos rodean y nos llevan ordenadamente a comisaría en camionetas sin distintivos. Allí nos congregamos en la sala de espera y damos nuestros nombres y direcciones, tomándonos cierta libertad en cuanto a los detalles concretos. Yo, por ejemplo, generalmente suelo llamarme Ephraim Gadsby, de Los Geranios, avenida del Jubileo, Streatham Common. No sé por qué. Un simple capricho. Tú, si te dejas guiar por mí, serás Matilda Bott, del 365 de la avenida Churchill, East Dulwich. Una

vez concluidas estas formalidades, quedaremos en libertad de retirarnos, dejando que el propietario haga frente a la pavorosa majestad de la justicia.

No quiso tranquilizarse. El parecido a un gato sobre ladrillos al rojo se hizo más pronunciado. Aunque el tipo de la sirena de niebla había dado instrucciones para que no nos moviéramos del asiento, se incorporó de un salto como si en el suyo hubiera una tachuela.

—Estoy segura de que no va a ser así.

—Así será, si no han cambiado las reglas.

—Tendremos que presentarnos ante un juez.

—No, no.

—Bien, pues lo que es yo no pienso correr ese riesgo. Buenas noches.

Y abandonando ágilmente su lugar se abalanzó hacia la puerta de servicio, que no quedaba muy lejos de nuestra mesa. Y un policía cercano, aullando como un sabueso, se lanzó en su persecución.

Si actué o no con prudencia en estas circunstancias es una cuestión sobre lo que nunca he logrado decidirme. A veces pienso que sí, considerando que el Caballero Bayard en mi lugar habría hecho lo mismo, y a veces creo que no. Lo que ocurrió, explicado brevemente, fue que cuando el gendarme se acercaba al galope, yo extendí una de mis piernas, a consecuencia de lo cual se dio el porrazo de su vida. Florence desapareció, y el guardián de la paz, tras quitarse la bota izquierda de la oreja derecha, donde había quedado temporalmente atascada, se puso de pie y me anunció que estaba detenido.

Como en el momento de decirlo me tenía cogido por el cogote con una mano y por los fondillos de los pantalones con la otra, no vi ningún motivo alguno para dudar de su honrada palabra.

VI

Pasé la noche en lo que se denomina cautiverio vil, y a primera hora de la mañana siguiente fui arrastrado al banquillo del tribunal policial de la calle Vinton, acusado de resistencia a la autoridad y de obstaculizar a un agente de la ley en el cumplimiento de sus deberes, lo cual se me antoja una forma bastante limpia de expresarlo. Estaba sumamente hambriento y necesitaba un afeitado.

Era la primera vez que me relacionaba con el tipo de la calle Vinton, ya que hasta entonces siempre había frecuentado a su competidor de la calle Bosher, pero Barmy Fotheringay-Phipps, que le fue presentado el día uno de enero de cierto año, me había asegurado que era un hombre a evitar en la medida de lo posible, y la verdad de esta afirmación se me hizo patente con la mayor claridad. Mientras escuchaba al policía que narraba el desarrollo de los acontecimientos, me pareció que Barmy, al describir a este Solón como un huevo de veinte minutos con muchas de las cualidades menos halagüeñas de un alto funcionario de la Inquisición española, había suavizado más que exagerado los hechos.

El aspecto del viejo cascarrabias no me gustaba en absoluto. Su actitud era austera, y a medida que avanzaba la narración, su rostro, severo de por sí, se oscurecía y se endurecía en una expresión de amenaza. No cesaba de dirigirme fugaces miradas de soslayo a través de sus quevedos, y hasta el ojo menos perspicaz hubiera podido advertir que el agente se llevaba toda la simpatía del público y que el ciudadano llamado a representar el papel de Malo en esta obra era el prisionero Gadsby. Experimenté la sensación cada vez más intensa de que el prisionero Gadsby iba a recibirla en toda la cresta, y suerte tendría si no terminaba en la Isla del Diablo.

No obstante, cuando la cuestión del *j'accuse* hubo concluido y se me preguntó si tenía algo que decir, procuré mostrarme a la altura. Reconocí que en la ocasión de que estábamos charlando había extendido una pierna, provocando así que el agente cayera base sobre vértice, pero aduje que se había tratado de un simple accidente sin la menor *arriére-pensée* por mi parte. Expliqué que, tras una prolongada estancia en la mesa, me sentía algo anquilosado y solamente había querido relajar los músculos de la pierna.

—Ya sabe usted que a veces uno necesita un estirón —concluí.

—Me siento muy inclinado a dárselo —respondió el magistrado—. Una larga condena[2].

Reconociendo acertadamente el rasgo de humor, proferí una amistosa carcajada para demostrar que mi corazón estaba del lado bueno, y al momento un *quídam* entremetido gritó «¡Silencio!» Traté de explicar que el agudo ingenio de su señoría me había hecho desternillar de risa, pero el tipo volvió a hacerme callar, y su señoría pasó de nuevo al primer plano.

—No obstante —añadió, ajustándose los quevedos—, en consideración a su juventud, voy a mostrarme clemente.

—¡Oh, magnífico! —exclamé.

—Una multa[3] —replicó la otra mitad del número cómico, que parecía conocer todas las respuestas—, exactamente. Diez libras. El siguiente caso.

Pagué mi deuda con la sociedad y salí a la calle.

Cuando llegué al viejo hogar, Jeeves estaba ganándose el sobre semanal atareado en alguna faena doméstica. Me miró, enarcando una inquisitiva ceja, y consideré que le debía una explicación. Sin duda le había sorprendido descubrir que mi habitación estaba vacía y que no había dormido en mi cama.

—Anoche tuve un ligero contratiempo con los esbirros de la ley, Jeeves —le informé—. Una repetición de esa historia de «Eugene Aram marchó entre dos corchetes con grillos en las muñecas».

—¿De veras, señor? Es muy enojoso.

—Sí, no me gustó mucho, pero el magistrado, con quien acabo de comentar el asunto, se lo ha pasado de maravilla. He llevado un rayo de sol a su monótona existencia, no cabe duda. ¿Sabía que estos magistrados son unos hábiles humoristas?

—No, señor. Este dato había escapado a mi atención.

—Piense en Groucho Marx y se hará una idea. Un chiste detrás de otro, y todos a costa mía. Yo hacía el papel de comparsa, y debo decir que la experiencia me ha parecido de lo más desagradable, sobre todo teniendo en cuenta que no había consumido un desayuno que un gastrónomo digno de este nombre pudiera llamar desayuno. ¿Ha pasado alguna vez la noche en chirona, Jeeves?

—No, señor. En este sentido, puedo considerarme afortunado.

—Es algo que abre extraordinariamente el apetito. Así que ponga manos a la obra, si no le importa, y afánese con la sartén. ¿Tenemos huevos en la casa, supongo?

—Sí, señor.

—Necesitaré unos cincuenta, fritos, con quizás el mismo número de libras de bacón. Y también tostadas. Probablemente bastará con cuatro hogazas de pan, pero esté preparado para añadir más en caso necesario. Y no olvide el café, digamos dieciséis cafeteras.

—Muy bien, señor.

—Y después de eso —añadí, con un toque de amargura—, supongo que saldrá corriendo hacia el Ganímedes Junior para anotar este problemilla en el libro del club.

—Me temo que no tengo alternativa, señor. El artículo once es muy estricto.

—Bien, si debe hacerlo, debe hacerlo, supongo. No querría que lo arrastraran al interior de un círculo de mayordomos y le arrancaran los botones. Ese libro del club, Jeeves… ¿Está absolutamente seguro de que en la C no hay algo sobre Cheesewright?

—Nada más que lo que le indiqué anoche, señor.

—¡Y de mucho me sirve! —exclamé, malhumorado—. No me importa decirle, Jeeves, que este Cheesewright se ha convertido en una amenaza.

—¿De veras, señor?

—Yo albergaba la esperanza de que pudiera usted encontrar algo en el libro del club que me permitiera quitar la pólvora a sus cañones. Pero si no puede ser, no puede ser, naturalmente. Muy bien, apresúrese y tráigame ese desayuno.

En la cama dé tablones que la Gestapo de la calle Vinton había juzgado oportuno disponer para uso de sus clientes sólo había podido dormir de manera intermitente, así que, tras ingerir una copiosa colación, me deslicé entre las sábanas. Como Rollo Beaminster, quería olvidar. Debía de ser bien pasada la hora del almuerzo cuando el timbre del teléfono me arrancó de mi sopor. Sintiéndome considerablemente refrescado, me enfundé una bata y acudí al aparato.

Era Florence.

—¿Bertie?

—¿Hola? Creía que habías dicho que hoy te ibas a Brinkley.

—Ahora mismo salgo. He llamado para preguntarte cómo te fue anoche, después de que yo me fuera.

Solté una risa sin alegría.

—No demasiado bien —respondí—. Las fuerzas del orden me llevaron detenido.

—¡Cómo! Pero si dijiste que no te arrestaban.

—No lo hacen. Pero lo hicieron.

—Y ahora, ¿estás bien?

—Bueno, tengo un aspecto demacrado.

—Pero no lo entiendo. ¿Por qué te detuvieron?

—Es una larga historia. Abreviándola en lo esencial, advertí que sentías grandes deseos de irte, de manera que, al ver que un polizonte salía en pos de ti con las peores intenciones, extendí la pierna para hacerle la zancadilla, con lo que perdió todo interés en el caso.

—¡Santo Dios!

—Me pareció la política más prudente a seguir. Un instante más y te habría atrapado por el fondillo de los pantalones, y, por supuesto, no podemos consentir este tipo de cosas. El resultado del asunto fue que pasé la noche encerrado en una celda y tuve una mañana bastante difícil con el magistrado del tribunal policial de la calle Vinton. Con todo, estoy recuperándome la mar de bien.

—¡Oh, Bertie! —Profundamente conmovida, en apariencia, me agradeció profusamente mi gesto y yo le dije que no valía la pena mencionarlo. A continuación, dio una boqueada repentina como si hubiera recibido un puñetazo sobre el tercer botón del chaleco—. ¿Has dicho la calle Vinton?

—En efecto.

—¡Oh, Dios mío! ¿Sabes quién era ese magistrado?

—No sabría decirle. No intercambiamos nuestras tarjetas. Nosotros, los muchachos del banquillo, le llamamos su señoría.

—¡Es el tío de D'Arcy!

Solté una interjección. La noticia me había sorprendido no poco.

—¡No lo dirás en serio!

—Sí.

—¡Cómo! ¿El aficionado a la sopa?

—Sí. ¡Imagínate si, después de haber cenado con él anoche, me presento esta mañana ante él en el tribunal!

—Muy embarazoso. Sería difícil saber qué decir.

—D'Arcy nunca me lo habría perdonado.

—¿Qué?

—Hubiera roto el compromiso.

No acabé de entender bien.

—¿Qué quieres decir?

—¿Qué quiere decir qué?

—¿Qué quiere decir que hubiera roto el compromiso? Yo pensaba que ya estaba roto.

Emitió lo que creo suele describirse como una risa chispeante.

—Oh, no. Me ha telefoneado esta mañana y ha bajado del burro. Y yo le he perdonado. Hoy mismo empieza a dejarse crecer el bigote.

Experimenté un profundo alivio.

—Bueno, eso es espléndido —respondí, y cuando ella me dedicó un «Oh, Bertie» y yo le pregunté a qué venía ese «Oh, Bertie», me explicó que estaba impresionada por el hecho de que yo fuera tan caballeroso y generoso.

—En tu lugar, sintiendo lo que sientes por mí, muy pocos hombres se comportarían como tú lo haces.

—Tienes toda la razón.

—Me siento muy conmovida.

—No pienses más en ello. Así que la cosa ha quedado arreglada, ¿eh?

—Sí. Conque procura no susurrarle ni una palabra a D'Arcy acerca de que anoche estuve en ese lugar contigo.

—Claro que no: —D'Arcy es celosísimo.

—Exactamente. Nunca debe saberlo.

—Nunca. Vaya, si se enterase siquiera de que ahora mismo estoy hablando por teléfono contigo, le daría un ataque.

Estaba a punto de reírme en tono indulgente y responder que esto era lo que

Jeeves denomina una contingencia remota, porque cómo diantre iba él a enterarse jamás de que habíamos estado echando unos párrafos, cuando mis ojos se sintieron atraídos por un objeto voluminoso justo al borde de mi campo visual. Tras desplazar lateralmente la vieja calabaza cosa de unos cinco centímetros, pude constatar que el susodicho objeto voluminoso era la corpulenta figura de G. D'Arcy Cheesewright. No había oído sonar el timbre de la puerta y no lo había visto entrar, pero no cabía la menor duda de que estaba allí, merodeando una vez más por el lugar como un espectro residente.

VII

Era un momento para pensar deprisa. Uno no quiere que la gente empiece a tener arrebatos por toda su sala de estar. Por lo demás, me parecía sumamente dudoso que, de saber quién estaba al otro extremo del hilo, se limitara a los arrebatos.

—Exactamente, Catsmeat —dije—. Desde luego, Catsmeat. Lo entiendo perfectamente, Catsmeat. Pero ahora debo dejarte, Catsmeat, pues acaba de llegar nuestro común amigo Cheesewright. Adiós, Catsmeat. —Colgué el auricular y me volví hacia Stilton—. Era Catsmeat —le anuncié.

Recibió esta información sin hacer el menor comentario, y permaneció de pie fulminándome con la mirada. Puesto que me hallaba al corriente de los lazos de sangre que lo unían con mi anfitrión de la calle Vinton, entonces podía percibir el parecido familiar. Tanto tío como sobrino tenían la misma forma de estrechar la mirada y lanzarla por debajo del prominente ceño. La única diferencia era que, en tanto el primero le perforaba a uno hasta las raíces del alma a través de sus quevedos sin montura, con el segundo uno recibía el ojo desnudo.

Durante unos instantes quedé bajo la impresión de que la emoción de mi visitante se debía al hecho de haberme sorprendido a horas tan avanzadas y aún en pijama y bata, un atuendo que, cuando se luce a las tres de la tarde, siempre puede dar qué pensar. Pero al parecer no se trataba de eso. Había cuestiones más graves en la agenda.

—Wooster —exclamó, con una voz atronadora como el expreso de Cornualles al cruzar un túnel—, ¿dónde estuviste anoche?

Admito que la pregunta me alarmó. Por un instante incluso me tambaleé sobre mi base. Luego recordé que nada podía probarse contra mí, y me sentí fuerte de nuevo.

—Ah, Stilton —le saludé cordialmente—, pasa, pasa. Oh, ya has pasado, ¿verdad? Bueno, siéntate y cuéntame qué hay de nuevo. Un día espléndido, ¿no? Encontrarás mucha gente a la que no gusta el mes de junio en Londres, pero, por lo que a mí se refiere, estoy completamente a favor. Siempre he creído que este mes tiene un algo especial.

Stilton debía de ser uno de esos individuos que no experimentan interés por el mes de junio en Londres, porque no mostró la menor disposición a seguir con el tema, y se limitó a soltar uno de sus bufidos despectivos.

—¿Dónde estuviste anoche, piojo desgraciado? —repitió, y advertí que su rostro se hallaba congestionado, con los músculos de las mejillas contrayéndose espasmódicamente y los ojos, como dos estrellas, saliéndose de sus órbitas.

Decidí reaccionar de un modo sereno y despreocupado.

—¿Anoche? —dije, reflexionando—. Veamos, eso debió ser la noche del veintidós de junio, ¿no es así? Hum. Ah. La noche del…

Tragó saliva un par de veces.

—Veo que lo has olvidado. Permíteme que te refresque la memoria. Estuviste en un club de mala nota con Florence Craye, mi prometida.

—¿Quién, yo?

—Sí, tú. Y esta mañana has comparecido ante el tribunal policial de la calle Vinton.

—¿Estás seguro de que te refieres a mí?

—Totalmente seguro. He recibido la información de mi tío, que es el magistrado de allí. Hoy ha venido a almorzar a casa y, cuando se iba, ha visto tu fotografía colgada en la pared.

—No sabía que tuvieras mi fotografía colgada en la pared, Stilton. Estoy conmovido.

Siguió fermentando.

—Es una foto de grupo —explicó— en la que casualmente apareces tú. La contempló, resopló secamente y preguntó: «¿Conoces a este joven?». Le respondí que pertenecíamos al mismo club, por lo que no siempre me resultaba posible evitarte, pero que hasta ahí, llegaba nuestro conocimiento. Iba a añadir que, de ser por mí, no te tocaría ni con una pértiga de tres metros, cuando siguió hablando. Sin dejar de resoplar, dijo que se alegraba de que yo no fuera un íntimo amigo tuyo, porque tú no eras en absoluto la clase de persona con la que le gustaría pensar que un sobrino suyo mantenía relaciones amistosas. Dijo que habías comparecido ante él esta mañana, acusado de atacar a un policía, quien declaró que te había arrestado porque le habías hecho la zancadilla mientras perseguía —a una chica de cabello rubio platino en un club nocturno.

Fruncí los labios. O, mejor dicho, lo intenté, pero algo parecía andar mal en la maquinaria. Aun así, hablé osadamente y con vigor.

—¿De veras? —repliqué—. Personalmente, me sentiría inclinado a prestar escasa credibilidad a la palabra de un policía que dedica su tiempo a perseguir chicas de cabello rubio platino por los clubes nocturnos. Y en cuanto a este tío tuyo, con sus descabelladas insinuaciones de que he comparecido ante él…, bueno, ya sabes cómo son estos magistrados. La forma más baja de vida acuática. Cuando un tipo carece de sesos e iniciativa para vender anguilas en gelatina, lo nombran magistrado.

—¿Quieres decir que cuando te identificó en la fotografía se dejó engañar por un ligero parecido?

Agité una mano.

—No necesariamente un ligero parecido. Londres está lleno de individuos casi idénticos a mí. Soy de un tipo muy corriente. Me han contado que existe un fulano llamado Ephraim Gadsby, uno de los Gadsby de Streatham Common, que es mi doble exacto. Desde luego, no dejaré de tener esto en cuenta cuando sopese la posibilidad

de presentar una demanda por calumnia y difamación contra este tío tuyo, y probablemente permitiré que la clemencia mitigue el rigor de la justicia. Pero sería un acto de amabilidad aconsejar al viejo hijo de un soltero que en el futuro sea más cauto con sus palabras. La tolerancia de uno tiene sus límites.

Caviló sombríamente durante unos cuarenta y cinco segundos.

—Rubia platino, dijo el policía —observó al final de esta pausa—. La chica era rubia platino.

—Sin duda le quedaba muy bien.

—Me parece sumamente significativo que Florence tenga el cabello rubio platino.

—No veo por qué. Cientos de chicas lo tienen. Mi querido Stilton, pregúntate a ti mismo si es probable que Florence se encontrara en un club nocturno como el… ¿Cómo has dicho que se llamaba?

—No lo he dicho. Pero creo que se llamaba La Ostra Moteada.

—Ah, sí. Lo conozco de oídas. Un lugar no muy recomendable, según tengo entendido. Es absolutamente increíble que Florence visitara un tugurio como ése. ¿Una chica exigente e intelectual como ella? No, no.

Reflexionó. Me pareció que comenzaba a dudar.

—Anoche me pidió que la llevara a un club nocturno —dijo—. Me explicó que necesitaba material para su libro.

—Y supongo que tú te negarías, ¿verdad?

—No, en realidad le dije que sí. Pero luego tuvimos aquel pequeño problema, así que, claro, la cosa quedó descartada.

—Y ella, claro, se fue a casa a acostarse. ¿Qué otra cosa haría una muchacha inglesa pura y dulce? Me asombra que puedas suponer siquiera por un instante que sea capaz de ir a uno de esos dudosos establecimientos sin tu compañía. Y menos a un lugar donde, si he entendido bien tu relato, escuadrones de policías persiguen sin cesar a chicas de cabello rubio platino de un lado a otro, y sin duda ocurren cosas peores a medida que avanza la oscura noche. No, Stilton, desecha estos pensamientos, que, si me permites decirlo, son indignos de ti, y… Ah, aquí está Jeeves —exclamé, comprobando con alivio que el excelente personaje, que acababa de entrar sigilosamente, portaba la familiar coctelera—. ¿Qué tenemos aquí, Jeeves? ¿Alguno de sus especiales?

—Sí, señor. Se me ocurrió que al señor Cheesewright tal vez podría apetecerle un refresco.

—Es precisamente lo que ahora le conviene. No te acompañaré, Stilton, porque, como ya sabes, a causa del próximo torneo de dardos estoy siguiendo un régimen más o menos estricto, pero debo insistir en que pruebes una de estas soberbias mezclas de Jeeves. Has estado inquieto… preocupado… perturbado… y restaurará tu armonía. Oh, a propósito, Jeeves.

—¿Señor?

—No sé si recordará que anoche, cuando llegué a casa tras mi charla con el señor Cheesewright en Los Zánganos, le dije que me iba de cabeza a la cama con un libro para el perfeccionamiento del carácter.

—Ciertamente, señor.

—*El misterio del cangrejo de río rosado,* ¿no era eso?

—Precisamente, señor.

—Y creo que dije algo en el sentido de que esperaba con impaciencia el momento de sumergirme en la lectura.

—Según recuerdo, señor, éstas fueron sus palabras exactas. Estaba, dijo usted, aguardando con impaciencia el momento de acurrucarse con el volumen en cuestión.

—Gracias, Jeeves.

—No hay de qué, señor.

Se retiró con el mismo sigilo y yo me volví hacia Stilton, abriendo los brazos en una especie de anchuroso ademán. Supongo que en mi vida he estado más cerca de exclamar «*¡Voilá!*».

—¿Has oído? —pregunté—. Si eso no me deja sin una mancha en mi carácter, es difícil ver sin qué me deja. Pero permíteme que te sirva tu especial. Lo encontrarás extraordinario y tonificante.

Una característica muy curiosa de estos especiales de Jeeves, que ha sido comentada por numerosos parrandistas, es que, si bien despiertan el tigre dormido que hay en uno, como ya he indicado antes, también ejercen el efecto contrario. Es decir, si el tigre que hay en uno no está dormido, sino al contrario, bien despierto y pidiendo guerra, los especiales de Jeeves lo adormecen. Llega uno como un león, se toma su vasito y sale como un cordero. Imposible de explicar, desde luego. Uno sólo puede hacer constar el hecho.

Y eso mismo sucedió con Stilton. En su fase anterior al especial se había mostrado de lo más encolerizado, capaz de traiciones, estratagemas y expolios, como dijo alguien, y bajo mi propia mirada se había convertido en un hombre mejor y más benévolo. Mediada la copa inicial, reconocía del modo más amistoso que había sido injusto conmigo. Yo podía ser el asno más consumado que jamás hubiera escapado @a la atención de los buscadores de talentos de Colney Hatch, observó, pero era evidente que no había llevado a Florence a La Ostra Moteada. Y suerte tenía por no haberlo hecho, añadió, pues en caso contrario me hubiera roto la espalda en tres sitios. En resumen, todo de lo más amigable y cordial.

—Retrocediendo a la primera parte de nuestra conversación, Stilton —señalé, cambiando de tema tras haber coincidido ambos en que su tilo Joseph era un mentecato estrábico que haría bien en consultar a un buen oculista—, me he dado cuenta de que, al hablar de Florence, utilizabas la expresión «mi prometida». ¿Debo

deducir de ello que la paloma dé la paz ha hecho una rápida aparición después de nuestro encuentro de anoche? El compromiso roto, ¿ha sido renovado?

Asintió con la cabeza.

—Sí —respondió—. He hecho ciertas concesiones y cedido en ciertos puntos. —En este momento, su mano se movió automáticamente hacia el labio superior y una expresión de dolor cruzó por su rostro—. Esta mañana nos hemos reconciliado.

—¡Espléndido!

—¿Te alegras?

—Por supuesto.

—¡Ja!

—¿Eh?

Me miró fijamente.

—Wooster, no me vengas a mí con ésas. Sabes muy bien que estás enamorado de ella.

—Absurdo.

—¡Sí, sí, absurdo! No creas que puedes engañarme. Adoras a esa chica, y aún sigo inclinado a creer que todo este asunto del bigote ha sido una vil conspiración por tu parte con el único fin de robármela. Bien, yo sólo te digo que si alguna vez te sorprendo halagándola ladinamente y tratando de enajenar sus afectos, te romperé la espalda en cuatro sitios.

—Creo que antes has dicho tres.

—No, cuatro. No obstante, me alegra poder decirte que permanecerá algún tiempo fuera de tu alcance. Se va hoy mismo a visitar a tu tía, la señora Travers, en Worcestershire.

Es curioso cómo una palabra al descuido puede provocar la ruina de uno. Estuve muy cerca de responder, «Sí, ya me lo ha dicho», cosa que, por supuesto, habría sido fatal. En el último instante, logré sustituirlo por un «¿Ah, sí?».

—Conque se va a Brinkley, ¿eh? ¿Y tú también?

—La seguiré dentro de unos días.

—¿No vas con ella?

—Piensa con la cabeza. No supondrás que tengo intención de presentarme en público durante las fases iniciales de crecimiento de ese maldito bigote en que ella insiste. Permaneceré confinado en mis aposentos hasta que esta cosa infame haya empezado a brotar un poco. Adiós, Wooster. ¿Recordarás lo que he dicho de tu espalda?

Le aseguré que lo tendría presente, y él apuró su especial y se fue.

VIII

Los días siguientes me vieron en el apogeo de mi forma, efervescente hasta un punto casi increíble y encantando al mundo en general con mi brillante sonrisa y mis felices ocurrencias. Durante este período apacible, si es apacible la palabra que quiero decir, no sería exagerado afirmar que reviví como una flor recién regada.

Era como si mi alma se hubiese desprendido dé un gran peso. Sólo quienes deben soportar la prueba de que G. D'Arcy Cheesewright se materialice constantemente de la nada y se deslice furtivamente a sus espaldas, respirando sobre su cogote mientras disfrutan de su reposo en el salón de fumar, son capaces de comprender en su plena medida el alivio que se experimenta al acomodarse en un sillón y pedir un reconstituyente sabiendo que el lugar se hallará completamente libre de este eminente azote. Mis sentimientos, supongo, eran más o menos como podrían ser los de Mary[4] si, de haber mirado sobre su hombro una mañana, hubiera descubierto que el corderito ya no se contaba entre los presentes.

Y entonces —*ping*—, justo cuando me decía que esto sí era vivir, llegaron todos aquellos telegramas.

El primero me alcanzó en mi residencia en el mismo instante en que encendía el cigarrillo de después del desayuno, y lo contemplé con la inquietud nerviosa de quien se halla ante una bomba de tiempo. Los telegramas han sido heraldos, presagios o como se llame de tantas crisis inesperadas en mis asuntos que he llegado a verlos con desconfianza, preguntándome si no va a saltar algo del sobre para morderme en la pierna. Fue a través de un telegrama, si lo recuerdan, como el Destino inauguró el siniestro episodio de Sir Watkyn Bassett, Roderick Spode y la vaca-jarrita de plata que tía Dahlia me ordenó birlar de la colección del primero en Totleigh Towers.

No es de extrañar, pues, que mientras especulaba sobre el contenido de este telegrama —contemplándolo, como he dicho, con desconfianza— me preguntara si los cimientos del infierno no iban a estremecerse de nuevo.

Con todo, ahí estaba el papel, y me pareció, tras sopesar los pros y los contras, que ante mí sólo se abría un curso de acción, a saber, abrirlo.

Así lo hice. Remitido desde Brinkley-cum-Snodsfield-in-the-Marsh, venía firmado «Travers». Esto lo revelaba como producto bien de tía Dahlia, bien de Thomas P. Travers, su marido, un pájaro bastante simpático con el que había contraído matrimonio en su segundo intento, algunos años antes. Del hecho de que comenzara con las palabras, «Bertie, gusano» deduje que había sido la primera quien había sostenido en su mano la pluma de la oficina de correos. Tío Tom es más comedido en su lenguaje que la hembra de la especie. Él suele llamarme «muchacho».

He aquí la sustancia del comunicado:

Bertie, gusano, requerida tu inmediata presencia. Deja todo y ven aquí pronto[5]*, preparado para visita prolongada. Urgentemente necesitado para dar ánimos a elemento con patillas. Cariños. Travers.*

Cavilé sobre esto durante el resto de la mañana, y de camino al club para almorzar envié mi respuesta, una escueta solicitud de más información:

¿Has dicho patillas o whisky?[6] *Cariños. Wooster.*

A mi regreso, encontré otro mensaje suyo:

Patillas, burro. El hijo de su madre luce unas patillas cortas pero claramente visibles. Cariños. Travers.

La memoria tiene esto de extraño, que con frecuencia no logra alancear el objeto deseado. En el fondo de mi mente se agitaba la nebulosa impresión de que en algún momento, en algún lugar, había oído mencionar unas patillas cortas en relación con algo, pero me era imposible precisar más. Así pues, adoptando la juiciosa política de acudir a la fuente para obtener una aclaración, salí de casa y mandé el siguiente telegrama:

¿De qué hijo de su madre con patillas cortas se trata y por qué necesita que lo animen? Telegrafíe detalles completos, pues actualmente confuso, desconcertado e intrigado. Cariños. Wooster.

Mi tía respondió con la generosa cordialidad que hace que tantos miembros de su círculo se sujeten los sombreros cuando ella se lanza:

Escucha, sabandija maloliente. ¿A qué viene hacerme gastar una fortuna en telegramas como éste? ¿Acaso crees que estoy hecha de dinero? No importa de qué hijo de su madre con patillas cortas se trata ni por qué necesita que lo animen. Tú limítate a venir como te he dicho y que sea a toda prisa. Oh, y a propósito, pásate por Aspinall's en la calle Bond a recoger collar perlas mío que tienen allí y tráelo contigo. ¿Has entendido? Aspinall's. Calle Bond. Collar perlas. Te espero mañana. Cariños. Travers.

Un tanto afectado, pero sin arriar la bandera, respondí de esta manera:

Comprendo perfectamente toda esa parte de Aspinall's, calle Bond, collar de perlas, pero lo que pasa por alto es que acudir a Brinkley en presente coyuntura no tan sencillo como parece creer. Existen complicaciones y demás. Ruedas dentro de ruedas, si entiendes qué quiero decir. Todo este asunto exige profunda reflexión. Sopesaré cuestión cuidadosamente y haré saber mi decisión. Cariños. Wooster.

Ya lo ven. Aunque Brinkley Court es mi hogar lejos del hogar y tiene cinco estrellas en el Baedeker como cuartel general de Monsieur Anatole, el cocinero francés de tía Dahlia —un lugar, en resumen, al que en circunstancias normales suelo acudir a la carrera cuando soy invitado, con un alarido y una cabriola—, sólo me había llevado un instante comprender que en las actuales condiciones existían graves objeciones a mi presencia allí. Creo que no necesito indicar que aludo al hecho de que Florence se encontraba en la finca y Stilton era esperado en breve plazo.

Era esto lo que me hacía dudar. ¿Quién podía asegurar que este último, al hallarme en la residencia a su llegada, no saltaría a la conclusión de que había acudido en persecución de la primera como un joven Lochinvar llegado del oeste? Y, si tal pensamiento aleteaba por su mente, ¿cuáles, me preguntaba, serían las consecuencias? Sus palabras de despedida acerca de mi espalda se encontraban aún frescas en mi memoria. Sabía que Stilton era un hombre que medía sus palabras y que, en general, uno podía confiar en sus promesas. Si él decía que iba a romper espaldas en cuatro sitios, se podía estar completamente seguro de que las rompería precisamente en cuatro sitios.

Pasé una velada inquieta y desasosegada. Como no estaba de humor para jaranas en Los Zánganos, regresé a casa temprano y me hallaba refrescando mis conocimientos sobre *El misterio del cangrejo de río rosado* cuando sonó el teléfono. Tenía tan alterado el sistema nervioso que, al oírlo, pegué un salto hacia el techo, y a duras penas logré tambalearme hacia él otro extremo de la habitación para descolgar el auricular.

La voz que flotó a lo largo del hilo fue la de tía Dahlia.

Bien, cuando digo que flotó, quizás el *mot juste* fuese «atronó». Una adolescencia y una temprana madurez dedicadas a acosar a los zorros británicos con absoluto desprecio a las condiciones meteorológicas y bajo los auspicios del club *Quorn and Pytchley* han dejado a esta tía mía de un color rojo ladrillo y prestado una potencia asombrosa a sus cuerdas vocales. Yo personalmente nunca he perseguido a los zorros, pero parece ser que, cuando uno hace tal cosa, ha de dedicar buena parte de su tiempo a gritar sobre campos labrados azotados por el vendaval, y esto acaba por convertirse en una costumbre. Si tía Dahlia tiene algún defecto, éste es su tendencia a hablar cuando está cara a cara con uno en una reducida sala de estar tal como lo haría para

dirigirse a un compinche a medio kilómetro de distancia al que ha visto galopar tras los perros. Por lo demás, se trata de un alma grande y jovial, construida en líneas generales sobre el modelo de Mae West, y es persona amada por todos, incluido el abajo firmante. Nuestras relaciones siempre han sido entrañables hasta la última gota.

—¡Hola, hola, hola! —bramó. Los viejos hábitos de la caza saliendo a la superficie, ya lo ven—. ¿Eres tú, Bertie, querido?

Le aseguré que, efectivamente, era yo.

—Entonces, ¿a qué viene esta idea de hacerse el difícil, so puerco deleznable retrasado mental? ¡Tú y tus profundas reflexiones! En mi vida había oído tantas tonterías. Tienes que venir aquí, y a toda prisa, si no quieres recibir en tu puerta la maldición de una tía a vuelta de correo. Si he de seguir enfrentándome a ese grosero Percy sin ayuda, acabaré por volverme loca.

Hizo una pausa para tomar aliento y pude intercalar una pregunta.

—¿Este Percy es el fulano de las patillas?

—El mismo. Está cubriendo toda la casa con una gruesa capa de melancolía. Es como vivir dentro de una niebla. Tom dice que, si no se hace algo pronto, tendrá que tomar medidas.

—Pero, ¿qué le ocurre a este hombre?

—Está locamente enamorado de Florence Craye.

—Ah, ya entiendo. Y le deprime pensar que está comprometida con Stilton Cheesewright, ¿no es eso?

—Exactamente. Le deprime, le angustia y le acongoja. No cesa de deambular tristemente de un lado a otro, como si fuera Hamlet. Quiero que vengas y lo distraigas. Sácalo a pasear, danza ante él, cuéntale chistes. Lo que sea, con tal de que lleve una sonrisa a esa cara patilluda enmarcada en gafas de montura de carey.

Comprendí su situación, por supuesto. Ninguna anfitriona desea tener un Hamlet en la casa. Pero lo que no alcanzaba a comprender era por qué un tipo como él estaba contaminando la pura atmósfera de Brinkley. Sabía que mi vieja parienta era muy selectiva en cuestión de invitados. Incluso ministros del gabinete, alguna vez se ha dado el caso, se han estrellado ante sus puertas. Se lo expuse, y me dijo que la explicación era bien sencilla.

—Ya te he contado que ando metida en tratos con Trotter. Tengo aquí a toda la familia: el padrastro de Percy, señor L. G. Trotter, la madre de Percy, señora Trotter, y Percy en persona. Yo sólo quería a Trotter, pero la señora y Percy se añadieron por iniciativa propia.

—Ya veo. Lo que se dice el lote completo. —Me detuve horrorizado. La memoria había regresado a su trono, y en ese momento supe por qué aquella historia de las patillas cortas me había parecido familiar—. ¿Trotter? —chillé.

Mi tía soltó una exclamación de censura.

—No grites así. Casi me rompes el tímpano.

—Pero, ¿ha dicho Trotter?

—Claro que he dicho Trotter.

—¿Y el apellido de este Percy no es Gorringe?

—Ése es su apellido, no cabe duda. Él mismo lo reconoce.

—Entonces lo siento muchísimo, tiíta, pero me es imposible ir. Justo el otro día, el susodicho Gorringe intentó darme un sablazo de mil libras para invertirlas en la obra teatral que ha sacado del libro de Florence, y yo lo rechacé inexorablemente. En estas condiciones, ya comprenderá qué cargado de embarazo sería un encuentro en carne y hueso. No sabría hacia qué lado mirar.

—Si eso es todo lo que te inquieta, olvídalo. Dice Florence que ya ha conseguido esas mil libras por otra parte.

—Me deja estupefacto. ¿De dónde las ha sacado?

—No lo sabe. Él se muestra muy reservado al respecto. Sólo dijo que ya estaba resuelto, que disponía del dinero y que podían seguir adelante. Así que no temas encontrarte con él. Si piensa que eres el mayor piojo del mundo, ¿a ti qué más te da? ¿No lo pensamos todos?

—Algo de razón hay en eso.

—Entonces, ¿vendrás?

Mastiqué dubitativamente el labio inferior. Pensaba en Stilton.

—Bueno, habla de una vez, papanatas —exigió mi pariente con aspereza—. ¿A qué viene este silencio?

—Estaba reflexionando.

—Pues deja de reflexionar y dame tu asentimiento. Si necesitas una ayuda que influya en tu decisión, podría mencionar que en estos momentos Anatole se encuentra en su mejor forma.

Di un respingo. Si eso era cierto, sería claramente una locura no formar parte de la compañía acomodada en torno de la festiva mesa.

Hasta aquí apenas me he referido fugazmente a este Anatole, y aprovecho la ocasión para hacer constar que su producción debía ser saboreada para ser creída, pues las meras palabras son insuficientes para transmitir toda la realidad de su asombroso virtuosismo. Después de que uno de los almuerzos de Anatole se ha derretido en la boca, uno se desabrocha el chaleco y se recuesta en el asiento, respirando con pesadez y sintiendo que la vida ya nada tiene que ofrecer, y entonces, antes de que uno se dé cuenta de lo que pasa, ahí llega una de sus cenas, todavía más acertada, la experiencia constituye algo tan próximo al cielo como cualquier hombre razonable pueda desear.

En consecuencia, consideré que, por mucha vehemencia que Stilton pudiera expresar en sus palabras y su comportamiento al encontrarme… bueno, quizá no

exactamente mejilla contra mejilla con la mujer que amaba, pero sin duda merodeando en su cercanía, el riesgo de despertar al maníaco que llevaba dentro no podía ser excusado. Naturalmente, nunca puede resultar agradable verse descuartizado en mil pedazos mientras un Otelo de noventa kilos baila un *Arrastrando los pies hasta Buffalo* sobre los fragmentos dispersos, pero si en tal momento uno está lleno del *Timbale de ris de veau Toulousiane* que prepara Anatole, es indudable que la incomodidad cambia de aspecto.

—Iré —respondí.

—Buen chico. Si me quitas a Percy de encima, quedaré en libertad para concentrarme en Trotter. Y, si quiero cerrar el trato, necesitaré hasta la última gota de concentración.

—¿Qué trato es ése? Aún no me lo ha dicho. ¿Y quién es este Trotter, para el caso?

—Lo conocí en casa de Agatha. Es amigo de ella. Es dueño de muchos periódicos en Liverpool y quiere establecer una cabeza de puente en Londres. Así que estoy intentando venderle el *Boudoir*.

Quedé atónito. Absolutamente lo último que hubiera esperado oír. Siempre había supuesto que el *Milady's Boudoir* era la niña de sus ojos, y me desconcertó enterarme de que tenía intención de venderlo. Fue como enterarse de que Rodgers había decidido vender a Hammerstein.

—Pero, ¿por qué motivo? Creía que lo quería como a un hijo.

—Y así es, pero el esfuerzo de tener que acudir constantemente a Tom e intentar sacarle dinero para financiarlo me ha agotado. Cada vez que comienzo a suplicarle otro cheque, me dice, «¿Pero aún no cubre gastos?», y yo contesto, «No, querido, aún no cubre gastos», y él dice «¡Hum!», y añade que si la cosa sigue así, para la próxima Navidad estaremos todos en la cola del subsidio del paro. Ya está siendo demasiado para mí. Hace que me sienta como una de esas mujeres que van por la calle cargadas con un bebé y quieren que una les compre flores de brezo blanco. Por lo tanto, cuando conocí a Trotter en casa de Agatha, decidí que era el hombre que iba a hacerse cargo, si el ingenio humano era capaz de lograrlo. ¿Qué has dicho?

—He dicho «Oh, ah». Estaba a punto de añadir que es una lástima.

—Sí, una verdadera lástima, pero inevitable. Cada día es más difícil sacarle dinero a Tom. Dice que me ama tiernamente, pero que ya está bien. Bueno, te espero mañana, entonces. No te olvides del collar.

—Enviaré a Jeeves a buscarlo por la mañana.

—Muy bien.

Creo que habría seguido hablando, pero en aquel instante una voz femenina en off anunció, «Tree-ee-és minutos», y tía Dahlia colgó con el brusco grito de una mujer que teme vayan a hacerle pagar otros dos chelines más o la suma que sea.

Jeeves se deslizó hacia mí.

—Oh, Jeeves —le informé—, mañana saldremos hacia Brinkley.

—Muy bien, señor.

—Tía Dahlia cuenta con mi presencia para que infunda un poco de espíritu festivo en nuestro viejo amigo Percy Gorringe, que en estos momentos se halla infestando el lugar.

—¿De veras, señor? Me pregunto, señor, si le sería posible permitirme regresar a Londres la semana que viene, por una tarde.

—Sin duda, Jeeves, sin duda. ¿Tiene alguna juerga en perspectiva?

—Se celebra el almuerzo mensual del Club Ganímedes Junior, señor, y me han pedido que ocupe la presidencia.

—Ocúpela, Jeeves, por descontado. Un honor bien merecido.

—Gracias, señor. Naturalmente, regresaré el mismo día.

—Sin duda pronunciará un discurso, ¿verdad?

—Sí, señor. Un discurso de la presidencia es inexcusable.

—Apuesto a que los hará revolcarse por los pasillos. Ah, Jeeves, casi lo olvidaba. Tía Dahlia quiere que le lleve su collar, que está en Aspinall's, en la calle Bond. Mañana por la mañana, ¿querrá darse un garbeo hasta allí y recogerlo?

—Ciertamente, señor.

—Y otra cosa que casi olvidaba mencionar. Percy ha conseguido las mil libras.

—¿De veras, señor?

—Debe haber abordado a alguien con un corazón más blando que el mío. Me gustaría saber quién ha sido el primo.

—Sí, señor.

—Un medio lelo, es de suponer.

—Sin duda, señor.

—Con todo, ahí está el hecho. Sirve para demostrar lo que el difunto Barnum solía decir acerca de que a cada minuto nace uno.

—Precisamente, señor. ¿Desea algo más, señor?

—No, eso es todo. Buenas noches, Jeeves.

—Buenas noches, señor. Por la mañana me ocuparé del equipaje.

IX

Comenzaba a insinuarse el apacible crepúsculo del día siguiente cuando, tras un grato viaje en automóvil por la campiña sonriente, desvié el biplaza hacia el portón de entrada de Brinkley Court y eché pie a tierra para anunciar a la anfitriona que ya me tenía a bordo. La encontré en su reducto o madriguera, solazándose con una taza de té y una novela de Agatha Christie. En cuanto me vio entrar dirigió al bigote una fugaz mirada, pero, aparte sobresaltarse como una ninfa sorprendida en pleno baño y de mascullar algo parecido a «¿Y era éste el rostro que detuvo un millar de relojes?», no hizo comentarios. Recibí la Impresión de que se los reservaba para otro momento.

—Hola, reptil —me saludó—. Ya estás aquí, ¿no?

—Aquí estoy —respondí—, con el cabello trenzado y preparado hasta el último botón. Mi más cordial «hola, hola», anciana parienta.

—Lo mismo te digo, tarugo. Supongo que no te has acordado de traer el collar.

—Lejos de ello. Aquí lo tiene. Es el que tío Tom le regaló por Navidad, ¿verdad?

—Verdad. Le gusta vérmelo puesto a la hora de la cena.

—¿Y a quién no? —respondí cortésmente. Se lo entregué y me apoderé de una tostada cubierta de mantequilla—. Bien, es bueno hallarme en el viejo hogar de nuevo. Supongo que me alojaré en mi habitación de costumbre, ¿no es eso? ¿Y cómo va todo en Brinkley Court? Anatole, ¿sigue bien?

—Mejor que nunca.

—La encuentro muy socarrona.

—Oh, estoy bien.

—¿Y tío Tom?

Una nube cruzó por su radiante rostro vespertino.

—Tom sigue un poco alicaído, el pobrecillo.

—¿A causa de Percy, quiere decir?

—Exactamente.

—Entonces, ¿no se han producido cambios en esa melancolía de Gorringe?

—Por supuesto que no. No ha dejado de empeorar desde que llegó Florence. Tom se arruga cada vez que lo ve, sobre todo en la mesa. Dice que tener que ver cómo Percy rehúsa sin probarla una comida preparada por Anatole hace que se le suba la sangre a la cabeza, y eso le causa indigestión. Ya sabes qué estómago más delicado tiene.

Le di unas palmaditas en la mano.

—¡Animo! —dije—. Yo le alegraré las pajarillas a Percy. La otra noche, Freddie Widgeon me enseñó un truco con dos tapones de corcho y un trozo de cordel que no puede dejar de arrancar una sonrisa al rostro más torturado. En Los Zánganos, todos los muchachos se descoyuntaban de risa. Supongo que podrá proporcionarme un par

de corchos, ¿verdad?

—Y veinte, si quieres.

—Bien. —Cogí un pastelillo cubierto de alcorza rosada—. Resuelto el asunto Percy. ¿Y el resto del personal? ¿Hay alguien más en la casa, aparte la pandilla Trotter y Florence?

—Todavía no. Tom comentó algo acerca de un tal lord Sidcup, que vendrá mañana a cenar de camino a los baños de mar en Droitwich. ¿Lo conoces?

—Nunca he oído hablar de él. Para mí, es un libro cerrado.

—Es alguien que Tom conoció en Londres. Al parecer, es todo un entendido en plata antigua, y Tom quiere enseñarle su colección.

Asentí. Ya sabía qué mi tío era un gran aficionado a coleccionar objetos de plata antigua. Sus aposentos, tanto en Brinkley Court como en su casa de la calle Charles, están llenos de cosas con las que yo no me dejaría ver ni muerto en una zanja.

—Este lord Sidcup debe de ser lo que llaman un virtuoso, supongo.

—Algo por el estilo.

—Ah, bien, de todo ha de haber en el mundo, ¿no es eso?

—Mañana tendremos también entre nosotros al novio Cheesewright, y pasado a Daphne Dolores Morehead. Es la novelista.

—Sí. Florence me ha hablado de ella. Le ha comprado un serial, según tengo entendido.

—Sí. Me pareció una astuta medida para salar la mina.

Esto se me escapó. Tuve la sensación de hallarme ante una tía que se expresaba con acertijos.

—¿Qué quiere decir eso de salar la mina? ¿Qué mina? Es la primera vez que oigo hablar de una mina.

Creo que, de no tener la boca llena de tostada con mantequilla, tía Dahlia habría chascado la lengua, porque nada más despejar el pasadizo mediante un rápido acto de deglución me habló con impaciencia, como exasperada por mi lentitud de comprensión.

—Verdaderamente, eres un asno abismal, joven Bertie. ¿No has oído hablar de salar las minas? Se trata de una precaución comercial muy arraigada. Cuando uno tiene una mina improductiva y desea vendérsela a un sujeto, lo que hace es espolvorearla por encima con unos cincuenta gramos de oro y convocar al sujeto para que acuda a inspeccionar la propiedad. Éste se presenta, ve el oro, decide que es precisamente lo que el médico le ha recetado y echa mano al talonario de cheques. Yo he actuado según el mismo principio.

La explicación me dejó igual de confuso, y así se lo dije. Esta vez sí hizo chascar la lengua.

—¿No lo entiendes, ceporro? He comprado el serial para que Trotter se interesara

por el periódico. Ve anunciada la inminente publicación de una obra de Daphne Morehead y queda terriblemente impresionado. «¡Santo cielo!», se dice. «¡Daphne Dolores Morehead y todo! *El Milady's Boudoir* debe de ser una cosa grande.»

—Pero, ¿estos tipos no quieren ver libros y cifras y todo eso antes de aflojar la mosca?

—No si llevan una semana o más disfrutando de la cocina de Anatole. Por eso le invité a venir.

Vi a qué se refería, y su razonamiento se me antojó bien fundado. Algo hay en esos almuerzos y cenas de Anatole que lo deja a uno suavizado y debilita su fría resolución. Tras atiborrarse de ellos durante todo este tiempo, supuse que L. G. Trotter iría deambulando en una especie de neblina rosada, deseoso de realizar buenas acciones a diestro y siniestro como un Boy Scout. Si el tratamiento se mantenía unos días más, probablemente acabaría por suplicar a mi tía como favor personal que aceptara el doble de la suma que le había pedido.

—Muy ladina —admití—. Sí, creo que se halla en el buen ¿Les ha servido Anatole sus *Rognons aux Montagnes*?

—Sí. Y su *Selle d'Agneau aux laitues á la Grecque*.

—Entonces yo diría que la cosa está en el bote. Sólo falta la ovación final. Pero hay un punto que me tiene intrigado —proseguí—. Florence me ha dicho que lady Morehead es una de nuestras plumíferas más caras, y que es necesario arrojarle bolsas de oro en gran profusión antes de que consienta en firmar sobre la línea de puntos. ¿Correcto?

—Totalmente correcto.

—Entonces, ¿cómo demontre consiguió extraer a tío Tom la necesaria subvención? —pregunté, yendo directamente al meollo del asunto como es costumbre en mí—. ¿Acaso este año ha dejado de pagar el impuesto sobre la renta?

—Vaya si lo ha pagado. Estaba segura de que habías podido oír sus gritos desde Londres. Pobrecillo, cuánto sufre en estas ocasiones.

Era la pura verdad. Tío Tom, aunque abundantemente provisto del vil metal, pues hasta el día de su jubilación había sido uno de esos príncipes del comercio con Oriente que llenan sus arcas a paladas, experimenta una marcada aversión a que los diabólicos sabuesos de Hacienda metan el hocico y se lleven su parte. Cada vez que lo separan del fruto de sus ímprobos esfuerzos, se pasa semanas enteras cabizbajo, merodeando por los rincones y sentado con la cabeza entre las manos, mascullando sobre la ruina inevitable y la siniestra tendencia de la legislación socialista y qué va a ser de todos nosotros si esto sigue así.

—Sufre, desde luego —asentí—. Una verdadera alma torturada, ¿eh? Y sin embargo, a pesar de ello, has conseguido sacarle lo que debe de haber sido una pequeña fortuna. ¿Cómo se las ha arreglado? Según lo que me dijo anoche por

teléfono, tenía la impresión de que en estos últimos tiempos se hallaba de un humor menos desprendido que de costumbre. Conjuró en el ojo de mi mente la imagen de un hombre que se tapaba los oídos y se negaba a participar en el juego, como la burra de Balaam.

—¿Qué sabes tú de la burra de Balaam?

—¿Yo? Yo sé de cabo a rabo la historia de la burra de Balaam. ¿Ha olvidado que, cuando era pupilo del establecimiento educativo del reverendo Aubrey Upjohn en Bramley-on-Sea, una vez gané un premio en Conocimiento de las Escrituras?

—Seguro que copiaste.

—De ninguna manera. Mi triunfo se debió al puro mérito. Pero, volviendo al asunto, ¿cómo convenció a tío Tom para que espantara las polillas del talonario? Habrá tenido que utilizar todo un arsenal de argucias de casada, supongo.

No me gustaría decir de una tía querida que se rió tontamente, pero sin duda alguna el sonido que surgió de sus labios se parecía exactamente a una risita tonta.

—Oh, supe arreglármelas.

—Pero, ¿cómo?

—No insistas, joven chafardero pestilente. Me las arreglé.

—Ya veo —respondí, abandonando la cuestión. Algo me decía que tía Dahlia no deseaba divulgar los detalles—. ¿Y qué tal van los negocios con Trotter?

Fue como si tocara un nervio al descubierto. La risita murió en sus labios, y el color de su cara —siempre, como ya he dicho, de un tono rubicundo— se intensificó hasta convertirse en un malva subido.

—¡Sus malditas entrañas corroídas! —saltó, expresándose con el acaloramiento explosivo que en otro tiempo hacía saltar convulsivamente en sus sillas de montar a los restantes miembros del *Quorn and Pytchley*—. No sé qué le ocurre a ese hijo de Belial. Aquí lo tengo, con nueve almuerzos de Anatole y ocho cenas de Anatole archivados entre sus jugos gástricos, y el hombre todavía rehúsa sentarse a hablar de negocios. Tararea…

—¿Y por qué diantre hace tal cosa?

—… y carraspea. Elude la cuestión. Pongo en juego todos mis recursos para hacerle hablar en plata, pero no logro que se defina. No dice que sí ni que no. .

—Hay una canción que se titula así —observé—. O, más precisamente, *Ella no dijo que sí ni que no*. Suelo cantarla mucho en el baño. Empieza así…

Comencé a entonar el estribillo con agradable voz de barítono, pero el choque de Agatha Christie con mi hueso frontal me hizo desistir. La vieja parienta parecía haber disparado desde la cadera, como un personaje de una película del Oeste de serie B.

—No abuses de mi paciencia, Bertie querido —dijo con suavidad, y cayó en lo que parecía un ensueño—. ¿Sabes cuál creo que es el problema? —prosiguió, saliendo de él—. Creo que la responsable de esta falta de colaboración es Mamá

Trotter. Por algún motivo, ella no quiere que cierre el trato, y le ha indicado que no debe hacerlo. Es la única explicación que se me ocurre. Cuando lo conocí en casa de Agatha, habló como si todo se redujera a concertar los términos de la venta, pero en estos últimos días no hace más que andarse con rodeos, como si hubiera recibido órdenes desde arriba. Cuando los llevaste a cenar, aquella noche, ¿te dio la impresión de hallarse aplastado bajo el talón de su mujer?

—Totalmente. Lloraba de deleite cuando ella le dirigía una sonrisa y temblaba de pavor ante su ceño. Pero, ¿qué objeción puede tener ella a que compre el *Boudoir*?

—A mí no me lo preguntes. Es un completo misterio.

—¿No la habrá ofendido en algo desde su llegada aquí?

—De ninguna manera. He estado fascinante.

—Y, no obstante, así están las cosas, ¿no?

—Exactamente. Así están las condenadas cosas, ¡maldita sea!

Emití un suspiro de condolencia. El mío es un corazón tierno, fácilmente emocionable, y el espectáculo de esta bondadosa tía lamentándose por lo que hubiera podido ser me conmovió como una tonelada de ladrillos.

—Qué lástima —dije—. Uno esperaba cosas mejores.

—Una las esperaba —asintió—. Estaba convencida de que el serial de Morehead serviría para zanjar definitivamente el asunto.

—Naturalmente, puede que sencillamente esté meditándolo.

—Eso es verdad.

—Un individuo que medita tiende espontáneamente a tararear.

—¿Ya carraspear?

—Y, quizás, a carraspear. Difícilmente puede esperar que haga menos.

Sin duda habríamos seguido examinando más detenidamente la cuestión, sometiendo los tarareos y carraspeos de L. G. Trotter a un minucioso análisis, pero en aquel momento se abrió la puerta y asomó, un rostro consumido por la pena, un rostro desfigurado en ambos lados por unas patillas cortas, y en el centro por unas gafas de montura de carey.

—¿Han visto a Florence, por casualidad? —inquirió el rostro, contraído de angustia.

Tía Dahlia respondió que no había tenido el privilegio de verla desde el almuerzo.

—He pensado que quizás estaría con usted.

—No está.

—Oh —dijo el rostro, por el que cruzaba toda la gama de las emociones, y comenzó a retroceder.

—¡Oiga! —gritó tía Dahlia, haciendo que se detuviera cuando estaba a punto de desaparecer. Se acercó al escritorio y recogió un sobre marrón—. Acaba de llegar este telegrama para ella. ¿Querrá dárselo, si la encuentra? Y, ya que está aquí, le presento

a mi sobrino Bertie Wooster, el orgullo de Piccadilly.

Bueno, yo no esperaba que al conocer mi identidad se pusiera a bailar de puntillas por toda la habitación, y no lo hizo. Me dirigió una larga mirada de reproche, semejante en lo esencial a la que una cucaracha dedica al cocinero cuando este último la está rociando con polvo insecticida.

He mantenido correspondencia con el señor Wooster —declaró con frialdad—. También hemos hablado por teléfono.

Giró en redondo y se retiró, contemplándome con aire de reproche hasta el último momento. Era evidente que los Gorringe no olvidaban con facilidad.

—Éste era Percy —me informó tía Dahlia.

Respondí que ya lo había adivinado.

—¿Te has fijado en la cara que ponía cuando ha dicho «Florence»? Como un pato agonizando bajo la tormenta.

—¿Y se ha fijado en la cara que ha puesto —inquirí a mi vez— cuando usted ha dicho «Bertie Wooster»? Como alguien que acaba de encontrar un ratón muerto en su jarra de cerveza. No es lo que se dice pájaro afable. No es mi tipo.

—No. Difícilmente supondrías que incluso una madre sería capaz de contemplarlo sin náusea, ¿verdad? Y, no obstante, es la niña de los ojos de Mamá Trotter. En vuestra cena, ¿se refirió alguna vez a la señora Alderman Blenkinsop?

—En diversas ocasiones a lo largo de la comida. ¿Quién es?

Su más enconada rival social allá en Liverpool.

¿Tienen rivales sociales, allá en Liverpool?

Vaya si los tienen, a manadas. Deduzco que la Trotter y la Bienandan a la greña respecto de cuál de ellas debe ser la reina sin de la sociedad de Liverpool. A veces una de ellas saca una cabeza de ventaja, a veces es la otra. Es como lo que leíamos en los viejos tiempos, aquellas luchas a muerte por la supremacía entre los Cuatrocientos de Nueva York. Pero, ¿por qué te estoy contando todo esto? Deberías estar ahí fuera, bajo el crepúsculo, corriendo detrás de Percy y levantándole la moral con tus cuentos subidos de tono. Supongo que tienes una reserva de cuentos subidos de tono, ¿no?

—Oh, considerable.

—Pues en marcha, muchacho. Otra vez a la brecha, queridos amigos, otra vez, hasta cerrar la muralla con nuestros muertos ingleses.

—*¡Yoicks! ¡Tally ho!*[7] ¡Adelante! —añadió, recayendo en la jerga del terreno de caza.

Bien, cuando tía Dahlia le dice a uno que se ponga en marcha, uno se pone en marcha, si es que sabe lo que le conviene. Pero mentiría si dijera que me hallaba de un ánimo efusivo mientras me dirigía hacia los grandes espacios abiertos. Aquella mirada de Percy me había advertido que iba a ser un público difícil. Había visto en ella mucha de la severidad que había advertido en el tío Joseph de Stilton

Cheesewright durante nuestra charla en el tribunal policial de la calle Vinton.

No fue poca mi satisfacción, en consecuencia, cuando descubrí, al salir a campo abierto, que no había ni rastro de él. Aliviado, abandoné la persecución y comencé a pasear de aquí para allá, tomando el aire. Y no había tomado mucho cuando de pronto, saliendo de atrás de un arbusto de rododendros, Percy se cruzó en mi camino.

X

De no haber sido por las patillas, no creo que lo hubiera reconocido. Sólo hacía unos diez minutos que había asomado la cara por la puerta del cubil de tía Dahlia, pero en ese breve intervalo toda su apariencia se había modificado. Ya no era aquel pato alicaído bajo la tormenta del que acababa de separarme, sino un individuo jovial y efervescente. Su porte era gallardo, su sonrisa radiante, y su actitud sugería más que vagamente que en cualquier momento podía ponerse a bailar un zapateado. Era como si se hubiera pasado un tiempo considerable observando aquel truco de Freddie Widgeon con los dos tapones de corcho y el trozo de cordel.

—Hola, hola, Wooster —me saludó cordialmente, y cualquiera hubiese dicho que encontrar a Bertram en su camino le había salvado el día—. Dando un paseíto, ¿eh?

Respondí que sí, que estaba dando un paseíto, y su rostro se iluminó como si juzgara que no podía haber emprendido un curso de acción más prudente y admirable. «Un muchacho sensato, este Wooster —parecía decir—. Sale a dar paseítos.»

Aquí se produjo una breve pausa, durante la cual me contempló afectuosamente y agitó un poquito los pies como quien ensaya unos pasos de baile. Luego comentó que hacía una tarde muy hermosa, y yo me mostré de acuerdo.

—El crepúsculo —dijo, señalándolo.

—Muy jugoso —admití, pues todo el horizonte estaba encendido en un glorioso technicolor.

—Al verlo —prosiguió—, recuerdo un poema que compuse el otro día para *Parnaso*. Una cosita sencilla que escribí a vuela pluma. Quizá le gustaría escucharlo.

—Oh, me encantaría.

—Se titula *Caliban ante el crepúsculo*.

—¿Qué ante el crepúsculo?

—Caliban.

Se aclaró la garganta y comenzó:

Estaba con un hombre contemplando la puesta de sol.
El aire rebosaba de murmurantes fragancias de verano
y una brisa brava cantaba como un clarín
desde un firmamento que humeaba por el oeste,
un firmamento de carmín, amatista y oro y sepia,
y de un azul tan azul como los ojos de Helena
cuando sentada
en un alto torreón de Troya
contemplaba las tiendas griegas que oscurecían abajo.

Y él,
este hombre que estaba a mi lado,
abrió la boca como un animal lento y estúpido
y dijo:
«Digo yo,
¿No le recuerda este crepúsculo
una rodaja
de rosbif poco hecho?».

Abrió los ojos, que había cerrado a fin de recitar su *morceau* con mayor eficacia.

—Amargo, desde luego.

—Oh, espantosamente amargo.

—Estaba amargado cuando lo escribí. Creo que conoce usted a un individuo llamado Cheesewright. Era en él en quien pensaba. En realidad, nunca hemos contemplado un crepúsculo juntos, pero tuve la sensación, ya me entiende, de que es el tipo de cosa que hubiera dicho si hubiésemos contemplado el crepúsculo juntos. ¿Me equivoco?

—En lo más mínimo.

—Un zoquete desalmado, ¿no cree?

—Desalmado hasta los huesos.

—¿Sin sentimientos elevados?

—Ni uno solo.

—¿Estaría en lo cierto si lo describiera como un patán con cabeza de calabaza?

—Completamente en lo cierto.

—Sí —concluyó—. Ha salido bien librada.

—¿Quién?

—Florence.

—Oh, ah. Bien librada, ¿de qué?

Me ojeó con aire reflexivo, palpitando suavemente como un cazo de gachas de avena a punto de alcanzar el apogeo de su fiebre. Soy un hombre capaz de observar y deducir, y se me hizo evidente, al verlo bullir, que en sus asuntos se había producido recientemente algún acontecimiento que le hacía burbujear como bicarbonato, no dejándole más que dos alternativas: a) estallar allí mismo, y b) volcar sus emociones contenidas sobre el primer ser humano con quien se cruzara. Sin duda habría preferido que este ser humano fuese de naturaleza no-Wooster, pero es concebible que se estuviera diciendo a sí mismo que uno no puede tenerlo todo y que no se hallaba en situación de elegir.

Se decidió por la Alternativa B.

—Wooster —comenzó, posando una mano en mi hombro—, ¿puedo hacerle una

pregunta? ¿Le ha dicho su tía que estoy enamorado de Florence Craye?

—Lo ha mencionado, sí.

—Ya me parecía que podía haberlo hecho. No es lo que yo llamaría una mujer reticente, aunque, por supuesto, posee muchas cualidades excelentes. Me vi obligado a tomarla en mi confianza poco después de mi llegada aquí, porque me preguntó por qué diablos iba de un lado a otro con todo el aire de un bacalao muerto.

—¿O de Hamlet?

—Hamlet o un bacalao muerto, la cuestión no hace al caso. Le confesé que era porque amaba a Florence con una pasión devoradora y había descubierto que estaba prometida con el patán de Cheesewright. Había sido, le expliqué, como si me propinaran un golpe demoledor en la cabeza.

—Como sir Eustace Willoughby.

—¿Perdón?

—En *El misterio del cangrejo de río rosado*. Una noche, estando en la biblioteca, le pegaron en toda la calabaza. Y si quiere saber mi opinión, fue el mayordomo quien lo hizo. Pero le he interrumpido.

—En efecto.

—Disculpe. Decía usted que fue como si le hubieran propinado un golpe demoledor en la cabeza.

—Exactamente. La conmoción me dejó aturdido.

—Debió de ser un mal golpe.

—Lo fue. Quedé muy afectado. Pero ahora… ¿Recuerda que su tía me dio un telegrama para Florence?

—Ah, sí, el telegrama.

—Era de Cheesewright, que rompe el compromiso.

Yo, naturalmente, no tenía manera de saber cuál era su comportamiento cuando una conmoción lo aturdía, pero me pareció dudoso que pudiera ofrecer una representación que superara la mía al oír estas palabras. El crepúsculo osciló ante mis ojos como si bailara el *shimmy*, y un pájaro cercano que había salido a digerir la lombriz de la tarde me pareció por un instante como dos pájaros juntos, ambos aleteando.

—¡Qué! —barboté, tambaleándome sobre mi base.

—Sí.

—¿Ha roto el compromiso?

—Precisamente.

—¡Oh, Dios mío! ¿Por qué?

Meneó la cabeza.

—Ah, eso ya no sabría decírselo. Todo lo que sé es que encontré a Florence ante las cuadras, haciendo cosquillas a un gato detrás de la oreja, y me acerqué y le dije:

«Hay un telegrama para usted», y ella dijo: «¿Ah, sí? Supongo que será de D'Arcy». Me estremecí al oír el nombre, y mientras yo me estremecía ella abrió el sobre. El telegrama era largo, pero apenas había leído las primeras palabras cuando profirió un grito agudo. «¿Malas noticias?», inquirí. Sus ojos relampaguearon, y una expresión fría y orgullosa tiñó sus facciones. «En absoluto», respondió. «Excelentes noticias. D'Arcy Cheesewright ha roto el compromiso.»

—¡Cielos!

—Ya puede decirlo.

—¿Y no le contó más?

—No. Hizo un par de comentarios incisivos a propósito de Cheesewright, con los que estuve completamente de acuerdo, y salió en dirección al huerto. Y yo también me fui, andando, como bien puede imaginar, en el aire. Detesto la moderna tendencia a utilizar términos de jerga, pero no me avergüenza confesar que iba exclamando para mis adentros «¡Yuppi!» Discúlpeme, Wooster, pero ahora debo dejarlo. No puedo quedarme quieto.

Y con estas palabras salió dando cabriolas como un potrillo, dejándome que afrontara a solas la nueva situación.

La afronté con una meditabunda sensación de peligro. Y si ustedes se preguntan «Pero, ¿por qué, Wooster? ¿Acaso la situación no es inofensiva? ¿Qué importa si el casamiento de Cheesewright y la chica ha sido cancelado, desde el momento en que tenemos aquí a Percy Gorringe, anhelante y preparado para asumir la carga del hombre blanco?», yo les contesto. «Ah, pero ustedes no han visto a Percy Gorringe». Quiero decir que no me imaginaba a Florence, por despechada que estuviera, aceptando las atenciones de un hombre que voluntariamente lucía patillas y escribía poemas acerca de crepúsculos. Me parecía mucho más probable que, viéndose nuevamente en libertad, se volviera una vez más hacia lo ya conocido y experimentado, a saber, el pobre Bertram. Era lo que había hecho antes, y estas cosas tienden a convertirse en hábito.

Por más que me esforzaba, no lograba imaginar qué podía haber causado esta repentina espantada por parte de Stilton. La cosa carecía de sentido. La última vez que lo vi, recordarán, mostraba todas las señales características de una persona para quien el amor ha tejido sus sedosos lazos. Todas y cada una de las palabras que había pronunciado en nuestra charla de despedida lo indicaban a las claras, más allá de cualquier duda o especulación. Después de todo, caramba, uno no va diciendo a las personas que les romperá la espalda en cuatro sitios si se les ocurre merodear en torno del objeto adorado a no ser que uno experimente algo más que un encaprichamiento pasajero por la muchacha en cuestión.

Pero entonces, ¿qué había ocurrido para que se oscureciera la lámpara del amor y todas esas cosas?

¿Podía ser, me pregunté, que el esfuerzo de dejarse crecer el bigote hubiese resultado excesivo para él? ¿Se había contemplado en el espejo hacia el tercer día —el tercer día es siempre el más crítico— y resuelto que ningún éxtasis matrimonial era compensación suficiente por aquella empresa? Llamado a elegir entre la mujer que amaba y un labio superior lampiño, ¿se había venido abajo, con el resultado de que el labio se había alzado con una victoria aplastante?

Decidido a averiguar todos los detalles del caso directamente de la fuente, me apresuré hacia el huerto, donde, si había que creer a Percy, debía encontrarse Florence, probablemente paseando de arriba abajo con la cabeza gacha.

Florence estaba allí con la cabeza gacha, pero no paseaba de arriba abajo. De hecho, estaba inclinada sobre un grosellero silvestre, comiendo grosellas de un modo bastante agitado. Al verme, se enderezó, y yo abordé la res sin preámbulo alguno.

—¿Qué es eso que me ha dicho Percy Gorringe?

Engulló una grosella con un movimiento apasionado que hablaba elocuentemente del desasosiego del alma, y advertí, como las palabras de Percy me habían conducido a suponer, que estaba enfurecida como un oso herido. Toda su apariencia era la de una muchacha que habría dado el presupuesto para vestidos de un año entero a cambio del privilegio de aporrear a G. D'Arcy Cheesewright en la cabeza con un parasol.

Proseguí.

—Asegura que se ha abierto una grieta en la argamasa.

—¿Cómo dices?

—Stilton y tú. Según Percy, vuestra unión ya no es la unión que era. Dice que Stilton ha roto el compromiso.

—Así es. Estoy encantada, por supuesto.

—¿Encantada? ¿Te complace la situación?

—Claro que sí. ¿Qué chica no estaría encantada al verse inesperadamente liberada de un hombre con la cara rosada y una cabeza que parece que la hubieran hinchado con una bomba de bicicleta?

Fruncí el entrecejo. Soy un individuo bastante astuto, y en seguida me di cuenta de que aquél no era e! lenguaje del amor. Si hubieran oído ustedes a Julieta decir algo semejante a propósito de Romeo, también habrían enarcado las cejas en un gesto de preocupación, preguntándose si todo andaba bien entre la joven pareja.

—Pero si la última vez que lo vi todo parecía ir a pedir de boca. Hubiera podido jurar que, aunque de mala gana, se había hecho a la idea de dejarse bigote.

Florence se agachó y cogió otra grosella.

—Esto nada tiene que ver con los bigotes —declaró, reapareciendo en la superficie—. Todo el asunto se debe al hecho de que D'Arcy Cheesewright es un vil, mezquino, rastrero, tortuoso, furtivo, desconfiado y despreciable gusano —recitó,

pronunciando las palabras entre sus mandíbulas apretadas—. ¿Sabes qué hizo?

—Ni la menor idea.

Repuso fuerzas con una nueva grosella y regresó a las capas superiores de la atmósfera, exhalando unas cuantas llamaradas por la nariz.

—Ayer se escabulló furtivamente hacia ese club nocturno y anduvo preguntando.

—¡Oh, Dios mío!

—Sí. Es difícil creer que un hombre pueda caer tan bajo, pero sobornó al personal para que le dejaran echar una ojeada al libro del jefe de camareros, y descubrió que aquella noche se reservó una mesa a tu nombre. Eso confirmó sus degeneradas sospechas. Supo que yo había estado allí contigo. Supongo —añadió, zambulléndose una vez más hacia el grosellero para despojarlo de su contenido— que esta asquerosa mentalidad de espía le viene de haber sido policía.

Si dijera que quedé abrumado no estaría exagerando en absoluto. Además, estaba también atónito. Enterarme de que un pazguato de cara inflada como Stilton había sido capaz de emprender una labor detectivesca en tan insólita escala fue para mí una auténtica revelación. Siempre había respetado su físico, desde luego, pero daba por sentado que la capacidad de derribar un buey de un solo golpe marcaba más o menos el límite de sus posibilidades. Ni por un instante se me había ocurrido suponerle unos poderes de raciocinio que muy bien habrían podido hacer que el mismísimo Hércules Poirot contuviera el aliento con un «¡Cáspita!» de sorpresa. Eso demostraba que uno nunca debe subestimar a un hombre por el mero hecho de que dedica su vida a sumergir remos en los ríos y a sacarlos de nuevo, una manera de pasar el tiempo tan tonta como cualquiera pueda concebir.

Sin duda, como Florence había apuntado, esta astucia reptiliana totalmente imprevista le venía del hecho de haber sido miembro, aunque sólo brevemente, del cuerpo de policía. Cabe imaginar que, cuando el neófito ha recibido el uniforme y las botas reglamentarias, los veteranos se lo llevan aparte y le enseñan unas cuantas cosas que probablemente puede serle útiles en la profesión que ha elegido. Stilton, era evidente, había aprendido bien la lección y, quién sabe, seguramente era capaz de medir manchas de sangre y recoger cenizas de puro.

Sin embargo, únicamente dediqué una atención fugaz a esta faceta de la situación. Mis pensamientos se centraban en algo de mucho mayor alcance y gravedad, como diría Jeeves. Me refiero a la posición —entonces que el hombre lo sabía todo— de Bertram Wooster, que se me antojaba sumamente peliaguda. Florence, saciada de grosellas, comenzó a alejarse, y la retuve con un brusco «¡Eh!».

—El telegrama —dije.

—No quiero hablar de él.

—Yo sí. ¿Decía alguna cosa sobre mí?

—Oh, sí, bastantes.

Tragué saliva un par de veces y deslicé un dedo por el interior del cuello de la camisa. Ya sospechaba que diría algo.

—¿Aludía a algún plan que pudiera tener con respecto a mí?

—Decía que iba a romperte la espalda en cinco sitios.

—¿Cinco sitios?

—Me parece que decía cinco. No se lo permitas —añadió Florence calurosamente, y fue agradable, desde luego, saber que lo desaprobaba—. ¡Romper espaldas! Nunca había oído una cosa semejante. Vergüenza tendría que darle.

Partió en dirección a la casa, caminando como una reina de tragedia en una de sus mañanas malas.

Lo que he oído a Jeeves describir como el tenue paisaje vacilante se descoloría ya ante los ojos, y se acercaba la hora en que suenan los gongs para vestirse antes de cenar. Pero, aun sabiendo lo imprudente que resulta siempre llegar tarde a una cena de Anatole, no podía decidirme a regresar al interior a engullir la sopa y el pescado. Tantas cosas ocupaban mi mente que permanecí donde estaba, sumido en una especie de estupor. Las criaturas aladas de la noche se acercaban, me echaban un vistazo y se alejaban de nuevo, pero yo seguía inmóvil, hundido en mis pensamientos. Un hombre perseguido por un matón como D'Arcy Cheesewright necesita todo el pensamiento que pueda conseguir.

Y entonces, repentinamente, de la noche que me cubría, negra como la pez de polo a polo, brotó un rayo de luz que fue ensanchándose gradualmente hasta iluminar todo el horizonte, y comprendí que, de una manera general, me hallaba a salvo.

Lo que hasta entonces me había pasado completamente por alto, vean ustedes, era el hecho de que Stilton no tenía ni idea de que yo estaba en Brinkley. Creyéndome en la metrópoli, era allí donde desplegaría su red de arrastre. Acudiría al piso, llamaría a la puerta, no recibiría respuesta y se retiraría desconcertado. Acecharía en Los Zánganos, aguardando mi llegada, y a su debido tiempo, al ver que no llegaba, abandonaría el campo otra vez desconcertado. «No viene», se diría, sin duda rechinando los dientes, y de mucho que le serviría.

Y, por supuesto, después de lo sucedido, no existía la menor posibilidad de que acudiera a Brinkley. Un hombre que acaba de romper su compromiso no va a la mansión campestre donde sabe que está la chica. Bueno, ustedes mismos, ya me dirán. Naturalmente que no va. Si había un lugar en la tierra que en la presente fecha pudiera considerarse libre de Cheesewrights, este lugar era Brinkley Court, en Brinkley-cum-Snodsfield-in-the-Marsh, Worcestershire.

Profundamente aliviado, puse en movimiento los pies me y apresuré hacia mi habitación con una canción en los labios. Al llegar encontré a Jeeves, no exactamente con un cronómetro en la mano, pero sí meneando un poco la cabeza por la tardanza del joven señor. Su ceja izquierda vibró perceptiblemente cuando entré.

—Sí ya sé que llego tarde, Jeeves —observé, comenzando a desde la tapicería—. He estado paseando.

Aceptó la explicación con tolerancia.

—Lo entiendo perfectamente, señor. Había conjeturado que, con un atardecer tan espléndido, probablemente estaría usted disfrutando de un paseo por el parque. Le he dicho al señor Cheesewright que sin duda era éste el motivo de su ausencia.

XI

Medio dentro y medio fuera de la camisa, me quedé paralizado como uno de esos tipos de los antiguos cuentos de hadas que solían hablar a los magos en un momento inoportuno y eran hechizados. Mis orejas se pusieron enhiestas como las de un terrier de pelo duro, y a duras penas pude creer que hubiera oído bien.

—¿El señor Chuch? —inquirí con voz temblorosa—. ¿Qué es eso, Jeeves?

—¿Señor?

—No le comprendo. ¿Está usted diciendo… ha dicho que… afirma categóricamente que Stilton Cheesewright se halla presente en el lugar?

—Sí, señor. Llegó en su automóvil no hace mucho. Lo encontré esperando aquí. Expresó el deseo de ver al señor y su prolongada ausencia pareció disgustarle. Finalmente, en vista de la inminencia de la hora de la cena, decidió retirarse. A juzgar por sus observaciones, deduzco que alberga la esperanza de entrar en contacto con usted a la conclusión de la comida.

Me deslicé en la camisa, aturdido, y anudé la corbata. Estaba estremecido, en parte de aprensión, pero más aún por una justificable indignación. Si dijera que aquello me parecía un poco torpe no me desviaría indebidamente de los hechos. Quiero decir que ya sé que D'Arcy Cheesewright es de una fibra basta, el tipo de sujeto que, como Percy había dicho, podía contemplar una puesta de sol sin advertir en ella mas que cierto parecido con una rodaja de rosbif poco hecho, pero sin duda uno tiene derecho a esperar que incluso los sujetos de fibra basta posean cierta medida de delicadeza, de sentido de la decencia y qué sé yo. Eso de que rompiera su compromiso con Florence con una mano y viniera a imponerle su compañía con la otra se me antojaba como se le hubiera antojado a cualquier hombre de sentimientos cabales, tan cercano al límite exterior como era posible llegar.

—¡Es monstruoso, Jeeves! —exclamé—. ¿Es que este patán con de calabaza no tiene sentido de la corrección? ¿Es que carece de tacto, de discreción? ¿Se da usted cuenta de que esta misma tarde, por medio de un telegrama del que tengo todas las razones para creer era una canallada, ha cortado sus relaciones con lady Florence?

—No, señor, no había sido informado. El señor Cheesewright no me ha hecho partícipe de su confianza.

—Debe de haberse detenido *en route* para componer el mensaje, puesto que no ha llegado mucho antes que él. Es curioso que haya hecho la cosa por telegrama, dando así materia a algún funcionario de la oficina de correos para reírse un buen rato. ¡Y que luego tenga la frescura de irrumpir aquí por las buenas! Eso, Jeeves, es servirlo con salsa de crema. No quiero ser demasiado duro, pero a D'Arcy Cheesewright sólo se le puede aplicar una palabra: la palabra «grosero». ¿Se puede saber qué está mirando? —concluí, al darme cuenta de que tenía la vista fija en mí de un modo

significativo.

—Habló con calmada severidad.

—Su corbata, señor. Me temo que no está en condiciones.

—¿Es éste el momento de hablar de corbatas?

—Sí, señor. El objetivo es lograr una forma de mariposa perfecta, y eso no lo ha conseguido. Con su permiso, voy a arreglársela.

Así lo hizo, y debo decir que con un gran acierto, pero yo seguí irritado.

—¿Se da cuenta, Jeeves, de que mi vida corre peligro?

—¿De veras, señor?

—Se lo aseguro. Ese pedazo de atún… me refiero a G. D'Arcy Cheesewright… ha declarado formalmente su intención de romperme en cinco sitios.

—¿De veras, señor? ¿Y cómo es eso?

Le puse al corriente de los hechos, y expresó la opinión de que era una situación molesta.

Le lancé una de mis miradas.

—¿Se atrevería a decir tanto, Jeeves?

—Sí ,señor. Muy molesta.

—¡Ja! —exclamé, recurriendo al repertorio de Stilton, y estaba punto de decirle que, si no se le ocurría otra palabra mejor para describir lo que era probablemente el embrollo más atroz que jamás se hubiera conocido en la historia de la raza humana, me sería muy grato proporcionarle un ejemplar del *Thesaurus de Roget*[8] a mis expensas, cuando sonó el gong de la cena y tuve que salir corriendo hacia el comedero.

No recuerdo aquella primera cena en Brinkley Court entre las funciones más placenteras a que he asistido. Irónicamente, en vista de las circunstancias, Anatole, el mago de las cazuelas y las sartenes, realizó una de sus más supremos esfuerzos y ofreció a la compañía, si la memoria no me falla:

Le Caviar Frais
Le Consommé aux Pommes d'Amour
Les Sylphides á la créme d'Écrevisses
Les pescaditos fritos
Le pájaro de alguna clase con patatas fritas
Le helado

y, naturalmente, les frutas y le café, aunque, para el efecto que todo ello ejerció sobre el alma de Wooster, lo mismo hubiera podido servir un picadillo de carne en

conserva. No voy a decir que rechazara la comida sin probarla, como solía hacer Percy con su ración diaria según la descripción de tía Dahlia, pero los platos sucesivos se convertían en cenizas en mi boca. La visión de Stilton al otro lado de la mesa inhibía el apetito.

Supongo que serían imaginaciones mías, pero me daba la impresión de haber crecido considerablemente a lo alto y a lo ancho desde la última vez que lo había visto, y la expresión de su rostro color salmón reflejaba con más claridad de la necesaria los pensamientos que ocupaban su mente, si se la puede llamar así. En el transcurso de la comida me dirigió entre ocho y diez malas miradas, pero a excepción de un comentario al principio, en el sentido de que esperaba tener un cambio de impresiones conmigo más tarde, no me dirigió la palabra.

Ni, para el caso, se la dirigió a alguno de los presentes. Su conducta fue en todo momento la de un homicida sordomudo. La fémina sentada a su derecha, se esforzó por distraerlo con una saga el dudoso comportamiento de la señora Alderman Blenkinsop reciente tómbola benéfica parroquial, pero él, por toda res, le contempló boquiabierto como un animal lento y estúpido, habría dicho Percy, y consumió en silencio los alimentos.

Sentado junto a Florence, que habló poco, limitándose a poner expresión fría y desdeñosa y a hacer bolitas con la miga del pan, espacio suficiente para reflexionar durante el banquete, y cuando fue servido el café ya había formado mis planes y perfeccionado estrategia. En cuanto tía Dahlia dio la señal para que el bello sexo despejara el campo y dejara a los hombres con el oporto, aproveché su partida para emprender una disimulada fuga por las puertaventanas hacia el jardín, de tal manera que me hallé al aire libre antes de le primera de la procesión hubiese cruzado el umbral. No puedo asegurar con certeza si esta astuta medida hizo brotar un grito ronco de los labios de Stilton, pero tuve la impresión de oír algo que sonaba como el aullido de un lobo gris que se ha golpeado una pata al pasar junto a una roca. Sin molestarme en regresar para preguntarle si había dicho algo, me interné en el vasto terreno.

De haber sido otras las circunstancias que concurrían en el caso —aunque, por supuesto, nunca lo son—, habría podido obtener no poca satisfacción de este paseo después de la cena, porque el aire rebosaba de fragancias murmurantes y una brava brisa cantaba como un clarín desde un firmamento generosamente cuajado de estrellas. Pero para disfrutar de un jardín iluminado por las estrellas uno debe estar un ánimo relativamente sereno, y el mío se hallaba tan lejos de estar sereno como había podido llegar.

«¿Qué hacer?», me preguntaba. Me pareció que el curso más prudente, si deseaba conservar intacta mi apreciada espalda, consistiría en meterme en mi biplaza a primera hora de la mañana y partir hacia los grandes espacios abiertos. Permanecer in

statu quo conllevaría, estaba claro, un indeseable grado de actividad por mi parte, pues sólo mediante el más incesante movimiento podía tener la esperanza de esquivar a Stilton y frustrar sus siniestras intenciones. Estaría obligado, lo vi claramente, a dedicar una parte sustancial de mi tiempo a correr como un corzo o un venado jovencito por las colinas donde las especias crecen, recuerdo haberle oído a Jeeves en una ocasión, y a nosotros, los Wooster, nos fastidia tener que rebajarnos al nivel de corzos o venados, ya sean jovencitos o entrados en años. Tenemos nuestro orgullo.

Acababa de decidir que a la mañana siguiente me fundiría como la nieve sobre las cumbres de las montañas y me iría a Estados Unidos, a Australia, a las islas Fidji o a cualquier otro lugar durante algún tiempo, cuando las murmurantes fragancias del verano quedaron aumentadas por el aroma de un poderoso cigarro y vi que se acercaba una figura indistinta. Tras unos instantes de tensión, durante los cuales supuse que se trataba de Stilton y me preparé para practicar un poco el papel de corzo o venado jovencito, logré ponerle un nombre. Era sólo tío Tom, haciendo su ronda nocturna.

Tío Tom es un gran aficionado a rondar por el jardín. Hombre de cabellos grises y cara como una castaña —y no es que tenga que ver con el asunto, naturalmente, sólo lo menciono de pasada—, le gusta hallarse entre flores y arbustos de la mañana a la noche, sobre todo de noche, porque sufre un poco de insomnio y el brujo de la tribu le indicó que unas bocanadas de aire fresco antes de tumbarse en la paja le proporcionarían alivio.

Al verme, hizo una pausa para la identificación de la emisora.

—¿Eres tú, Bertie, muchacho?

Admití que lo era y avanzó jadeante a mi lado, echando bocanadas de humo.

—¿Por qué nos has dejado? —preguntó, refiriéndose a mi precipitada partida del comedor.

—Oh, he tenido ganas de salir.

—Bueno, no te has perdido gran cosa. ¡Vaya camarilla! Ese hombre, Trotter, me pone enfermo.

—¿Ah, sí?

—Su hijastro Percy me pone enfermo. —¿Ah, sí?

—Y ese joven Cheesewright me pone enfermo. Todos me ponen enfermo —concluyó tío Tom. No es uno de esos anfitriones estilo «posadero jovial con salida a escena en el primer acto». Contempla con mal disimulada aversión al noventa y cuatro por ciento, al menos, de los huéspedes que visitan su propiedad, y dedica la mayor parte de su tiempo a esquivarlos—. ¿Quién ha invitado a Cheesewright? Dahlia, supongo, aunque nunca sabré por qué. Un jovenzuelo deletéreo e insoportable si alguna vez he visto uno. Pero ella hace cosas así, incluso ha llegado a invitar a su hermana Agatha. Y hablando de Dahlia, Bertie, muchacho, estoy preocupado por ella.

—¿Preocupado?

—Sumamente preocupado. Creo que le pasa algo. Desde tu llegada aquí, ¿no has advertido algo raro en su actitud?

Reflexioné.

—No, creo que no —contesté—. Yo la he visto como de costumbre. ¿Raro en qué sentido?

Agitó en el aire un desasosegado cigarro. La vieja parienta y él forman una pareja unida y afectuosa.

—Ha sido ahora mismo, cuando me he acercado a su cuarto con ánimo de charla para preguntarle si le apetecía salir a dar un paseo. Me ha dicho que no, que creía que no, porque siempre que sale a pasear de noche se traga polillas y mosquitos y cosas, y le parece que eso no puede sentarle bien tras una cena abundante. Entonces empezamos a conversar tranquilamente de esto y de aquello, cuando de pronto le dio un desmayo.

—¿Quiere decir que se desvaneció?

—No, tanto como desvanecerse, no. Se mantuvo perpendicular. Pero se tambaleó y se llevó una mano a la frente. Estaba pálida como un espectro.

—Es extraño.

—Mucho. Me ha preocupado. No estoy tranquilo acerca de ella.

Medité durante unos instantes.

—¿No puede ser que haya dicho alguna cosa que la perturbara?

—Imposible. Estaba hablando de ese tal Sidcup que ha de venir mañana para ver mi colección de plata. No lo conoces, ¿verdad?

—No.

—Una especie de asno cabezota —declaró tío Tom, que tiende a considerar a casi todos los miembros de su círculo asnos cabezotas—, pero al parecer es un gran entendido en plata antigua y joyería y todas esas cosas, y en todo caso sólo vendrá a cenar, gracias a Dios —añadió, con su hospitalidad de costumbre—. Pero estaba hablando de tu tía. Como te decía, se tambaleó y se puso pálida como un espectro. La verdad del asunto es que se está excediendo. Esa revista suya, ese *Camisón de Madame* o como se llame, la está consumiendo. Es absurdo. ¿Qué necesidad tiene de un semanario? Me sentiré muy aliviado si consigue vender el condenado periódico a ese Trotter y se deshace de una vez de él, porque, además de consumirla, la cosa está costándome una fortuna. Dinero, dinero, dinero, es el cuento de nunca acabar.

A continuación se explayó con considerable vehemencia acerca de los impuestos sobre la renta y sobre la propiedad, y tras proponerme una cita provisional en la más absoluta miseria para una fecha no muy lejana, se apartó de mi lado y se perdió en la noche. Y yo, juzgando por lo avanzado de la hora que quizá fuera seguro retirarme a mi habitación, me encaminé hacia ella.

Mientras me enfundaba unas prendas más holgadas, seguí reflexionando sobre lo que me había dicho de tía Dahlia. Me sentía intrigado. Durante la cena, desde luego, había estado distraído y preocupado, pero aun así, me pareció que si ella hubiese dado alguna muestra de hallarse aquejada de gripe o una enfermedad debilitante o algo por el estilo, forzosamente lo habría advertido. Por lo que yo podía recordar, me había dado la impresión de que atacaba los diversos platos del menú con su decisión y brío de costumbre. No obstante, tío Tom la había descrito pálida como un espectro, cosa que, con una tez tan roja como la de ella, exigía bastante esfuerzo.

Extraño, por no decir misterioso.

Seguía cavilando sobre ello, preguntándome qué hubiera opinado Osborne Cross, el sabueso de *El misterio del cangrejo de río rosado*, cuando fui arrancado de mis reflexiones por el brusco girar del pomo de la puerta. Esto fue seguido por un violento golpe en la madera, que me hizo comprender cuán prudente había sido al encerrarme bajo llave antes de prepararme para la noche. Pues la voz que habló a continuación fue la de Stilton Cheesewright.

—¡Wooster!

Me levanté, abandonando mi *Cangrejo de río*, en el que estaba a punto de sumergirme, y apliqué los labios al ojo de la cerradura.

—¡Wooster!

—Aquí estoy, querido amigo —respondí fríamente—. Ya te he oído la primera vez. ¿Qué deseas?

—Quiero tener unas palabras contigo.

—Bien, pues te aseguro que no vas a tenerlas. Déjame, Cheesewright. Preferiría estar solo. Tengo un ligero dolor de cabeza.

—No será tan ligero, si puedo ponerte las manos encima.

—Ah, pero el caso es que no puedes —repliqué astutamente y, tras regresar a la butaca reanudé mis estudios literarios con el agradable convencimiento de haberlo vencido en el debate. Me dirigió unos cuantos apelativos despectivos a través de la puerta, la golpeó y aporreó un poco más y, finalmente, se retiró, sin duda mascullando horrísonas imprecaciones.

Habrían transcurrido unos cinco minutos cuando sonó otro golpe en la puerta, esta vez tan suave y discreto que no tuve dificultad en identificarlo.

—¿Es usted, Jeeves?

—Sí, señor.

—Un momento.

Al cruzar la habitación para franquearle el paso, me sorprendió comprobar que mis extremidades inferiores flaqueaban un poquito. Aquel duelo verbal con mi reciente huésped me había afectado más de lo que suponía.

—Acabo de recibir la visita de Stilton Cheesewright, Jeeves —le informé.

—¿De veras, señor? Confío en que el resultado haya sido satisfactorio.

—Sí, creo que he dejado su alma sencilla sumida en la confusión. Al parecer, había imaginado que podría penetrar en mi santuario sin ni traba ni oposición, y el hecho de encontrar la puerta cerrada con llave le ha desconcertado. Pero el episodio me ha dejado un poco debilitado, y me complacería que pudiera prepararme un whisky con soda.

—Ciertamente, señor.

—Tiene que ser preparado de la manera adecuada. ¿Quién era amigo suyo del que hablaba el otro día, cuya fuerza era como la fuerza de diez?

—Un caballero de nombre Galahad, señor. Pero yerra usted al suponerlo un amigo personal mío. Sirvió de tema para una composición poética del difunto lord Tennyson.

—Eso no viene a cuento, Jeeves. Solamente iba a decir que me gustaría que la fuerza de este whisky con soda fuese como la de diez. No se arredre al escanciar.

—Muy bien, señor.

Partió a cumplir su piadosa misión y yo me zambullí en el *Cangrejo de río* una vez más. Pero apenas había comenzado a reunir pistas e interrogar sospechosos cuando se produjo una nueva interrupción. Un puño apretado se abatió sobre la puerta con un inquietante sonido retumbante. Suponiendo que mi visitante era Stilton, iba a levantarme para increparle a través de la cerradura, como antes, cuando desde los espacios exteriores penetró una exclamación tan jugosa y plena de vigor que solamente podía proceder de los labios de alguien que hubiera hecho su aprendizaje entre los perros y los zorros.

—¿Tía Dahlia?

—¡Abre la puerta!

Así lo hice, y entró a paso de carga.

—¿Dónde está Jeeves? —inquirió, con tan evidente nerviosismo que la contemplé con considerable alarma. Después de lo que tío Tom me había dicho sobre sus tambaleos, aquella agitación febril no me gustó en absoluto.

—¿Ocurre algo? —pregunté.

—Puedes apostar lo que quieras a que ocurre algo —dijo la vieja parienta, desplomándose sobre la *chaise longue* con todo el aspecto de que en cualquier momento podía empezar a echar burbujas—. Bertie, estoy en un aprieto, y sólo Jeeves puede impedir que mi nombre se arrastre por el fango en esta casa. Llama al condenado y deja que ejercite ese cerebro suyo como nunca antes.

XII

Intenté tranquilizarla con una afectuosa palmadita en el moño. Jeeves estará aquí dentro de un momento —dije—, y sin duda lo arreglará todo con un pase de su varita mágica. Dígame, mi trémulo álamo temblón, ¿cuál parece ser el problema?

Tragó saliva como un cachorro asustado. Rara vez había visto una tía más afligida.

—¡Es Tom!

—¿El tío que lleva ese nombre?

—¿Cuántos Tom crees que hay en esta casa, por el amor de Dios? —replicó, recobrando su energía acostumbrada—. Sí, Thomas Portarlington Travers, mi marido.

—¿Portarlington? —repetí, algo sorprendido.

—Acaba de venir a mi cuarto con ánimo de charla.

Asentí con expresión de inteligencia. Recordaba que el propio tío me lo había dicho poco antes. Había sido en esa ocasión, como recordarán, cuando observó que ella se llevaba la mano a la frente.

—Ya veo. Sí, hasta aquí la sigo. Escena, su habitación. Usted está sentada. Entra tío Tom, con ánimo de charla. ¿Y luego qué?

Permaneció algún tiempo en silencio y, a continuación, habló en lo que para ella era una voz queda. Es decir, aunque hacía vibrar los jarrones de la repisa de la chimenea, no hacía que cayeran pedazos de yeso del cielorraso.

—Será mejor que te lo cuente todo.

—Hágalo, vieja antepasada. Nada como quitárselo del pecho, sea lo que fuere.

Tragó saliva como otro cachorro asustado.

—No es una historia muy larga.

—Bien —aprobé, pues la hora era tardía y me esperaba una jornada ajetreada.

—Recordarás que esta tarde, a tú llegada, estuvimos hablando… Bertie, bicho repugnante —exclamó, abandonando momentáneamente el hilo principal de la conversación—, este bigote tuyo es la cosa más horripilante que jamás he visto fuera de una pesadilla. Parece arrastrar a uno directamente hacia un mundo extraño y pavoroso. ¿Qué te impulsó a cometer un acto tan irreflexivo?

La interrumpí con cierta severidad.

—Deje en paz mi bigote, vieja sangre de mi sangre. Si no se mete con él, él tampoco se meterá con usted. Decía que esta tarde, cuando hablamos…

Aceptó mi reprensión con una malhumorada inclinación de cabeza.

—Sí, tienes razón, no debo desviarme. Debo ceñirme a la cuestión.

—Tan estrechamente como pueda.

—Cuando hablamos esta tarde, dijiste que no comprendías cómo había logrado persuadir a Tom para que aflojara el precio del serial de Daphne Dolores Morehead.

¿Recuerdas?

—Sí. Y todavía no lo comprendo.

—La respuesta es muy sencilla. No lo logré.

—¿Eh?

—Tom no ha puesto ni un penique.

—Entonces, ¿cómo…?

—Te diré cómo. Empeñé mi collar de perlas.

Me quedé mirándola… bueno, supongo que la palabra justa sería «atónito». Mis relaciones con esta mujer, que se remontaban a los días en que yo no era más que un bebé qué gimoteaba y vomitaba en brazos de mi aya, si me disculpan la expresión, me habían dejado la sensación de que su lema en la vida era «Todo vale», pero ésta era una jugada bastante extrema, incluso para alguien cuyo límite siempre había sido el cielo.

—¿Lo ha empeñado?

—Lo he empeñado.

—¿Quiere decir que lo ha pignorado? ¿Que se ha desprendido de él bajo mano? ¿Que se lo ha pulido?

—Exactamente. Era lo único que podía hacer. Necesitaba el serial para salar la mina, y Tom se negó en redondo a darme ni un billete de cinco libras con el que saciar la sed de oro de esa Morehead chupasangres. «Es absurdo, es absurdo», repetía. «Absolutamente improcedente, absolutamente improcedente.» Así que me escapé a Londres, llevé el collar a Aspinall's, les encargué que hicieran una copia y luego fui a la casa de empeños. Bueno, la expresión casa de empeños es una figura retórica. Mi establecimiento era de una clase muy superior. Supongo que tú lo llamarías un prestamista.

Silbé uno o dos compases.

—Entonces, el objeto que he recogido para usted esta mañana… ¿Es falso?

—Perlas cultivadas.

—¡Santo cielo! —exclamé—. ¡Cómo son las tías! —Vacilé. Aborrecía la idea de magullar aquel espíritu gentil, especialmente en un momento en que estaba preocupada por algo, pero me pareció que era mi deber de sobrino señalar la pega del asunto—. Y cuando… Me que esto va a estropearle el día, pero ¿qué pasará cuando tío Tom se entere?

—Éste es exactamente el problema.

—Ya me figuraba que podía serlo.

Tragó saliva como un tercer cachorro asustado.

—Sí no hubiera sido por un cochino golpe de mala suerte, no se habría enterado en un millón de años. No creo que Tom, bendito sea, sepa distinguir el *Koh-i-Noor* de algo comprado en Woolworth's.

Comprendí su razonamiento. Tío Tom, como ya lo he indicado, es un ferviente coleccionista de plata antigua y nada se le puede enseñar sobre candelabros, relieves, volutas o cenefas, pero la joyería era para él, como para la mayor parte del sexo masculino, un libro cerrado.

—Pero mañana por la noche se enterará, y voy a decirte por qué —prosiguió—. Ya te he explicado que hace un rato ha venido a mi habitación con ánimo de charla. Bueno, llevábamos unos instantes hablando de diversos temas, todo muy amistoso y campechano, cuando de pronto… ¡Oh, Dios mío!

Le administré otra palmadita afectuosa en la calabaza.

—Tenga coraje, vieja pariente. ¿Qué hizo tío Tom de pronto?

—De pronto me dijo que ese lord Sidcup que vendrá a cenar mañana no solo es un fanático de la plata antigua, sino también un experto en joyas, y que pensaba pedirle, puesto que estaba aquí, que echara un vistazo a mi collar.

—Dios!

—Dijo que siempre había sospechado que los bandidos que se lo vendieron se habían aprovechado de su inocencia para cobrarle un precio exagerado, y que Sidcup lo sacaría de dudas.

—¡Santo cielo!

—«¡Por Dios!» resulta apropiado, y «¡Santo cielo!» también.

—Entonces, ¿por eso se llevó usted la mano a la frente y se tambaleó?

—Por eso. ¿Cuánto crees que tardará ese diablo en forma humana en reconocer las perlas falsas y echarlo todo a rodar? Diez segundos, quizá menos. ¿Y entonces qué? ¿Puedes reprocharme que me tambalee?

Ciertamente, no podía. Yo en su lugar también me hubiera tambaleado, y con un tambaleo como no se ha visto igual. Un hombre mucho más lerdo que Bertram Wooster no habría dejado de apreciar que esta tía que se hallaba sentada ante mí, tironeando febrilmente de su permanente, era una tía que estaba en un aprieto. Se había precipitado una crisis en sus asuntos que, si sus amigos y partidarios no efectuaban a tiempo alguna maniobra hábil y precisa, amenazaba ponerla en un serio brete.

He realizado un estudio bastante detenido sobre el estado matrimonial y sé bien lo que ocurre cuando una tórtola pilla a la otra tórtola en un renuncio. Bingo Little me ha contado a menudo que si la señora Little hubiera llegado a saber de él algunas de las cosas que parecía probable iba a saber, la luna se hubiera convertido en sangre y los cimientos de la civilización habrían temblado. He oído decir lo mismo, en esencia, a otros maridos de mi conocimiento, y, por supuesto, cuando es la mujercita la sorprendida en falta, también se producen trastornos semejantes.

Hasta el momento, tía Dahlia había sido siempre el jefe de Brinkley Court, donde mantenía un fuerte gobierno centralizado, pero si tío Tom descubría que había

empeñado el collar de perlas a fin de comprar un folletín para lo que por algún motivo él denominaba siempre el *Camisón de Madame*, un periódico que desde el primer momento le había disgustado, mi tía se vería en una situación muy parecida a la de uno de esos monarcas o dictadores que despiertan una mañana para descubrir que el pueblo se ha alzado contra ellos y se lo está diciendo con bombas. Tío Tom es un veterano afable, pero incluso los veteranos afables pueden ponerse condenadamente desagradables cuando se dan las condiciones adecuadas.

—¡Pardiez! —exclamé, acariciándome la barbilla—. Esto no es bueno.

—Es el fin de todas las cosas.

—¿Y dice que este pájaro Sidcup estará aquí mañana? Eso no le deja mucho tiempo para poner sus asuntos en orden. No me extraña decidido lanzar un SOS a Jeeves.

—Sólo él puede salvarme de un destino peor que la muerte.

—Pero, incluso Jeeves, ¿será capaz de arreglar la situación?

—En él confío. Después de todo, es un magnífico arreglador.

—Cierto.

—En sus tiempos, te sacó de más de un hoyo bastante profundo.

—En efecto. Con frecuencia digo que no hay nadie como él, nadie. Debería regresar de un momento a otro. Ha salido a buscar una jarra del antiguo reconstituyente familiar.

Sus ojos destellaron con una extraña luz.

—¡Pido el primer sorbo!

Le di unas palmaditas en la mano.

—Naturalmente —respondí—, naturalmente. Puede darlo por hecho. No se dirá de Bertram Wooster que acapara las reservas de bebida cuando tiene a su lado una tía doliente con la lengua colgando. Su necesidad es mayor que la mía, como quienquiera que fuese le dijo al que yacía en la camilla. ¡Ah!

Jeeves había hecho su entrada portando el elixir, ni una fracción de segundo antes de que estuviéramos dispuestos a consumirlo. Tomé el recipiente de sus manos y se lo ofrecí a mi anciana parienta con un ademán cortés. Tras un breve «A tu salud», bebió copiosamente. Acto seguido, terminé lo que quedaba de un solo trago.

—Oh, Jeeves —comencé.

—¿Señor?

—Présteme oídos.

—Muy bien, señor.

Me bastó una mirada fugaz a la hermana de mi difunto padre para comprender que si había que presentar una exposición lúcida de la res, tendría que ser yo quien se ocupara del asunto. Tras humedecerse el gaznate, tía Dahlia había recaído en una especie de coma paralizado, con la vista perdida en el vacío y cierta tendencia a

jadear como un ciervo en el calor de la caza. Aunque la cosa no era de extrañar. Pocas mujeres se hallarían de un humor jovial si el destino hubiera hecho detonar bajo ellas semejante carga de trinitrotolueno. Imagino que sus emociones, una vez tío Tom hubo dicho lo que tenía que decir, debieron de ser de naturaleza comparable a las que sin duda había experimentado a menudo en sus días de caza, cuando su montura la derribaba de la silla y a continuación pasaba sobre ella. Y si bien la confortante Hipocrene de la que acababa de beber su parte era robusta y plena de significado interior, saltaba a la vista que sólo había arañado la superficie.

—Se ha presentado de sopetón una circunstancia bastante peliaguda, Jeeves, y nos agradaría contar con su orientación y su consejo. He aquí la situación: Tía Dahlia tiene un collar de perlas, regalo navideño de tío Tom, cuyo segundo nombre, apuesto a que lo ignoraba, es Portarlington. El collar que ha recogido esta mañana en Aspinall's. ¿Me sigue?

—Sí, señor.

—Bien, aquí es donde la trama se complica. No se trata de un collar de perlas, si me explico correctamente. Por razones en las que no necesitamos detenernos, tía Dahlia decidió empeñar su regalo de Navidad. Lo que actualmente se halla en su poder es una simple imitación de nulo o desdeñable valor intrínseco.

—Sí, señor.

—No parece que le sorprenda.

—No, señor. Cobré conciencia de ello en cuanto vi el collar esta mañana. Me percaté de inmediato que se trataba de una reproducción hecha con perlas cultivadas.

—¡Dios mío! ¿Tan fácilmente se distinguen?

—Oh, no, señor. No me cabe la menor duda de que podría engañar a un ojo no educado. Pero en cierta ocasión dediqué varios meses a estudiar joyería bajo los auspicios de uno de mis primos, que está en el negocio. La perla auténtica carece de núcleo.

—¿Carece de qué?

—De núcleo, señor. En su interior. La perla cultivada lo tiene. Una perla cultivada se distingue de una real por este detalle, que es el resultado de introducir en la ostra un cuerpo extraño destinado a irritarla e inducirla a recubrir dicho cuerpo con incontables capas de nácar. El irritante que desempeña este papel en la naturaleza es invariablemente tan pequeño que resulta invisible, pero el núcleo de la perla cultivada es fácilmente discernible, y por lo general basta sostener la imitación ante una luz intensa para detectarlo. Esto es lo que hice en el caso del collar de la señora Travers. No tuve necesidad de recurrir al endoscopio.

—¿Al qué?

—Al endoscopio, señor. Un instrumento que permite observar el interior de la perla cultivada y discernir el núcleo.

Fui consciente de un dolor pasajero por el mundo de las ostras, juzgando —y creo que correctamente— que, para estos desdichados bivalvos la vida debía de ser una sucesión de malos tragos, pero mi principal emoción fue de asombro.

—Válgame Dios, Jeeves! ¿Es que lo sabe usted todo?

—Oh, no, señor. Sucede solamente que siento cierta afición por la joyería. Si se hubiera tratado de diamantes, por supuesto, la prueba sido distinta. Para comprobar la autenticidad de un diamante, sería necesario utilizar una aguja de gramófono con punta de zafiro que, como sin duda usted ya sabe, es corindón y tiene una dureza de 9 puntos) y arañar ligeramente la parte inferior de la piedra bajo sospecha. El diamante auténtico, creo que no necesito recordárselo, es la única sustancia con una dureza de 10 puntos en la escala de Mohs. La mayoría de los objetos duros que vemos a nuestro alrededor tiene una dureza aproximada de 7 puntos. Pero, ¿decía usted, señor?

Aún seguía parpadeando un poco. Cuando Jeeves se lanza de esta manera, suele ejercer ese efecto sobre mí. Mediante un poderoso esfuerzo, logré ordenar de nuevo mis pensamientos y pude continuar.

—Bien, éste es el meollo de la historia —dije—. El collar de tía Dahlia, el que se halla ahora en su posesión, sólo es, como sus entrenados sentidos ya le dijeron, una masa bullente de núcleos que no vale ni el papel en que está escrita. Exactamente. Bien, ésta es la cuestión. Si no se hubieran introducido complicaciones en el guión, todo estaría bien, porque tío Tom no sería capaz de advertir la diferencia entre un collar auténtico y uno falso aunque lo intentara durante varios meses. Pero se ha introducido una complicación descomunal. Un camarada suyo vendrá mañana a examinar el collar, y este camarada, lo mismo que usted, es un experto en joyas. Ya comprende qué sucederá en el instante en que pose sus ojos sobre esta imitación sin valor. Revelación, ruina, desolación y desespero. Tío Tom, enterado de la verdad, montará en cólera, y el prestigio de tía Dahlia descenderá al nivel los vinos y licores. ¿Lo entiende, Jeeves?

—Si, señor.

—Pues háganos saber su opinión.

—Es molesto, señor.

Yo hubiera creído que nada podría arrancar de su trance a aquella tía abatida, pero esto lo consiguió. Saltó disparada del asiento en que la hundido, como faisán que emprende el vuelo.

¡Molesto! ¡Vaya palabra ha ido a elegir!

—Aún comprendiendo su disgusto, alcé una mano para contenerla.

—¡Por favor, vieja parienta! Sí, Jeeves, la cosa es, como dice, un poco molesta, pero uno tiene la sensación de que probablemente tendrá usted algo constructivo que presentar ante el consejo. Nos complacerá escuchar su solución.

Jeeves permitió que un músculo en la comisura de los labios se contrajera

pesarosamente.

—Ante un problema de esta magnitud, señor, temo no ser capaz de proporcionar una solución de buenas a primeras, si me permite la expresión. Necesitaría reflexionar sobre el asunto. ¿Tal vez si me permitiera pasear por el corredor durante algún tiempo?

—Ciertamente, Jeeves. Pasee por el corredor cuanto le plazca.

—Gracias, señor. Espero hallarme en breve plazo en condiciones de regresar con alguna sugerencia que les parezca satisfactoria. Cerré la puerta a sus espaldas y me volví hacia la anciana parienta, que, con el rostro congestionado, aún seguía mascullando «Molesto».

—Ya sé cómo se siente, vieja sangre de mi sangre —la consolé—. Habría debido advertirle de que Jeeves nunca opta por pegar saltos y poner los ojos en blanco cuando se le hace una revelación sensacional, sino que prefiere mantener la calma imperturbable de una rana disecada.

—¡«Molesto»!

—Yo he llegado a acostumbrarme a este rasgo de su personalidad, aunque ocasionalmente, como iba a hacer está noche, le administro una reprensión más bien severa, pues la experiencia me ha enseñado que…

—¡«Molesto»! ¡Por el amor de Dios! ¡«Molesto»!

—Ya sé, ya sé. Esta actitud suya perturba los nervios centrales en considerable medida, ¿verdad? Pero, como iba diciendo, la experiencia me ha enseñado que siempre viene seguida de una atinada solución. Como dijo alguien, si vemos ranas disecadas, ¿pueden estar muy lejos las atinadas soluciones?

Se irguió en el asiento. Vi que en su mirada amanecía la luz de la esperanza.

—¿De veras crees que encontrará una salida?

—Estoy convencido de ello. Siempre encuentra una salida. Ojala tuviera una libra por cada salida que ha encontrado desde que comenzó a servir bajo la bandera de los Wooster. ¿Recuerda cómo me permitió imponerme a Roderick Spode en Totleigh Towers?

—Sí que lo hizo, ¿verdad?

—Desde luego que lo hizo. En un instante, Spode era una amenaza, y al siguiente una mera masa de gelatina con todos los colmillos arrancados, arrastrándose a mis pies. Puede confiar implícitamente en Jeeves. Ah —exclamé, viendo que se abría la puerta—. Ahí viene, la cabeza bien erguida y los ojos resplandecientes de inteligencia y qué sé yo. ¿Se le ha ocurrido algo, Jeeves?

—Sí, señor.

—Lo sabía. Ahora mismo estaba diciendo que usted siempre encuentra una salida. Bien, oigámosla.

—Existe un medio por el cual la señora Travers puede verse libera de su piélago

de calamidades. Shakespeare.

No comprendí por qué me llamaba Shakespeare, pero le animé con un gesto a que siguiera.

—Adelante, Jeeves.

Obedeció, volviéndose hacia tía Dahlia, que lo contemplaba como un oso a punto de recibir un pastelillo.

—Si, como el señor Wooster me ha indicado, señora, la llegada de este experto en joyería es inminente, parecería que el mejor plan es que procure usted la desaparición del collar antes de que se halle entre nosotros. Si me permite explicarme con mayor claridad, señora —prosiguió, en respuesta a una pregunta de la irritada mujer en el sentido de si la suponía capaz de obrar artes de magia—, lo que yo había pensado era algo semejante a un robo con escalo, a consecuencia del cual la joya en cuestión sería sustraída. Podrá usted comprender, señora, que si el caballero que viene a examinar el collar descubre que no hay collar para examinar…

—¡No podrá examinarlo!

—Precisamente, señora. *Rem acu tetigisti*.

Sacudí la cabeza. Yo esperaba algo mejor. Me pareció que aquel cerebro se había reblandecido por fin, y la idea me entristeció.

—Pero, Jeeves —objeté afectuosamente—, ¿de dónde va a sacar un ratero? ¿De los almacenes del Ejército y la Marina?

—Había pensado que quizás usted consentiría en desempeñar papel, señor.

—¿Yo?

—¡Dios mío, sí! —saltó tía Dahlia, y la esfera se le iluminó como una luna de teatro—. ¡Cuánta razón tiene, Jeeves! No te importaría hacer una cosa así por mí, ¿verdad que no, Bertie? Claro que no. ¿Has la idea? Coges una escalera, la apoyas en mi ventana, te cuelas dentro, te apoderas del collar y huyes con él. Y mañana me dirijo a deshecha en llanto, y le digo, «¡Tom! ¡Mis perlas! ¡Han desaparecido! ¡Un vil ratero se metió anoche en mi cuarto y las robó mientras yo dormía!». Ésta es la idea, ¿verdad, Jeeves?

—Precisamente, señora. Para el señor Wooster, sería una tarea sencilla. He observado que desde mi última visita a Brinkley Court han suprimido los barrotes que protegían las ventanas.

—Sí, los mandé quitar a raíz de aquella ocasión en que nos quedamos todos encerrados fuera. ¿Lo recuerda?

—Muy vívidamente, señora.

—Así pues, no hay nada que te detenga, Bertie.

—Nada excepto…

Hice una pausa. Había estado a punto de decir: «Nada excepto mi total y absoluta negativa a aceptar esta misión bajo cualquier forma que adopte», pero retuve mis

palabras antes de que pudieran cruzar los labios. Vi que estaba exagerando los supuestos peligros y dificultades de la empresa.

A fin de cuentas, me dije, tampoco había tanto riesgo. Para alguien con mi agilidad y ligereza, se trataba de una hazaña ridículamente sencilla. Sería una molestia, desde luego, tener que salir a aquellas horas de la noche, pero estaba perfectamente dispuesto a hacerlo si con ello conseguía devolver las rosas a las mejillas de una mujer que en mis días de cuna y biberón me había mecido con frecuencia sobre sus rodillas, por no hablar de aquella ocasión en que me salvó la vida cuando medio me tragué un chupete de goma.

—Nada en absoluto —respondí cordialmente—. Nada de nada. Usted proporcione el collar y yo me ocuparé de lo demás. ¿Cuál es su habitación?

—La última de la izquierda.

—Bien.

—De la izquierda[9], bobo. Ahora mismo me voy hacia allí, para estar preparada. Dios mío, Jeeves, me ha quitado un peso de encima. Me siento como una mujer nueva. ¿No le importará oírme cantar por la casa?

—De ninguna manera, señora.

—Seguramente empezaré mañana por la mañana, a primera hora.

—Cuando a usted le convenga, señora.

Cerró la puerta tras ella con una sonrisa tolerante, o algo tan parecido a una sonrisa como Jeeves permite jamás que aparezca en su mapa.

—Es grato ver a la señora Travers tan feliz, señor.

—Si, no cabe duda de que la ha animado usted como un buen tónico. Supongo que no habrá dificultad en encontrar una escalera, ¿verdad?

—Oh, no, señor. Casualmente he observado una ante el cobertizo de las herramientas, junto al huerto.

—Yo también la he visto, ahora que lo menciona. Seguramente debe seguir allí, así que vamos por ella. Si con hacerlo quedara hecho. ¿Cómo es esa expresión suya?

—Si con hacerlo quedara hecho, entonces lo mejor sería hacerlo sin demora, señor.

—Eso es. No tiene sentido que nos quedemos aquí tarareando y carraspeando.

—No, señor. Existe una marea en los asuntos de los hombres que, cuando se toma en la crecida, conduce a la fortuna.

—Exactamente.

Yo mismo no habría podido expresarlo mejor.

La aventura se desarrolló con satisfactoria suavidad. Encontré la escalera junto al cobertizo de las herramientas, como estaba previsto, y la cargué campo a través hasta el lugar deseado. La apoyé en el muro. Trepé. En menos tiempo del que se necesita para contarlo, me había colado por la ventana y cruzaba sigilosamente la habitación.

Bueno, no tan sigilosamente, a decir verdad, porque tropecé con mesita condenadamente situada en mitad del canal y la volqué con un buen estrépito.

—¿Quién anda ahí? —preguntó una voz desde la oscuridad, en un tono como de sobresalto.

Esto me pareció gracioso. «Ah —me dije, divertido—, tía Dahlia se ha metido en su papel y está dándole a la cosa el toque justo que le hace falta para convertirse en un éxito de taquilla. Toda una artista.»

—¿Quién anda ahí? —repitió entonces la voz, y fue como si una helada me estrujara el corazón.

Porque aquella voz no era la voz de una tía rubicunda, sino la voz de Florence Craye. Al instante siguiente, la luz inundó el cuarto y allí ella, sentada en la cama con un gorro de dormir rosa.

XIII

No sé si les resultará familiar un poema titulado «La carga de la Brigada Ligera», de aquel pájaro Tennyson a quien Jeeves se refirió cuando hablaba del individuo cuya fuerza era como la fuerza de diez. Según tengo entendido, se trata de una composición bastante conocida, y yo solía recitarla a menudo a la edad de siete años o así, cuando era convocado al salón para dar a las visitas un vislumbre del joven Wooster. «Bertie recita maravillosamente», decía mi madre —sin consideración alguna por los hechos, debo añadir, pues prácticamente siempre me olvidaba versos —, y tras intentar escabullirme a un lugar seguro y ser arrastrado por la fuerza, acababa por recitarla. Y bien desagradable que resultaba el asunto, según me ha dicho más de uno.

Bien, lo que iba a decir cuando he comenzado a divagar un poco acerca de los viejos tiempos es que, aunque en el transcurso de los años la mayor parte del poema a que me refiero se me ha borrado de la memoria, todavía recuerdo el verso decisivo. La cosa empezaba, como seguramente ya saben,

Tum tiddle umpty-pum
Tum tiddle umpty-pum
Tum tiddle umpty-pum

y esto conducía a la conclusión o moraleja, que era:

Alguien había cometido un gran error.

Siempre recuerdo este fragmento, y la razón de que lo saque a relucir ahora es que, mientras parpadeaba ante aquella joven con gorro de dormir rosa, me sentía exactamente como debieron de sentirse los muchachos de la Brigada Ligera. Evidentemente, alguien había cometido un gran error, y ese alguien era tía Dahlia. Por qué me había dicho que su ventana era la última de la izquierda, cuando la última de la izquierda era lo que era y en modo alguno la suya, escapaba por completo a mis entendederas. Uno buscaba en vano lo que Stilton Cheesewright habría denominado el motivo oculto.

No obstante, es inútil tratar de sondear los procesos mentales de las tías, y, en todo caso, no era aquél momento para especulaciones ociosas. Lo primero que debe hacer un hombre de sensibilidad cuando cae como un saco de carbón en el dormitorio de una chica a altas horas de la noche es entablar conversación, y a este fin apliqué mi ingenio. En estas ocasiones no hay cosa peor que la pausa violenta y el silencio

embarazoso.

—Ah, hola —comencé, tan jovial y animosamente como me fue posible—. Lamento muchísimo presentarme de manera tan inopinada en un momento en que sin duda estabas tejiendo la deshilachada manga de las preocupaciones, pero he salido a dar una vuelta por el jardín y, al regresar, he descubierto que habían cerrado la puerta, conque he pensado que lo mejor que podía hacer era no despertar la casa y colarme por la primera ventana abierta. Ya sabes lo que pasa cuando despiertas las casas. No les gusta.

Habría seguido hablando y desarrollando el tema, pues me pareció que iba bien encaminado —muchísimo mejor, por ejemplo, que fingirme sonámbulo. Me refiero a eso de «¿Cómo he llegado hasta aquí?» y todo el resto. Demasiado ridículo—, pero de repente ella emitió una de sus risas cantarinas.

—¡Oh, Bertie! —exclamó, y no, fíjense bien, con esa especie de cansancio hastiado con que las chicas suelen decirme «Oh, Bertie»—. Qué romántico eres!

—¿Eh?

Otra risa cantarina. Era un alivio, por supuesto, comprobar que no se proponía chillar pidiendo socorro ni algo por el estilo, pero debo decir que este regocijo me resultó un poco difícil de encajar. Probablemente ustedes habrán vivido alguna vez la misma experiencia: oír que demás se carcajean como hienas y no tener la menor idea de cuál el chiste. Le hace sentir a uno en desventaja.

Florence me contemplaba de una manera extraña, como a un chiquillo por quien, aun concediendo que tiene agua en el cerebro, se experimenta cierto afecto.

—¡Es una ocurrencia tan propia de ti! —prosiguió—. Te dije que ya no estaba comprometida con D'Arcy Cheesewright y tuviste que volar a mi encuentro. No podías esperar hasta la mañana, ¿verdad? Supongo que te habrías hecho la idea de besarme dulcemente mientras dormía, ¿no es eso?

Salté cosa de unos quince centímetros hacia el techo. Me sentía abrumado, y creo que no me faltaba motivo para ello. Quiero decir, maldita sea, que a un tipo que siempre se ha enorgullecido de la escrupulosa delicadeza de sus relaciones con el sexo opuesto no le gusta que supongan de él que es capaz de encaramarse deliberadamente por una escala a la una de la madrugada para besar a las chicas mientras duermen.

—¡Santo cielo, no! —protesté, levantando la silla que había derribado en mi agitación—. Nada más lejos de mis intenciones. Supongo que has dejado de atender por unos instantes mientras te exponía la realidad de los hechos, hace un momento. Lo que te decía, sólo que tú no escuchabas, es que he salido a dar un paseo por el jardín y he descubierto que habían cerrado la puerta…

Una nueva risa cantarina. Aquella expresión suya de «contemplar cariñosamente a un niño idiota» se hizo más intensa.

—No creerás que estoy enfadada, ¿verdad? Claro que no. Estoy conmovida. Bésame, Bertie.

Bien, uno debe ser cortés. Hice lo que me indicaba, pero con la incómoda sensación de que aquello era un poco excesivo. El curso general de los acontecimientos no me convencía en absoluto, y todo el asunto empezaba a resultar demasiado de tornillo para mi gusto. Cuando rompí el cuerpo a cuerpo, descubrí que la expresión de su rostro había cambiado. En ese momento me contemplaba de una manera más especulativa, si saben lo que quiero decir, casi como una gobernanta sopesando las posibilidades del nuevo pupilo.

—Mamá está en un error —sentenció.

—¿Mamá?

—Tu tía Agatha.

Esto me sorprendió.

—¿La llamas mamá? Oh, bien, de acuerdo, si te place. Es cosa tuya, por supuesto. ¿Y cuál es su error?

—Tú. Siempre insiste en decir que eres un papanatas insulso e irreflexivo al que hubieran debido ingresar hace años en una buena institución mental.

Me erguí altivamente, herido en lo más vivo. ¡Conque eso decía de mí a mis espaldas, la deslenguada! Bonita situación. La misma mujer, ténganlo en cuenta, cuyo repulsivo hijo Thos se había criado prácticamente en mi seno durante años y años. Es decir, cada vez que pasaba por Londres de regreso a la escuela, lo acogía en mi residencia y no solo lo alimentaba suntuosamente, sino que, sin consideración alguna hacia mis inclinaciones, lo llevaba al Old Vic y al museo de Madame Tussaud. ¿Acaso no existía gratitud en el mundo?

—Conque eso dice, ¿eh?

—Dice cosas muy divertidas de ti.

—Divertidas, ¿eh?

—Fue ella quien dijo que tenías el cerebro de un pavo real.

Aquí, por supuesto, se me presentaba una ocasión inmejorable para profundizar en la cuestión de los pavos reales, si lo hubiera deseado, y averiguar cuál era exactamente su lugar en la nómina de nuestros amigos emplumados con respecto a su coeficiente de inteligencia, pero la dejé pasar.

Florence se arregló la gorra de dormir, que nuestro reciente abrazo había dejado un poco ladeada hacia un costado. Seguía mirándome con aire especulativo.

—Dice que eres un sinsorgo.

—¿Un qué?

—Un sinsorgo.

—No te entiendo.

—Es una de esas expresiones anticuadas. Creo que la utiliza para dar a entender

que te considera un gusano y un inútil total. Pero yo le dije que estaba muy equivocada y que vales mucho más de lo que la gente sospecha. Lo comprendí aquel día que te sorprendí en una librería comprando *La hoja espinosa*. ¿Recuerdas?

No había olvidado el incidente. En realidad, se trataba de uno de esos lamentables malentendidos. Yo había prometido a Jeeves que le compraría las obras de un elemento llamado Spinoza —una especie de filósofo o algo así, según deduje—, y el empleado de la librería, tras expresar la opinión de que no existía el tal Spinoza, me entregó un ejemplar de *La hoja espinosa* juzgando más probable que fuera éste el libro que buscaba, y apenas lo había tomado entre mis manos cuando entró Florence en el establecimiento. Suponer que acababa de comprar su obra y dedicármela en tinta verde con su estilográfica fue para ella cuestión de un instante.

—En aquel momento comprendí que andabas buscando la luz a tientas y que intentabas educarte leyendo buena literatura, que había algo muy oculto en tu interior que sólo necesitaba ser sacado a la superficie. Sería una labor fascinante, me dije, cultivar las posibilidades latentes de tu mente en germen. Como cuidar una florecilla tímida y atrasada.

Me atiesé muy considerablemente. Una florecilla tímida y atrasada, ¡porras! Estaba a punto de replicar algo mordaz, como «¿Ah, sí?», cuando prosiguió:

—Sé que puedo moldearte, Bertie. Quieres mejorar, y eso ya es media batalla ganada. ¿Qué has estado leyendo últimamente?

—Bien, entre una cosa y otra, en estos últimos días apenas he tenido ocasión de leer, pero estoy enfrascado en una cosa que se titula *El misterio del cangrejo de río rosado*.

Su esbelta figura se hallaba más o menos cubierta por la ropa de cama, pero tuve la impresión de que la recorría un estremecimiento.

—¡Oh, Bertie! —dijo, esta vez de manera más parecida a la entonación normal.

—Pues es condenadamente buena —insistí sin amilanarme—. El baronet, que se llama sir Eustace Willoughby, aparece en la biblioteca con la cabeza machacada…

Una expresión de dolor cruzó por su rostro.

—¡Por favor! —suspiró—. ¡Ay, Dios! —añadió—. Me temo que cultivar las posibilidades latentes de tu mente en germen va a ser una labor ardua.

—Yo en tu lugar no lo intentaría. Si quieres mi consejo, déjalo estar.

—Pero no soporto la idea de abandonarte en la oscuridad, sin hacer otra cosa que fumar y beber en el Club Los Zánganos.

Me apresuré a corregirla. Su información era errónea.

—También juego a los dardos.

—¡A los dardos!

—De hecho, muy pronto seré el campeón del club de este año. La competición es pan comido para mí. Pregúntaselo a cualquiera.

—¿Cómo puedes desperdiciar así el tiempo, cuando podrías estar leyendo a T. S. Eliot? Me gustaría verte…

Cómo le habría gustado verme es cosa que no llegó a quedar clara, aunque di por sentado que se trataría de algo inmundo y educativo, pues en esta coyuntura alguien llamó a la puerta.

Florence, no dejé de advertirlo, también pareció experimentar un ligero sobresalto. Cabía imaginar que, al partir rumbo a Brinkley Court, no sospechaba que su dormitorio iba a convertirse en tal centro social. Hay una canción que en cierto tiempo yo solía cantar a menudo y cuyo o bordón comenzaba con las palabras «Vamos todos a ver a Maud». Un sentimiento muy semejante parecía animar a los huéspedes que se alojaban bajo el techo de tía Dahlia, y eso, naturalmente, perturbaba a la pobre chica. A la una de la madrugada, las jóvenes desean un poco de intimidad, y Florence no habría tenido mucha menos intimidad si hubiera estado atendiendo una cafetería en una pista de carreras.

—¿Quién es? —gritó.

—Yo —respondió una voz profunda y resonante, y Florence se llevó una mano a la garganta, cosa que yo no sabía que alguien hiciera fuera de la escena.

Porque la voz profunda y resonante era de la G. D'Arcy Cheesewright. Resumiendo una larga historia, el hombre volvía a la carga.

Fue con mano visiblemente febril que Florence cogió su bata, y en su actitud cuando saltó de entre las sábanas advertí una marcada sugerencia de un guisante sobre una pala caliente. Florence es una de esas chicas modernas llenas de aplomo, calma y serenidad, de las que, por norma general, rara vez se puede obtener algo más que una ceja enarcada, pero pude ver que aquello de recibir a Stilton como amable visitante en un momento en que se habitación estaba repleta de Wooster la había consternado más que ligeramente.

—¿Qué quieres?

—He traído tus cartas.

—Déjalas sobre el felpudo.

—No pienso dejarlas sobre el felpudo. Quiero verte cara a cara.

—¡A estas horas de la noche! ¡No entrarás!

—Ahí es donde te equivocas de medio a medio —dijo Stilton tajantemente—. Voy a entrar.

Recuerdo haber oído a Jeeves en cierta ocasión algo sobre el ojo del poeta que, sumido en excelso frenesí, se agita y vaga del cielo a la tierra, de la tierra al cielo. En aquellos momentos, los ojos de Florence agitaban y vagaban de modo muy semejante. Y, por supuesto, yo comprendía perfectamente qué la inquietaba. Era el viejo problema que siempre inquieta a la gente en las novelas policíacas, a saber, cómo deshacerse del cuerpo, en este caso el cuerpo de Bertram. Si Stilton se proponía

entrar, era esencial que Bertram fuese dejado provisionalmente en consigna, pero la cuestión que se planteaba era la de en qué lugar.

Había un armario al otro lado de la habitación, y Florence se lanzó él y abrió la puerta de golpe.

—¡Rápido! —siseó, y todo lo que se diga acerca de que es imposible sisear una palabra sin ninguna «s» es pura fantasía. Ella lo hizo como si tal cosa.

—¡Adentro!

La sugerencia se me antojó acertada. Me introduje en el armario y ella cerró la puerta.

Bien, en realidad no llegó a cerrarla, sino que la dejó entornada. En consecuencia, quedé en condiciones de escuchar la subsiguiente conversación tan claramente como si estuvieran transmitiéndola por la radio.

La inició Stilton.

—Aquí tienes tus cartas —dijo él fríamente.

—Gracias —dijo ella fríamente.

—No hay de qué —dijo él fríamente.

—Déjalas encima del tocador —dijo ella fríamente.

—Muy bien —dijo él fríamente.

No creo haber conocido una noche mejor para conversadores fríos.

Tras un breve intervalo, durante el cual supuse estaría depositando la correspondencia en el lugar señalado, Stilton prosiguió:

—¿Recibiste mi telegrama?

—Claro que recibí tu telegrama.

—¿Te das cuenta de que me he afeitado el bigote?

—Sí.

—Fue mi primera medida tras enterarme de tus artimañas furtivas.

—¿A qué llamas tú mis artimañas furtivas?

—Si para ti no son artimañas furtivas eso de escabullirte a los clubes nocturnos con el piojo de Wooster, me resultaría sumamente interesante ser informado de cómo lo llamarías.

—Sabes perfectamente bien que quería documentarme para mi libro.

—¡Ja!

—Y no digas «¡Ja!»

—Diré «¡Ja!» cuanto me plazca —replicó Stilton con energía—. Tu libro, ¡y un pimiento! No creo que estés escribiendo ningún libro. No creo que hayas escrito jamás un libro.

—¿Ah, no? ¿Y qué me dices de *La hoja espinosa*, actualmente en su quinta edición y a punto de ser traducido al escandinavo?

—Probablemente es obra de ese piojo de Gorringe.

Imagino que, ante este grosero insulto, los ojos de Florence arrojaron fuego. La voz con que habló, al menos, así lo sugería.

—¡Señor Cheesewright, ha tomado usted una copa de más!

—Ni por asomo.

—Entonces es que se ha vuelto loco, y le ruego que tenga la cortesía de de sacar su cabeza de calabaza fuera de esta habitación.

Tengo toda la impresión, aunque no puedo estar seguro, de que estas palabras Stilton hizo rechinar los dientes. Lo cierto es que sonó un ruido peculiar, como si hubieran puesto en marcha un molinillo de café. La voz que se filtró hasta mi confortable retiro era ronca y estremecida.

—¡Mi cabeza no es como una calabaza!

—Sí que lo es, exactamente como una calabaza.

—No es como una calabaza en absoluto. Y me baso en la autoridad de Bertie Wooster, quien dice que más bien se parece a la cúpula de San Pablo. —Se interrumpió bruscamente y sonó algo como un chasquido. En apariencia, se había dado una palmada en la frente—. ¡Wooster! —gritó, emitiendo un rugido animal—. No he venido aquí pare hablar de mi cabeza. He venido para hablar de Wooster, esa serpiente escurridiza que vierte su veneno a espaldas de la gente y les roba las novias. ¡Wooster, el destrozador de hogares! ¡Wooster, la serpiente entre la hierba de la cual ninguna mujer está a salvo! ¡Wooster, el moderno Don cómo se llame! Has llevado una intriga clandestina con él durante todo el tiempo. Creías que no me daba cuenta, ¿verdad? Creías que me engañabas con tus miserables… tus miserables… ¡Maldita sea! ¿Cuál es la palabra? Tus miserables… No, no caigo.

—Me gustaría que siguiera su excelente ejemplo.

—¡Subterfugios! ¡Sabía que la recordaría! ¿Creías que me engañabas con tus miserables subterfugios? Toda esa pantomima de hacerme dejar el bigote. ¿Crees que no me he dado cuenta de que toda esa secuencia del bigote no era más que una añagaza para justificar la ruptura de nuestro compromiso y quedar en libertad de correr hacia serpiente de Wooster? «¿Cómo podría librarme de este Cheesewright?», te dijiste. «¡Ah, ya lo tengo!», te dijiste. «Le diré que tiene que dejarse bigote. Y me dirá que ni loco se deja un bigote ridículo, y entonces yo le diré, ¡Ja! Conque no, ¿eh? Muy bien, en tal caso, todo ha terminado entre nosotros. Asunto resuelto.» Debió de ser una desagradable sorpresa para ti ver que accedía a tu petición. Trastornaría un poco tus planes, ¿verdad? No habías contado con eso, ¿eh?

Florence habló en un tono que habría congelado a un esquimal.

—La puerta está a sus espaldas, señor Cheesewright. Se abre haciendo girar el pomo.

Él prosiguió sin inmutarse.

—Olvídate de la puerta. Estoy hablando de ti y del leproso de Wooster. Supongo

que ahora te pegarás a él, o a lo que quede de él cuando haya terminado de patearle la cara. ¿Estoy en lo cierto?

—Lo estás.

—¿Tienes la intención de casarte con ese flemón humano?

—La tengo.

—¡Ja!

Bien, no sé cómo habrían reaccionado ustedes en mi lugar al oír estas palabras y cobrar conciencia por primera vez de hasta qué punto se había extendido el mal. Probablemente habrían dado un violento respingo, como hice yo. Sin duda hubiera debido prever la catástrofe inminente, pero por el motivo que fuese, probablemente porque estaba dedicando toda mi atención a Stilton, no la preví. El brusco anuncio de mi compromiso con una muchacha sobre quien tenía las más graves reservas me afectó hasta las raíces, con la consecuencia, como digo, de que di un violento respingo.

Y, naturalmente, uno de los lugares donde es más imprudente dar un violento respingo, si se desea pasar desapercibido e inobservado, es un armario en la habitación de una mujer. No sabría decir qué fue exactamente lo que llovió sobre mí, desalojado por mi repentino movimiento, pero me parece que eran sombrereras. Fuera lo que fuese, resonó en la noche apacible como una descarga de carbón arrojado al sótano desde la calle, y oí una viva exclamación. Al instante siguiente, una mano abrió la puerta del armario y un rostro congestionado me contempló mientras yo me quitaba las sombrereras, si sombrereras eran, de la cabeza.

—¡Ja! —gritó Stilton, hablando con dificultad, como un gato con una espina de pescado en la garganta—. ¡Sal de ahí, serpiente! —añadió, aferrando mi oreja izquierda y tirando vigorosamente de ella.

Salí como sale el corcho de una botella.

XIV

Siempre resulta un poco difícil saber qué se puede decir en ocasiones como ésta. Yo dije «Oh, conque estás ahí, Stilton. Bonita noche», pero al parecer no estuve muy acertado, pues él se limitó a temblar como si un escarabajo corriera por su espalda y a incrementar la incandescencia de su mirada. Vi que haría falta mucha suavidad y tacto por mi parte para que nos sintiéramos todos cómodos.

—Sin duda te sorprende… —comencé, pero él alzó una mano como si aún estuviera en la policía dirigiendo el tráfico. A continuación, habló en tono contenido, si bien algo resonante.

—Me hallarás esperándote en el pasillo, Wooster —declaró, y salió a grandes zancadas.

Comprendí el espíritu que había motivado estas palabras. Era el *preux chevalier* que había en él, salido a la superficie. Se puede provocar a un Cheesewright hasta que eche espumarajos por la boca, pero no se le puede hacer olvidar que es un exalumno de Eton y un verdadero caballero. Los exalumnos de Eton no se zurran delante del sexo opuesto. Ni los verdaderos caballeros. Esperan hasta encontrarse a solas con la parte contratante de la segunda parte en algún rincón apartado.

Yo aprobaba de todo corazón esta delicadeza de sentimientos, pues me había dejado en la cúspide del mundo. En ese momento me sería posible, según vi de inmediato, evitar cualquier acontecimiento de índole desagradable mediante uno de esos sutiles movimientos hacia la retaguardia que los grandes generales se guardan en la manga pera cuando las cosas empiezan a ponerse demasiado calientes. Uno cree que tiene arrinconado a uno de esos generales y está ya dispuesto a caer sobre él, cuando, con gran sorpresa, y desazón, justo mientras uno se arregla los calcetines y da un último bruñido a las armas, observa que ya no está ahí. Se ha retirado en su ferrocarril estratégico, llevándose a sus tropas consigo.

Puesto que tenía a mi alcance la escalera que me esperaba apoyada en el alféizar, yo me hallaba en una situación igualmente desahogada. Los pasillos nada significaban para mí. No necesitaba salir a pasillo alguno. Lo único que tenía que hacer era deslizarme por la ventana, colocar un pie en el peldaño superior y descender con el corazón ligero hasta tierra firme.

Pero hay una circunstancia que puede arruinar al mayor de los generales, por ejemplo, cuando se dirige despreocupadamente hacia la estación para sacar su billete, descubre que el ferrocarril estratégico ha sido volado desde la última vez que lo vio. Es en una ocasión tal cuando lo verán rascarse la cabeza y morderse el labio inferior. Y fue un desastre de esta naturaleza el que a mí me sobrevino. Al acercarme a la ventana y asomarme al exterior, descubrí que la escalera ya no estaba allí. En algún momento en el transcurso de nuestras recientes conversaciones, se había desvanecido

sin dejar rastro.

Qué se había hecho de ella constituía un misterio que me encontré incapaz de resolver, pero esto era algo que podía analizarse más tarde. Por el momento, era evidente que la mejor parte del cerebro Wooster debía consagrarse a una cuestión más urgente, a saber, la cuestión de cómo iba a salir de la habitación sin tener que cruzar la puerta y encontrarme a solas con Stilton en un espacio limitado, pues, en su actual estado de ánimo, era la última persona con la que un hombre de complexión ligera desearía hallarse a solas en un espacio limitado. Confié mis reflexiones a Florence, y ésta admitió, como Sherlock Holmes, que el problema indudablemente presentaba ciertos puntos de interés.

—No puedes quedarte aquí toda la noche —agregó.

Reconocí la justicia de su observación, pero añadí que, de momento, no veía qué diantre podía hacer.

—¿No querrías anudar tus sábanas y descolgarme hasta el suelo con ellas?

—No, eso no. ¿Por qué no saltas?

—¿Y hacerme picadillo?

—Puede que no.

—Pero, por otra parte, puede que sí.

Bien, no se puede hacer una tortilla sin romper los huevos.

Me quedé mirándola. Aquello me pareció la mayor tontería que jamás había oído decir a una muchacha, y en mis tiempos he oído decir algunas tonterías muy considerables a más de una muchacha. Estaba a punto de replicar «¡Tú y tus estúpidas tortillas!», cuando algo pareció saltar con un estampido en mi cerebro y fue como si hubiese ingerido una dosis rebosante de algún tónico vigorizante, uno de esos reconstituyentes que hacen que el inválido confinado en el lecho se levante de golpe y baile la carioca. Bertram volvía a ser él de nuevo. Con mano firme, abrí la puerta. Y cuando Stilton avanzó hacia mí como un asesino de masas dispuesto a ejecutar su especialidad, lo sojuzgué con el poder del ojo humano.

—Un momento, Stilton —comencé en tono suave—. Antes de que des rienda suelta, si es ésta la expresión que quiero decir, a tus coléricas pasiones, no olvides que has sacado mi nombre en las apuestas del campeonato de dardos del Club Los Zánganos.

Fue suficiente. Se detuvo bruscamente, como si hubiera chocado con una farola, y permaneció contemplándome con los ojos muy abiertos corno el gato de un adagio. Los gatos de los adagios, según me ha informado Jeeves, dejan que el «no me atrevo» complemente al «me gustaría», y a simple vista advertí que eso era lo que Stilton estaba haciendo.

Sacudiéndome una mota de polvo de la manga y sonriendo con una sonrisa modesta, procedí a remachar la cuestión.

—¿Te das cuenta de cuál es la situación? —pregunté—. Al sacar mi nombre, te has colocado al margen de los hombres corrientes. Para expresarlo de un modo comprensible hasta para la inteligencia más obtusa, y me refiero a la tuya, querido Cheesewright, en cuanto un hombre corriente, al verme pasear por Piccadilly, se limita a decir «Ah, por allí va Bertie Wooster», tú, al haberte correspondido mi nombre, puedes decir «Ahí van mis cincuenta y seis libras con diez chelines», y lo más probable es que corras en pos de mí para advertirme que vaya con cuidado al cruzar la calle porque hoy en día el tráfico es muy peligroso.

Alzó la mano y se acarició el mentón. Comprendí que mis palabras no habían caído en saco roto. Tras comprobar el estado de mis uñas, proseguí.

—¿Crees que me hallaría en condiciones de ganar el torneo de dardos y meter casi sesenta libras en tu bolsillo si aplicaras las medidas violentas en que estás pensando? Fúmate eso en tu pipa, mi querido Cheesewright.

Fue una lucha muy tensa, desde luego, pero no duró mucho. La razón prevaleció. Con un gruñido ronco que hablaba elocuentemente de su alma torturada, dio un paso atrás, y con un jovial: «Bien, buenas noches, viejo» y un benévolo saludo con la mano, lo dejé en el pasillo y regresé a mi habitación.

Cuando entré, tía Dahlia, enfundada en una bata marrón, se levantó del asiento que ocupaba y me dirigió una mirada incendiaria, esforzándose por encontrar el habla.

—¡Bien! —exclamó, atragantándose con la palabra del mismo modo que un pequinés con un trozo de chuleta demasiado grande para sus endebles fuerzas. Tras lo cual, y en vista de que el don del lenguaje la había abandonado, se limitó a seguir de pie y hacer gargarismos.

Debo observar que esto se me antojó un poco injusto. Quiero decir que, si alguien estaba en el derecho de lanzar miradas incendiarias y de tener problemas con las cuerdas vocales, ése, bajo mi punto de vista, era yo. Quiero decir que los hechos estaban claros. Debido al grandioso error de esta mujer a la hora de emitir las órdenes regimentales, me veía en el trance de tener que avanzar por el pasillo de la iglesia del brazo de Florence Craye y había debido sufrir una prueba que bien habría podido causar un daño irreparable en mis delicados centros nerviosos. Según mi resuelta opinión, lejos de ser blanco de miradas incendiarias y gargarismos, tenía derecho a exigir una explicación categórica y a ocuparme de que me fuese proporcionada.

Mientras me aclaraba la garganta para expresarle todo esto, mi tía dominó sus emociones en la medida necesaria para hablar.

—¡Bien! —repitió, con todo el aspecto de una profetisa menor a punto de maldecir los pecados del pueblo—. ¿Puedo robarte unos instantes de tu valioso tiempo para preguntarte, en nombre de todas las cosas sangrientas, a qué demontre crees estar jugando, joven Bertie cara de torta? Ya es la una y veinte de la madrugada

y aún no he visto ni un ápice de acción por tu parte. ¿Acaso pretendes que me pase la noche en vela esperando a que te dignes realizar una tarea fácil y sencilla que un chiquillo inválido de cinco o seis años hubiera podido realizar y dejar lista en menos de un cuarto de hora? Supongo que para vosotros, londinenses disipados, la noche todavía es joven, pero a nosotros, los rústicos, nos gusta acostarnos temprano. ¿A qué estás jugando? ¿A qué se debe esta tardanza? ¿Qué has estado haciendo durante todo este tiempo, repugnante pedazo de queso?

Proferí una risa hueca y desprovista de alegría. Habiéndola juzgado desde un ángulo completamente equivocado, ella me rogó que dejara mis imitaciones de animales para un momento más adecuado. Me dije que debía conservar la calma… conservar la calma.

—Antes de responder a sus preguntas, anciana parienta —comencé, haciendo un poderoso esfuerzo para contenerme—, deje que le formule yo una. ¿Le molestaría explicarme en pocas palabras por qué me ha dicho que su ventana era la última de la izquierda?

—Es la última de la izquierda.

—Perdóneme.

—Mirando desde la casa.

—¿Mirando desde la casa? —Una gran luz amaneció en mí—. Supuse que quería decir mirando hacia la casa.

—Mirando hacia la casa, naturalmente, sería… —Se interrumpió y lanzó un aullido de sorpresa, contemplándome con una pronunciada expresión de conjetura—. No me dirás que te has metido en una habitación equivocada.

—No creo que hubiera podido ser más equivocada.

—¿De quién era?

—La de Florence Craye.

Silbó. Era evidente que los aspectos dramáticos de la situación no se le escapaban.

—¿Estaba acostada?

—Con un gorro de dormir rosa.

—¿Y se despertó y te encontró allí?

—Casi inmediatamente. Derribé una mesita o algo. Volvió a silbar.

—Tendrás que casarte con ella.

—Cierto.

—Aunque dudo de que te acepte.

—Tengo informes fidedignos de la propia fuente en el contrario.

—¿Ya lo has arreglado?

—Lo ha arreglado ella. Estamos prometidos.

—¿A pesar de ese bigote?

—A ella le gusta.

—¿De veras? Qué morbosa. Pero, ¿y Cheesewright? Tenía entendido que estaban prometidos, como tú dices.

—Ya no. Lo han cancelado.

—¿Han roto?

—Por completo.

—¿Y ahora la ha emprendido contigo?

—Eso es.

Una expresión preocupada cruzó por su rostro. Pese a la rudeza ocasional de sus modales y a los jugosos nombres con que considera oportuno dirigirse a mí de vez en cuando, me ama tiernamente y mi bienestar ocupa un lugar importante en su corazón.

—Es demasiado intelectual para ti, ¿no crees? Si en algo la conozco, te obligará a leer a W. H. Auden antes de que tengas tiempo de decir «Caramba».

—Ya ha insinuado algo semejante, aunque, si no recuerdo mal, el nombre que mencionó fue el de T. S. Eliot.

—¿Se propone moldearte?

—Eso me ha parecido entender.

—No te gustará.

—No.

Asintió comprensivamente.

—A los hombres no suele gustarles. Yo atribuyo la felicidad de mi matrimonio al hecho de que nunca he puesto siquiera un dedo encima del viejo Tom. Agatha está decidida a moldear a Worplesdon, y creo que el hombre sufre unas agonías espantosas. El otro día le hizo dejar de fumar, y el pobre parecía un oso canelo con un pie en una trampa. ¿Te ha pedido Florence que dejes de fumar?

—Todavía no.

—Ya lo hará. Y luego serán las bebidas. —Me contempló con una buena dosis de como se llame. Se notaba que era presa del remordimiento—. Me temo que te he metido en un buen lío, hijo.

—No piense más en ello, vieja parienta carnal —contesté—. Son cosas que pasan. Es su aprieto, no el mío, el que me tiene preocupado. Debemos salvarle de su piélago de calamidades, como lo llama Jeeves. Todo lo demás carece relativamente de importancia. Mis pensamientos sobre mí están meramente en la misma proporción que el vermut y la ginebra en un dry martini más bien cargado.

Esto la conmovió visiblemente. O mucho me equivoco, o sus ojos se humedecieron con lágrimas no derramadas.

—Eso es muy altruista por tu parte, Bertie querido.

—En absoluto, en absoluto.

—Aunque nadie lo diría al verte, tienes un alma noble.

—¿Quién no lo diría al verme?

—Y si es así como piensas, sólo puedo añadir qué eso dice mucho de ti y pongamos manos a la obra. Será mejor que vayas a colocar esa en la ventana correcta[10].

—Querrá decir en la ventana izquierda.

—Bien, digamos que en la ventana adecuada.

Hice acopio de fuerzas para revelarle la mala noticia.

—Ah —comencé—, pero lo que no tiene en cuenta, posiblemente he olvidado decírselo, es que ha surgido un obstáculo que amenaza con perjudicar seriamente nuestros propósitos y objetivos. La escalera ya no está ahí.

—¿Dónde?

—Bajo la ventana derecha o tal vez debería decir la ventana equivocada. Cuando me asomé a mirar, había desaparecido.

—Absurdo. Las escaleras no se desvanecen en el aire.

—Le aseguro que sí lo hacen, al menos en Brinkley Court, Brinkley-cum-Snodsfield-in-the-Marsh. Ignoro qué condiciones imperan en otros lugares, pero en Brinkley Court las escaleras se desvanecen en cuanto uno les quita la vista de encima siquiera por un instante.

—¿Quieres decir que la escalera ha desaparecido?

—Este es precisamente el asunto que intentaba dejar sentado. Ha plegado sus tiendas, como los árabes, y ha partido sigilosamente.

Su cara tomó un color malva subido, y creo que estaba a punto de proferir algo semejante a una imprecación del *Quorn and Pytchley*, porque tía Dahlia es una mujer que rara vez se muerde la lengua cuando algo la irrita, pero en aquel preciso instante se abrió la puerta y entró tío Tom. Yo me hallaba demasiado aturdido para poder discernir si venía o no con ánimo de charla, pero me bastó un vistazo para constatar que se hallaba decididamente agitado.

—¡Dahlia! —exclamó—. Me ha parecido oír tu voz. ¿Qué estás haciendo, levantada a estas horas?

—Bertie tenía dolor de cabeza —replicó la vieja parienta, rápida de reflejos—. Le he dado una aspirina. ¿Va mejor esa cabeza, Bertie?

—Se advierte una leve mejoría —le aseguré, porque yo también soy rápido de reflejos—. ¿No es un poco tarde para que ande dando vueltas por ahí, tío Tom?

—Sí —añadió tía Dahlia—. ¿Qué haces tú levantado a estas horas, mi viejo «para bien o para mal»? Hace siglos que deberías estar durmiendo.

Tío Tom meneó la cabeza. Su apariencia era grave.

—¿Durmiendo, vieja chiquilla? Esta noche no podré pegar ojo. Demasiado preocupado. La casa está infestada de rateros.

—¿Rateros? ¿Dé dónde has sacado esta idea? Yo no he visto a ningún ratero. ¿Y

tú, Bertie?

—Ni uno. Recuerdo que me ha parecido extraño.

—Seguramente habrás visto un búho o algo así, Tom.

—He visto una escalera. Cuando daba un paseo por el jardín antes de acostarme. Apoyada contra una de las ventanas. He podido retirarla justo a tiempo. Un minuto más, y habría miles de rateros haciendo cola para subir.

Tía Dahlia y yo cruzamos una mirada. Creo que ambos nos sentíamos más tranquilos, entonces que el misterio de la escalera desaparecida había quedado resuelto. Es curioso, pero por muy aficionado[11] que uno sea a los misterios en forma de libro, cuando se presentan en la vida real pocas veces dejan de inquietarnos.

Tía Dahlia intentó apaciguar su agitación.

—Probablemente la estaría utilizando alguno de los jardineros y se olvidó de devolverla a su lugar. Aunque, claro —prosiguió reflexivamente, sin duda considerando que una pequeña preparación del terreno no haría el menor mal—, supongo que siempre cabe la posibilidad de que algún ladrón intente llevarse mi valioso collar de perlas. No había pensado en eso.

—Yo sí —dijo tío Tom—. Fue lo primero que pensé. Subí directamente a tu habitación en busca del collar y lo guardé en la caja fuerte del salón. Tendrá que ser un ratero muy hábil el que lo saque de ahí —añadió con modesto orgullo, y se retiró, dejando tras de sí lo que a veces he oído llamar un silencio significativo.

La tía miró al sobrino, el sobrino miró a la tía.

—Por las patillas del diablo —exclamó la primera, reanudando la conversación —. ¿Y ahora qué hacemos?

Admití que la situación era peliaguda. De hecho, así a primera vista resultaba difícil imaginar cómo habría podido ser más glutinosa.

—¿Qué posibilidades hay de dar con la combinación?

—Ni la más remota.

—No sé si Jeeves podría forzar la caja. Su rostro se iluminó.

—Seguro que el. No hay nada que Jeeves no pueda hacer. Ve a buscarlo.

Sacudí la caben en un gesto de impaciencia.

—¿Cómo diantres quiere que vaya a buscarlo? No sé cuál es su habitación. ¿Lo sabe usted?

—No.

—Bien, no puedo ir de puerta en puerta despertando a todo el servicio doméstico. ¿Quién se ha creído que soy? ¿Paul Revere?

Hice una pausa en espera de su respuesta, y en esta coyuntura, ¿quién entró por la puerta, si no Jeeves en persona? Aunque la hora era tardía, llegaba justo a tiempo.

—Discúlpeme señor —comenzó—. Me alegra ver que no he interrumpido su reposo. Me he atrevido a venir para indagar si el asunto satisfactoriamente. ¿Ha

tenido usted éxito en su empresa, señor?

Meneé el coco.

—No, Jeeves. Me he movido por caminos misteriosos para mis maravillas realizar, pero me he visto obstaculizado por un sinnúmero de incidentes imprevisibles —respondí, y con unas pocas palabras bien elegidas le puse al corriente de los hechos —. Así que ahora el collar está en la caja fuerte —concluí—, y el problema, tal como yo lo veo, y como lo ve tía Dahlia, es el de cómo diantres sacarlo de allí. ¿Se hace cargo de la situación?

—Sí, señor. Es molesta.

Tía Dahlia lanzó un grito apasionado.

—¡No vuelva a decirlo! —rugió con extraordinaria vehemencia—. Si le oigo otra vez la palabra «molesta»… ¿Puede abrir una caja fuerte, Jeeves?

—No, señora.

—¡No diga «no, señora» en ese tono despreocupado! ¿Cómo sabe que no puede?

—Para ello hace falta una educación especializada, señora.

—Entonces, estoy lista —dijo tía Dahlia, dirigiéndose hacia la puerta. Su expresión era sombría pero resuelta. Parecía una marquesa a punto de subir a la carreta en la época en que se produjeron aquellas circunstancias tan desagradables en Francia—. No estaba usted en San Francisco cuando el terremoto, ¿verdad, Jeeves?

—No, señora. Nunca he visitado las ciudades de la Costa Oeste de Estados Unidos.

—Lo decía solamente porque, si hubiera estado allí, lo que va a pasar mañana cuando llegue este lord Sidcup y revele a Tom la horrible verdad le habría recordado los viejos tiempos. Bien, buenas noches a todos. Me voy a mi habitación a tomar un sueño reparador.

Salió del cuarto, la viva imagen de la gallardía. El *Quorn* entrena bien a sus hijas. En la zarpa cruel de las circunstancia, como recuerdo que Jeeves lo expresó en cierta ocasión, no se arredran ni se entregan al llanto. Se lo mencioné a Jeeves cuando se cerró la puerta, y él se manifestó sustancialmente de acuerdo.

—Bajo los tararí tararí de lo que fuera… ¿Cómo sigue, Jeeves?

—Bajo los golpes del azar, sus cabezas están… discúlpeme… ensangrentadas pero no humilladas, señor.

—Exactamente. ¿Es suyo?

—No, señor. Del difunto William Ernest Henley, 1849-1903.

—Ah.

—El poema se titula «Invictus». Pero, ¿no he oído decir a la señora Travers que esperaba la llegada de lord Sidcup, señor?

—Llegará mañana.

—¿Se trata acaso del caballero de quien hablaban antes, el que debe examinar el

collar de la señora Travers?

—Éste es el hombre.

—Entonces, me figuro que no habrá problema, señor.

Di un respingo. Me pareció que debía haber entendido mal. O eso, o Jeeves comenzaba a desvariar.

—¿Ha dicho que no habrá problema, Jeeves?

—Sí, señor. ¿Desconoce usted quién es lord Sidcup, señor?

—En mi vida he oído hablar de él.

—Probablemente lo recordará usted, señor, bajo el nombre de Roderick Spode.

Lo miré fijamente. En aquel momento, habrían podido derribarme con un mondadientes.

—¿Roderick Spode?

—Sí, señor.

—¿Se refiere usted al Roderick Spode de Totleigh Towers?

—Precisamente, señor. Accedió al título en fecha reciente, tras el fallecimiento del anterior lord Sidcup, su tío.

—¡Válgame Dios, Jeeves!

—Sí, señor. Creo que coincidirá usted conmigo, señor, en que, bajo tales circunstancias, el problema que preocupa a la señora Travers es susceptible de una pronta solución. Unas palabras con su señoría para recordarle el hecho de que vende ropa interior femenina bajo el nombre comercial de Eulalie Soeurs deberían ejercer considerable influencia en el sentido de inducirle a mantener un discreto silencio respecto de la naturaleza espuria del collar. Sin duda recordará usted, señor, que en la ocasión de nuestra visita a Totleigh Towers, el señor Spode, como entonces se llamaba, demostró una inconfundible reluctancia a permitir que este asunto pasara a ser de conocimiento público.

—¡Pardiez, Jeeves!

—Sí, señor. Me pareció conveniente mencionarlo, señor. Buenas noches, señor.

Y se retiró dignamente.

XV

Nosotros, los Wooster, nunca hemos sido muy madrugadores, y el sol ya estaba bastante alto en el cielo cuando desperté a la mañana siguiente para saludar al nuevo día. Y apenas había terminado de dar cuenta de los vigorizantes huevos revueltos y el café cuando la puerta se abrió como empujada por un huracán y tía Dahlia entró haciendo piruetas.

Utilizo la palabra «piruetas» a conciencia, pues había en su porte una elasticidad que de inmediato llamaba la atención del observador. De la agobiada doliente de la noche anterior no quedaba ni rastro. La mujer estaba visiblemente hecha unas pascuas.

—Bertie —dijo, tras un breve discurso de apertura en cuyo transcurso me describió como un cachorro perezoso que debería sentirse avergonzado de que se le pegaran las sábanas en el día más loco y alegre de todo el feliz año nuevo—, acabo de hablar con Jeeves, y si algún amigo salvavidas ha hecho alguna vez su trabajo en un momento de necesidad, éste es él. Tal como yo lo veo, hay que descubrirse ante Jeeves.

Tras cambiar de tema durante unos instantes para expresar su opinión de que mi bigote era una ofensa contra Dios y contra el hombre, pero que no veía en él nada que un buen herbicida no pudiera curar, prosiguió:

—Me ha dicho que este lord Sidcup que va a llegar hoy no es otro que nuestro viejo amigo Roderick Spode.

Asentí. A la vista de su exuberancia, ya había sospechado que Jeeves debía de haberle dado la buena nueva.

—Correcto —le confirmé—. Al parecer, y sin que ninguno de nosotros lo supiera, Spode era desde un principio el sobrino secreto del título, y desde nuestra estancia en Totleigh Towers, este último ha pasado a residir entre las estrellas de la mañana, lo que le ha dado un buen empujón hacia arriba. Supongo que Jeeves le habrá explicado también lo de Eulalie Soeurs, ¿no es eso?

—De cabo a rabo. ¿Por qué nunca me lo habías dicho? Ya sabes cuanto aprecio los buenos chistes.

—Abrí los brazos en un ademán lleno de dignidad y volqué la cafetera, que por suerte estaba vacía.

—Mis labios estaban sellados.

—¡Tú y tus labios!

—De acuerdo, yo y mis labios. Pero, repito: la información me fue impartida confidencialmente.

—Habrías podido contárselo a tu tiíta.

Negué con la cabeza. Las mujeres no entienden estas cosas. *Noblesse oblige* nada

significa para el bello sexo.

Les confidencias confidenciales no se revelan ni siquiera a la tiíta, no si uno es un confidente como debe ser.

—Bueno, sea como fuere, ahora conozco los hechos y tengo a Spode, alias Sidcup, en la palma de la mano. Bendita sea mi alma —prosiguió, con una abstraída expresión de arrobo en la cara—, qué bien recuerdo aquel día en Totleigh Towers. Ahí estaba él, avanzando hacia ti con los ojos encendidos y los labios cubiertos de espuma, y tú te erguiste tan fresco como algunos pepinos, como diría Anatole, y le dijiste «Un momento, Spode, sólo un momento. Tal vez le interese conocer que lo sé todo sobre Eulalie». ¡Dios mío, cómo te admiré!

—No me sorprende.

—Eres como uno de esos domadores de leones que hay en los circos que desafían a los mortíferos monarcas de la selva, devoradores hombres.

—Había cierto parecido, sin duda.

—¡Y cómo se arrugó él! Nunca he visto una cosa parecida. Se arrugó ante mis ojos como un calcetín mojado. Y volverá a hacerlo pando llegue aquí esta tarde.

—¿Te propones llevarlo aparte y anunciarle que conoces su vergonzoso secreto?

—Eso mismo. Y recomendarle encarecidamente que, cuando Tom le muestre el collar, diga que se trata de una magnífica obra de artesanía que vale hasta el último penique que pagó por ella. No puede fallar. ¡Vaya con el propietario de Eulalie Soeurs! Debe de rendirle una verdadera fortuna. Estuve allí el mes pasado, para comprar algo de lencería, y aquello estaba repleto de gente. Entraba el dinero a espuertas. A propósito, muchacho, hablando de lencería, Florence ha estado enseñándome la suya esta misma mañana. No la que llevaba puesta, no quiero decir eso, su provisión de reserva. Quería que le diera mi opinión. Y lamento decirte, mi pobre corderito —añadió, contemplándome con expresión de piedad—, que las cosas se presentan bastante graves en este terreno.

—¿Sí?

—Sumamente graves. Está completamente dispuesta a hacer sonar esas campanas de boda. Más o menos para el próximo noviembre, parece pensar, en la iglesia de San Jorge, Hanover Square. Ya ha empezado a hablar libremente sobre damas de honor y banquetes. —Hizo una pausa y me miró con cierta sorpresa—. No pareces muy preocupado —observó—. ¿Acaso eres uno de esos hombres de acero templado que aparecen en las novelas?

Abrí de nuevo los brazos, esta vez sin causar el menor desastre en la bandeja del desayuno.

—Bien, le diré, vieja antepasada. Cuando un tipo ha estado comprometido tantas veces como yo, y en cada ocasión se ha salvado del cadalso en el último instante, acaba por tener fe en su buena estrella. Tiene la sensación de que nada está perdido

hasta el momento en que lo arrastran al pie del altar y el órgano entona *Oh, perfecto amor* y el clérigo pregunta aquello de: «¿Tomas por esposa…?». En ese momento, lo reconozco, estoy en la sopa, pero muy bien puede suceder que a su debido tiempo me sea concedido escapar indemne de la sopera.

—¿No desesperas?

—En absoluto. Albergo grandes esperanzas de que, tras haber meditado bien las cosas, estos dos espíritus orgullosos que han partido peras acaben por reunirse y reconciliarse, con lo que me librarán del aprieto. Su riña se debió…

—Ya sé. Florence me lo ha contado.

—… al hecho de que Stilton se enteró de que yo había llevado a Florence a La Ostra Moteada hace cosa de una semana, y se negó a creer que lo hubiera hecho con el único fin de permitirle acumular ambiente para su último libro. Cuando Stilton se haya enfriado y la razón recobre su trono, puede que comprenda cuán equivocado estaba y le ruegue que perdone sus viles sospechas. Así lo creo, así lo espero.

Tía Dahlia admitió que algo de razón había en ello y me alabó por mi espíritu, que, en su opinión, era el correcto. Mi intrepidez le recordaba, dijo, a los espartanos en las Termópilas, dondequiera que eso pueda caer.

—Pero de momento está muy lejos de hallarse en ese estado de ánimo, según Florence. Ella dice que está convencido de que salisteis una juerga juntos. Y, por supuesto, el hecho de que te encontrara en el armario de su habitación a la una de la madrugada fue lamentable.

—En grado sumo. Uno hubiera evitado este suceso con gran placer.

—El hombre debió llevarse un buen sobresalto. Lo que no entiendo es por qué no te zurró la badana. Yo hubiera supuesto que ésa iba a ser su primera medida.

—Sonreí modestamente.

—Ha sacado mi nombre en el campeonato de dardos del Club Los Zánganos.

—¿Y qué tiene eso que ver con el asunto?

—Mi alma querida, ¿acaso algún fulano le zurra la badana un tipo cuyo virtuosismo ante el tablero de dardos puede hacerle ganar cincuenta y seis libras con diez chelines?

—Ah, ya comprendo.

—Y Stilton también lo comprendió. Le expuse la situación con la mayor claridad, y ha cesado de ser una amenaza. Por mucho que sus pensamientos tiendan en la dirección de zurrar badanas, tendrá que seguir manteniendo el status no beligerante de un gato de adagio. Lo tengo embotellado limpia y definitivamente. ¿Hay algún otro tema que desee comentar?

—No, que yo sepa.

—Entonces, si quisiera retirarse, me levantaría y me vestiría.

Me levanté del henil en cuanto se hubo cerrado la puerta y, tras bañarme,

afeitarme y guarnecer el hombre exterior, salí con un cigarrillo a dar un paseo por la propiedad, con sus edificios anexos y tierras adyacentes.

El sol se hallaba un buen trecho más alto que en mi última observación, y su calidez cordial incrementó el optimismo de mi ánimo. Pensando en Stilton y el callejón sin salida en que lo había dejado, pronto llegué a considerar que este viejo mundo, a fin de cuentas, no era tan mal lugar. No sé de algo que levante más el espíritu que dejar con un palmo de narices a un sujeto de inferior calidad que venía haciendo ostentación de sus fuerzas y proyectando emprender algo. Al contemplar a Stilton en su estado embotellado, sentía una satisfacción serena muy semejante a la que había experimentado en Totleigh Towers cuando hice que Roderick Spode se doblegara a mi voluntad. Como tía Dahlia había dicho, todo un domador de leones.

Cierto que, frente a todo esto, estaba Florence —que, al parecer, ya hablaba libremente de damas de honor, banquetes y la iglesia de San Jorge, Hanover Square —, y un hombre menos templado habría permitido que su oscura sombra nublara su sensación de *bien être*. Pero ha sido siempre la política de los Wooster contar sus bendiciones una por una, así que concentré exclusivamente mi atención en la parte luminosa del cuadro, diciéndome que, aun si no se materializaba un indulto en el último instante y me veía obligado a apurar la amarga copa, al menos no tendría que hacerlo con dos ojos amoratados y una espalda fracturada, regalos de boda de G. D'Arcy Cheesewright. Pasara lo que pasase, todo eso tenía ganado.

Me hallaba, pues, de un humor chispeante y prácticamente diciendo «Tra la lá», cuando vi aparecer a Jeeves con todo el aire de quien desea obtener audiencia.

—Ah, Jeeves —le saludé—. Hermosa mañana.

—Sumamente agradable, señor.

—¿Quería verme por algo?

—Si pudiera concederme unos minutos, señor. Desearía averiguar si le resultaría posible prescindir hoy de mis servicios, a fin de que pueda desplazarme a Londres. El almuerzo del Ganímedes Junior.

—Creía que eso era la semana que viene.

—La fecha ha sido adelantada para complacer al mayordomo de sir Everard Everett, que mañana parte con su patrón hacia los Estados Unidos de América. Sir Everard debe asumir sus deberes como embajador británico en Washington.

—¿De veras? Pues le deseo muy buena suerte.

—Sí, señor.

—A uno le gusta ver que estos funcionarios públicos trabajan con ahínco y se ganan su salario.

—Sí, señor.

—Si uno es un contribuyente. Quiero decir, si contribuye con su parte a dichos salarios.

—Precisamente, señor. Me sería muy grato que pudiera usted ver el modo de permitirme asistir a esta solemnidad. Como ya le informé, debo ocupar la presidencia.

Bien luego, si lo presentaba de esta manera, no me quedaba más que darle el visto bueno.

—Naturalmente, Jeeves. Vaya usted y diviértase hasta que le crujan las costillas. Podría ser su última oportunidad —concluí significativamente.

—¿Señor?

—Bueno, a menudo me ha explicado cuán quisquillosas son las cultas jerarquías del Ganímedes respecto de la no revelación de los secretos del libro del club por parte de sus miembros, y tía Dahlia me ha informado que acaba usted de sacar a relucir toda la historia oculta de Spode y Eulalie Soeurs. ¿No lo echarán a la calle, si esto llega a saberse?

—La contingencia es muy remota, señor, y acepté el riesgo de buena gana sabiendo que estaba en juego la felicidad de la señora Travers.

—Muy decente, Jeeves.

—Gracias, señor. Procuro dar satisfacción. Y ahora creo que, si me disculpa, señor, quizá debería encaminarme hacia la estación. El tren de Londres tiene su salida en breve plazo.

—¿Por qué no se lleva el coche?

—¿Podría usted prescindir de él, señor?

—Por supuesto.

—Muchas gracias, señor. Será una gran comodidad.

Echó a andar hacia la casa, sin duda para recoger el sombrero que es su compañero inseparable cuando se halla en la metrópoli, y apenas me había dejado cuando oí que alguien pronunciaba mi nombre en una especie de balido y, al volverme, vi que se acercaba Percy Gorringe, con sus gafas de montura de carey destellando bajo el sol.

Mi primera reacción al verlo fue de sorpresa, cierta sensación de que, entre todos los elementos con quienes me había encontrado alguna vez, éste era el más imprevisible. Me refiero a que era imposible decir de un minuto al siguiente qué aspecto iba a presentar al mundo, pues oscilaba de Tempestuoso a Estable y Soleado y de Estable y Soleado a Tempestuoso como un barómetro con algo estropeado en su mecanismo. La noche anterior, durante la cena, había sido todo efervescencia y alegría, y allí lo tenía en ese momento, sólo unas horas más tarde, ofreciendo de nuevo aquella imitación de un bacalao muerto que había hecho que tía Dahlia adoptara una línea tan severa con él. Contemplándome con ojos deslustrosos, si es deslustrosos la palabra que quiero decir, y sin perder tiempo en amenidades previas ni *pourparlers*, arrancó directamente descargando de su pecho la peligrosa materia que oprime el corazón.

—Wooster —dijo—, Florence acaba de contarme una historia que me ha sorprendido.

Bien, es difícil saber qué decir a eso, desde luego. El impulso de uno fue el de preguntar qué historia, y añadir que si era la del obispo y la encantadora de serpientes ya la había oído. Y uno podía, sin duda, completar eso con una o dos palabras bien meditadas acerca del creciente relajamiento del lenguaje en las chicas modernas. Yo me limité a decir «¿Oh, ah?», y esperé mayores detalles.

Sus ojos, como los de Florence la noche anterior, se agitaban en excelso frenesí y vagaban del cielo a la tierra, de la tierra al cielo. Se notaba que la cosa le había afectado.

—Poco después del desayuno —prosiguió, dominando sus ojos y fijándolos de nuevo en mí—, al encontrarla a solas junto al herbáceo cantero, cortando flores, la abordé y te pregunté si me permitiría sostenerle el cestillo.

—Muy atento.

—Ella me dio las gracias y respondió que con mucho gusto, y durante cierto tiempo conversamos sobre temas indiferentes. Una cosa condujo a otra y, finalmente, le pedí que fuera mi esposa.

—¡Bravo, chico!

—¿Perdón?

—Sólo he dicho «¡Bravo chico!».

—¿Por qué ha dicho «¡Bravo chico!»?

—Pues para darle ánimo, por así decir.

—Ya veo. Para darme ánimo. ¿Se trata, entonces, de una fórmula coloquial utilizada afectuosamente como expresión de aliento?

—Eso mismo.

—En tal caso, y teniendo en cuenta las actuales circunstancias, me sorprende, y añadiré que me disgusta más que ligeramente, oírla de sus labios, Wooster. Habría sido más cortés abstenerse de provocaciones y sarcasmos baratos.

—¿Eh?

—Si ha triunfado usted, ése no es motivo para que haga escarnio de quienes han sido menos afortunados.

—Lo siento. Si pudiera añadir algunas notas a pie de página…

Hizo chascar la lengua con impaciencia.

—Ya le he dicho que le he pedido a Florence que fuera mi esposa, y le he dicho también que ella me anunció algo que me conmovió profundamente. Que estaba comprometida con usted.

Esto hizo que empezara a comprender. Ya veía adónde quería ir a parar.

—Oh, ah, sí, desde luego. Cierto. Sí, se diría que estamos prometidos.

—¿Y desde cuándo, Wooster?

—Desde hace bastante poco.

—Desde hace muy poco, supongo, ya que apenas ayer aún estaba comprometida con Cheesewright. Todo esto es muy confuso —dijo Percy quejumbrosamente—. Hace que le dé a uno vueltas la cabeza. Uno no sabe dónde se encuentra.

No dejaba de asistirle cierta razón.

—Un poco enredado —asentí.

—Es desconcertante. No se me ocurre qué puede ver en usted.

—No. Muy extraño, todo este asunto.

Caviló sombríamente durante un ratito.

—Su reciente encaprichamiento con Cheesewright —observó, lanzándose de nuevo— aún podía comprenderse vagamente. Sean cuales fueren sus deficiencias mentales, ese individuo es un animal joven y vigoroso, y no es desacostumbrado encontrar muchachas intelectuales que se sienten atraídas por animales jóvenes y vigorosos. Bernard Shaw tomó esta situación como tema para una de sus primeras novelas, *La profesión de Cashel Byron*. ¡Pero usted! Es inexplicable. Una simple mariposa flacucha.

—¿Me llamaría usted mariposa flacucha?

—Si se le ocurre otra descripción mejor, me alegraría oírla. Soy incapaz de percibir en usted el menor vestigio de encanto, la más ligera huella de alguna cualidad que razonablemente pudiera juzgarse atractiva para una chica como Florence. Me asombra que pueda desear tenerlo en casa de modo permanente.

No sé si me llamarían ustedes un hombre susceptible. En principio, yo diría que no lo soy. Pero no resulta agradable verse clasificado en la pizarra como una mariposa flacucha, y confieso que respondí con cierta brusquedad.

—Bien, así estamos —dije, y quedé en silencio. Y, como él tampoco parecía inclinado a la charla ociosa, permanecimos unos instantes como un par de monjes trapenses que se han encontrado por casualidad en las carreras de galgos. Y creo que no habría tardado en inclinar secamente la cabeza y retirarme si él no me hubiese retenido con una exclamación semejante en su tono y su volumen a la que Stilton había proferido al encontrarme cubierto de sombrereras en el armario de Florence. Advertí que me contemplaba a través de sus parabrisas con lo que parecía ser una expresión preocupada, si no horrorizada. Eso me intrigó. No podía haber tardado tanto tiempo, reflexioné, en percibir mi bigote.

—¡Wooster! ¡Santo cielo! ¡Si no lleva usted sombrero!

—No suelo llevarlo mucho, en el campo.

—¡Pero con este sol tan ardiente! Podría darle una insolación. No debería correr estos riesgos.

Debo decir que tanta solicitud me conmovió. Buena parte de la irritación que sentía me abandonó. No hay mucha gente, quiero decir, que se tome tanto interés por

el bienestar de un pájaro virtualmente desconocido. Eso demostraba, pensé, que un hombre puede decir tonterías sin cuento acerca de mariposas flacuchas y, aun así, tener un corazón bondadoso bajo lo que imagino era generalmente reconocido como un exterior más bien repulsivo.

—No se preocupe —respondí, apaciguando sus temores.

—Pero sí que me preocupo —respondió con presteza—. Soy de la firme opinión que debería ponerse un sombrero, o bien permanecer en la sombra. No quisiera parecer un entrometido, pero su salud es para mí motivo de la mayor preocupación. Comprenda, he sacado su nombre en el campeonato de dardos del Club Los Zánganos.

Esto se me escapó por completo. No le veía el menor sentido. Me sonó a puro delirio.

—¿Cómo? ¿Qué quiere decir con eso de que ha sacado mi nombre en el campeonato de dardos del Club de Los Zánganos?

—Me he expresado mal. Estaba agitado. Lo que hubiera debido decir es que se lo he comprado a Cheesewright. Me ha vendido la papeleta que lleva su nombre. ¿Comprende ahora que me ponga nervioso verle pasear bajo este sol sin llevar sombrero?

En una carrera generosamente salpicada de sorpresas desagradables he tenido ocasión de aturdirme y tambalearme con cierta regularidad, pero pocas veces me he aturdido y tambaleado con más entusiasmo que al oír estas pavorosas palabras. La noche anterior, si lo recuerdan, había llamado a tía Dahlia «trémulo álamo temblón». En aquel momento, esta descripción me habría convenido como el papel a la pared.

Este arrebato de emoción, creo, puede ser fácilmente comprendido. Toda mi política exterior, como ya he dejado claro, se fundaba en el hecho de que había embotellado a Stilton limpia y definitivamente, y en ese momento parecía, maldición, que no lo había embotellado en absoluto. Una vez más, se hallaba en la posición de un asirio plenamente autorizado para arrojarse como un lobo sobre el redil, con sus cohortes resplandecientes de púrpura y oro, y el descubrimiento de que su sed de venganza era tan pronunciada como para sacrificar cincuenta y seis libras y media antes que renunciar a sus planes de guerra helaba hasta la médula.

—Debe de haber mucho bien escondido en Cheesewright —prosiguió Percy—. Confieso con toda franqueza que lo había juzgado mal, y, si no hubiera devuelto ya las galeradas corregidas, retiraría mi «Caliban ante el crepúsculo» de *Parnaso*. Me dijo que usted es el vencedor seguro de este campeonato de dardos, y aun así se ofreció voluntariamente para venderme la papeleta que lleva su nombre por una suma en verdad trivial, porque, según dijo, me ha tomado un gran aprecio y le gustaría tener un detalle conmigo. Un gesto apreciable, cordial y generoso, que devuelve a uno la fe en la naturaleza humana. A propósito, Cheesewright andaba buscándole.

Quería verle por algo.

Repitió su consejo acerca del sombrero y se marchó, y durante un buen rato permanecí donde me hallaba, rígido hasta el último miembro, mientras mi aturdida calabaza intentaba resolver el espantoso problema que había surgido. Estaba claro que habría que realizar una jugada defensiva diabólicamente astuta, y realizarla de inmediato, pero ¿qué jugada defensiva diabólicamente astuta? Ahí estaba lo que se llama el busilis.

Vean ustedes, la cosa no estaba como si pudiera salir por piernas de la zona de peligro, que es lo que me habría gustado hacer. Era imperativo que me contara entre los presentes en Brinkley Court cuando Spode llegara aquella tarde. Por muy a la ligera que tía Dahlia hubiese hablado de hacer bailar al hombre a su son, resultaba perfectamente concebible que saltara algún fusible del programa, en cuyo caso la presencia en el lugar de un sobrino capaz de pensar rápidamente sería esencial. Los Wooster no abandonan a las tías en su momento de necesidad.

Eliminando, por consiguiente, la posibilidad de poner pies en polvorosa, por la que con mucho gusto habría pujado en una subasta, ¿qué otro curso de acción se presentaba? Reconozco libremente que durante cinco minutos o así la cuestión me tuvo apabullado.

Pero a menudo se ha dicho de Bertram Wooster que en los momentos de intenso peligro posee el don misterioso de hallar inspiración, y así sucedió entonces. De súbito, brotó un pensamiento como una rosa perfectamente formada que enrojeció mi frente, y de inmediato me encaminé hacia las cuadras, donde se alojaba mi automóvil biplaza. Podía ser qué Jeeves no hubiera emprendido aún el largo camino que conducía al Club Ganímedes Junior, y, si no lo había hecho, existía una salida.

XVI

Si son ustedes de ese elemento superior que nunca se siente más feliz que cuando está acurrucado con las obras de B. Wooster, es posible que hayan dado con un fragmento anterior de estas reminiscencias mías en el que daba cuenta de una visita que hicimos Jeeves y yo a Deverill Hall, la casa solariega del juez de paz Esmond Haddock, y recordarán que durante nuestra estancia bajo el techo de los Haddock, Jeeves encontró a Thos, el hijo de mi tía Agatha, en posesión de lo que suele llamarse una cachiporra, y con gran prudencia decidió incautársela, considerando —¿y quién no coincidiría con él?— que aquél era el último objeto que debería hallarse a disposición de ese joven matón homicida. La idea que había enrojecido mi frente de la manera ya descrita era: ¿seguiría aún en poder de Jeeves? Todo dependía de ello.

Lo encontré, ricamente engalanado y tocado con su sombrero hongo, al volante del automóvil y a punto de aplicar el pie al acelerador. Un instante más y habría llegado tarde. Acercándome a la carrera, inauguré el interrogatorio sin demora.

—Jeeves —comencé a decirle—, regrese mentalmente a aquella otra ocasión en que nos alojamos en Deverill Hall. ¿Ha regresado ya?

—Sí, señor.

—Pues sígame de cerca. El hijo de mi tía Agatha, el joven Thos, se hallaba presente.

—Precisamente, señor.

—Con la intención de utilizarla sobre un compañero de escuela llamado Stinker[12], que por algún motivo había incurrido en su desagrado, antes de partir de Londres había adquirido una cachiporra.

—O macana, para utilizar un término menos frecuente.

—Olvide los términos infrecuentes, Jeeves. Usted le quitó el arma. —Juzgué que sería lo más prudente, señor.

—Fue lo más prudente. Nadie lo discute. Dejemos que un rufián como el joven Thos ande suelto por la comunidad provisto de una cachiporra y estaremos induciendo a desastres y… ¿cuál es la palabra? Algo sobre catas.

—¿Cataclismos, señor?

—Eso es. Cataclismos. Es indiscutible que hizo usted lo correcto. Pero todo esto no viene al caso. Lo que ahora me interesa es lo siguiente. Esa cachiporra, ¿dónde está?

—Entre mis efectos personales en el apartamento, señor.

—Iré con usted a Londres a buscarla.

—Podría traerla yo mismo a mi regreso, señor.

Ejecuté un breve paso de danza. A su regreso, ¡caramba! ¿Cuándo iba a ser eso? Entrada la noche, seguramente, porque el grupo que se reúne en un lugar tan

alborotado y bullicioso como el Ganímedes Junior no suspende la fiesta al terminar el almuerzo. Sé muy bien qué sucede cuando estos mayordomos impetuosos se desmelenan. Se quedan sentados hasta las tantas, bebiendo a placer, cantando en buena armonía y, en general, jaraneando como una pandilla de muchachos de *saloon Malamute*. Eso significaría que durante todo aquel largo día de verano me hallaría indefenso, presa fácil para un Stilton que, como acababa de saber, merodeaba por el lugar en busca de alguien a quien devorar.

—Eso de nada serviría, Jeeves. La necesito con urgencia. No esta noche, no el miércoles de la semana que viene, sino lo antes posible. Cheesewright me persigue con ferocidad, Jeeves.

—¿De veras, señor?

—Y, si he de hacer frente al desafío de Cheesewright, tendré necesidad de un arma. Su fuerza es como la fuerza de diez, y desarmado sería como mies ante su hoz.

—Extraordinariamente bien expresado, señor, si me permite que lo diga, y su diagnóstico de la situación es sumamente preciso. La robustez del señor Cheesewright le permitiría aplastarlo como a una mosca.

—Exactamente.

Podría demolerlo de un solo golpe. Partirlo en dos con las manos desnudas. Descuartizarlo miembro a miembro.

Fruncí ligeramente el entrecejo. Me complacía ver que se hacía cargo de la gravedad de la situación, pero estos crudos detalles físicos me parecían innecesarios.

—No hace falta que lo convierta en un espectáculo teatral, Jeeves —observé con cierta frialdad—. Lo que quiero dejar sentado es que, armado con la cachiporra, puedo enfrentarme a ese salvaje sin el menor estremecimiento. ¿Está de acuerdo conmigo?

—Decididamente, señor.

—Pues vamos allá —concluí, y salté al asiento vacío.

Esta cachiporra de la que vengo hablando era un pequeño instrumento de goma que, a primera vista, se hubiera dicho insuficiente para la tarea de parar los pies a un adversario del tonelaje de Stilton Cheesewright. Me refiero a que, en reposo, no parecía una cosa muy impresionante. Pero yo la había visto en acción y estaba al corriente de lo que Florence hubiera llamado sus posibilidades latentes. En Deverill Hall, por razones de mucho peso pero que resultaría demasiado largo exponer aquí, Jeeves tuvo ocasión de utilizarla una noche para zumbar a un policía —el agente Dobbs, un celoso representante de la ley—, y el pájaro así golpeado había caído al suelo como la suave lluvia del cielo.

Hay una canción, entonada a menudo por los vicarios en los conciertos de pueblo, que dice:

No temo a ningún enemigo de brillante armadura
aunque su lanza sea resplandeciente y certera.

¿O era «veloz y certera»? No lo recuerdo. Aunque tampoco tiene importancia. La cuestión es que estas palabras resumían mi actitud con la mayor precisión. Expresaban mis sentimientos con brevedad y concisión. Provisto de aquella cachiporra, me sentiría jovial y confiado por muchos Cheesewright que vinieran saltando hacia mí con mandíbulas babeantes.

Todo se desarrolló según lo previsto. Tras una agradable travesía, arrojamos el ancla ante la puerta de Berkeley Mansions y nos dirigimos al apartamento. Allí, como estaba anunciado, encontramos la porra. Jeeves me la entregó, se lo agradecí con unas pocas palabras bien elegidas, salió hacia su orgía y yo, tras un frugal almuerzo en Los Zánganos, me instalé al volante del biplaza y volví su morro hacia Worcestershire.

La primera persona que encontré tras cruzar el portón de Brinkley Court, algunas horas más tarde, fue tía Dahlia. Estaba en el vestíbulo, paseándose de un lado a otro como una tigresa enloquecida. Su exuberancia matinal se había desvanecido por completo para dejar una vez más la tía ojerosa y macilenta de la noche anterior, y fui consciente de una súbita punzada de preocupación.

—¡Caramba! —exclamé—. ¿Qué ocurre, anciana parienta? No me diga que su plan no ha funcionado.

Ella pateó de mal talante una silla cercana y la mandó volando hacia lo desconocido.

—No ha tenido ocasión de funcionar.

—¿Por qué no? ¿Es que Spode no ha venido?

Paseó a su alrededor una mirada huraña, en apariencia con la esperanza de hallar otra silla que patear. Puesto que no la había en su esfera de influencia inmediata, pegó una patada al sofá.

—Oh, sí, ha venido, ¿y qué ha pasado? Antes de que pudiera llevármelo aparte para decirle una palabrita, Tom cayó sobre él y se lo llevó a la sala donde guarda su colección para mostrarle su inmunda plata. Llevan más de una hora encerrados, y sólo el Cielo sabe cuánto tiempo más piensan seguir allí.

Fruncí los labios. «Uno hubiera debido prever algo por el estilo», pensé.

—¿No puedes apartarlo?

—Ningún poder humano puede apartar a un hombre al que Tom está hablando sobre su colección de plata. Lo retiene con ojo centelleante. La única esperanza que me queda es que se enfrasque tanto en este asunto de la plata que olvide por completo la cuestión del collar.

Lo último que desea un sobrino como debe ser es hundir a una tía chapoteante aún más profundamente bajo la superficie del abismo de desesperación en el que ya

se halla, pero ante estas palabras no me quedó sino menear la cabeza.

—Lo dudo.

Ella le sacudió otra patada al sofá.

—Yo también lo dudo. Por eso me estoy volviendo loca a pasos agigantados y puedo empezar a aullar como una *banshee*[13] en cualquier momento. Tarde o temprano se acordará de conducir a Spode ante la caja, y lo único que puedo pensar es «¿Cuándo? ¿Cuándo?». Me siento como… ¿Quién era aquel individuo que estaba sentado con una espada colgando sobre él, suspendida de un cabello, preguntándose cuánto tardaría en caer y producirle una fea lesión corporal?

Ahí me había pillado. Nadie que yo conociera. Desde luego, ninguno de los muchachos de Los Zánganos.

—Me temo que no sabría decírtelo. Puede que Jeeves lo sepa.

A la mención de este respetado nombre, sus ojos se iluminaron. —¡Jeeves! ¡Pues claro! Él es el hombre que necesito. ¿Dónde está? —En Londres. Me ha pedido el día libre. Hoy se celebraba el almuerzo mensual del Ganímedes Junior.

Emitió un grito, que bien hubiera podido ser el aullido de *banshee* a que había aludido antes, y me dirigió una mirada como la que en sus viejos tiempos de caza habría podido dedicar a un perro mentalmente deficiente al que hubiese visto abandonar sus actividades profesionales para seguir el rastro de un conejo.

—¿Y dejas partir a Jeeves en un momento como éste, cuando nunca ha sido más necesario?

—No tuve corazón para negárselo. Debía ocupar la presidencia. No tardará en volver.

—Y para entonces…

Hubiera seguido hablando más —bastante más, si interpreté correctamente el mensaje de sus ojos—, pero antes de que pudiera coger impulso algo patilludo descendió por la escalera y Percy se unió a nosotros.

Al verme, se detuvo bruscamente.

—¡Wooster! —Su agitación era muy pronunciada—. ¿Dónde ha estado durante todo el día, Wooster?

Le dije que había ido a Londres en mi automóvil, y tomó aire con un siseo.

—¿Con este calor? Eso no puede hacerle el menor bien. No debe excederse, Wooster. Debe reservar sus fuerzas.

Había elegido un mal momento para abordarnos. La vieja parienta se volvió hacia él como si fuera alguien a quien hubiera visto cortando el paso a un zorro, si no pegándole un tiro.

—Gorringe, espectral fugitivo del infierno, cara de oveja —restalló, olvidando, o así lo imagino, que era la anfitriona—, ¡lárguese de aquí, maldita sea! Estamos en conferencia.

Supongo que el trato con directores de revistas de poesía endurece a la gente y la vuelve inmune a todo asalto verbal, porque Percy, de quien bien hubiera podido esperarse se arredrara, no se arredró en absoluto, sino que, irguiéndose en toda su estatura, que era aproximadamente de un metro ochenta y cinco, replicó con gran firmeza.

—Lamento haberles interrumpido en un momento inoportuno, señora Travers —respondió con una dignidad sencilla que le sentaba muy bien—, pero tengo un mensaje para usted de parte de mi madre. A mi madre le gustaría hablar con usted. Me ha encargado que le pregunte si le resultaría conveniente que ella acudiera a su habitación.

Tía Dahlia alzó las manos en un arrebato de impaciencia. Comprendí su situación. Lo último que una mujer desea, cuando se halla perturbada, es una charla con alguien como Mamá Trotter.

—¡Ahora no!

—¿Más tarde, quizá?

—¿Es importante?

—He recibido la impresión de que era muy importante.

Tía Dahlia emitió un profundo suspiro, el suspiro de una mujer que las ve venir demasiado deprisa para ella.

—Oh, muy bien. Dígale que la veré dentro de media hora. Vuelvo a la sala de la colección, Bertie. Cabe la posibilidad de que, a estas alturas, Tom se haya agotado. Pero una última palabra —añadió, comenzando a alejarse—. La próxima gárgola subhumana que venga a entrometerse y a distraer mis pensamientos mientras intento lidiar con problemas capitales, lo hará a riesgo de su vida. ¡Que redacte su testamento y deje encargados los lirios!

Desapareció a unos sesenta y cinco kilómetros por hora, y Percy siguió su retirada con ojos tolerantes.

—Un personaje peculiar —comentó.

Admití que la anciana parienta tenía sus peculiaridades.

—Me recuerda un poco a la directora de Parnaso. La misma tendencia a agitar las manos y gritar cuando se siente irritada. Pero, acerca de ese viaje suyo a Londres, Wooster. ¿Qué le ha hecho ir allí?

—Oh, tenía que resolver una o dos cosas.

—Bien, lo importante es que ha regresado sano y salvo. Hoy en día las carreteras son muy peligrosas. Confío en que conduzca usted siempre con prudencia, Wooster. ¿No supera el límite de velocidad? ¿No adelanta en las curvas sin visibilidad? Excelente, excelente. Pero estábamos todos muy preocupados por usted. No sabíamos dónde podía haberse metido. Cheesewright, sobre todo, ha estado muy inquieto. Parecía pensar que se había desvanecido usted para siempre, y me dijo que estaba

muy interesado en discutir con usted toda clase de cuestiones. Debo anunciarle que ya vuelve a estar aquí. Será un gran alivio para él.

Se marchó al trote y yo encendí un despreocupado cigarrillo, frío y sereno hasta las cejas. Había consumido más o menos la mitad, y acababa de formar un anillo de humo bastante logrado, cuando se dejaron oír unas resonantes pisadas y la silueta de Stilton se recortó en el horizonte.

Metí la mano en el bolsillo y así con firmeza la vieja igualadora.

XVII

Ignoro si habrán observado alguna vez a un tigre de la selva cuando toma una profunda bocanada de aire antes de ejecutar un salto de cisne para aterrizar con ambas patas sobre la columna vertebral de algún representante de la fauna menor. Probablemente no, como, a decir verdad, tampoco yo. Pero tiendo a imaginar que un tigre de la selva en las mentadas circunstancias ofrecería un aspecto —con la salvedad, naturalmente, de que no tendría una cara rosada ni una cabeza como una calabaza— exactamente igual al aspecto de G. D'Arcy Cheesewright cuando sus ojos se posaron sobre la figura de Wooster. Durante un par de latidos permaneció inmóvil ante mí, inflando y desinflando el pecho. Luego dijo, como yo ya había supuesto que lo haría:

—¡Ja!

La sintonía del programa, podríamos decir.

Mi indiferencia se mantuvo sin disminuir. Hubiera sido ocioso pretender que la actitud del fulano no era amenazadora. Era tan amenazadora, más o menos, como podía serlo una actitud. Pero, con la mano en la cachiporra, la afronté sin el menor estremecimiento. Al igual que la esposa del César, estaba preparado para todo. Le dirigí una despreocupada inclinación de cabeza.

—Ah, Stilton. ¿Cómo van las cosas?

La pregunta pareció poner el sello a su acaloramiento. Hizo rechinar un diente o dos.

—¡Ahora te enseñaré cómo van las cosas! Te he estado buscando todo el día.

—¿Deseabas verme por algo?

—Deseaba arrancarte la cabeza de raíz y hacértela tragar.

Asentí de nuevo, tan despreocupadamente como antes.

—Ah, sí. Anoche ya insinuaste algo al respecto, ¿no es eso? Sí, ahora lo recuerdo. Bien, Stilton, lo siento, pero me temo que no va a poder ser. Tengo otros planes. Sin duda Percy Gorringe te habrá dicho que esta mañana he estado en Londres. He ido a buscar esto —concluí, y, tras extraer la mejor amiga del hombre delgado, la hice oscilar de un modo sugerente.

El hecho de no tener bigote presenta un inconveniente, y es que, si uno no tiene bigote, no tiene qué retorcer cuando está desconcertado. Lo único que puede hacer es abrir la boca y dejar que la mandíbula inferior cuelgue como un lirio fatigado, con lo que adopta el aspecto de un asno impagable, y eso fue lo que hizo Stilton en ese momento. Todo su porte era el de un asirio que, habiéndose lanzado como un lobo sobre el redil, lo encuentra habitado, no por ovejas y corderos, sino por gatos monteses, lo cual, naturalmente, deja al asirio más confundido que cualquier otra cosa.

—Son unos instrumentos asombrosamente eficaces, éstos —proseguí, para no dejar lugar a dudas—. Se los menciona muchísimo en las novelas de misterio. Reciben el nombre de cachiporras, aunque, según tengo entendido, también se les puede aplicar el término, menos frecuente, de macanas.

Respiró estertorosamente y se le abombaron los ojos. Supongo que nunca se había encontrado con algo parecido. Era una experiencia nueva para él.

—¡Deja esa cosa! —exigió con voz ronca.

—Me propongo dejarla —repliqué, rápido como el rayo—. Me propongo dejarla caer con todas mis fuerzas en el instante en que realices un movimiento, y aunque soy un simple novicio en el uso de la cachiporra, no veo cómo puedo dejar de acertar, en un sitio u otro, a una cabezota del tamaño de la tuya. Y entonces, ¿cómo quedarás tú, Cheesewright? Quedarás tendido en el suelo, alma querida, así es como vas a quedar mientras yo me quito el polvo de las manos y devuelvo el instrumento a mi bolsillo. Con una de estas cosas en su poder, hasta el más débil mortal puede dejar al más duro tan frío como un rodaballo conservado en hielo. Para expresarlo en una palabra, Cheesewright, estoy armado, y el programa, tal como yo lo veo, es el siguiente: adopto una postura cómoda con el peso bien repartido sobre ambas piernas, tú das un salto y yo, fresco como algunos pepinos…

Fue una estupidez por mi parte hablar de dar saltos, porque le metió ideas en la cabeza. Mientras yo decía «pepinos», dio uno tan repentino que me cogió completamente desprevenido. Éste es el problema cuando se trata con tipos tan corpulentos como Stilton. Son tan voluminosos que uno los juzga desprovistos de la necesaria agilidad para salir de estampida como un conejo silvestre y volar por el aire con la mayor facilidad. Antes de que pudiera darme cuenta de qué había ocurrido, la cachiporra, arrancada de mi mano, cruzó todo el vestíbulo y fue a caer por tierra, no lejos de la caja fuerte de tío Tom.

Permanecí allí parado, indefenso.

Bien, decir «allí parado» es pecar de imprecisión. En crisis como ésta, nosotros los Wooster no permanecemos parados. Pronto quedó absolutamente claro que Stilton no era el único de nuestro pequeño círculo que podía salir de estampida como un conejo silvestre. Dudo de que en toda Australia, donde esta especie animal es abundante, hubieran podido encontrar un conejo silvestre capaz de alcanzar una décima parte de la velocidad con que me sustraje del pulsátil centro de las cosas. Dar un salto atrás de cerca de cuatro metros e instalarme tras el sofá fue para mí obra de un instante, y allí quedó el asunto momentáneamente en suspenso, pues cada vez que Stilton corría hacia mi lado como un galgo, yo me desplazaba vertiginosamente hacia su lado como una liebre eléctrica, con lo que todos sus esfuerzos resultaban vanos e inútiles. Aquellos grandes generales de quienes hablaba antes recurren con bastante frecuencia a esta maniobra. El término técnico es retirada estratégica.

No es fácil determinar cuánto tiempo habría podido durar esta serie de vueltas alrededor del sofá, pero lo más probable es que no mucho, pues mi compañero de andanzas rítmicas ya comenzaba a dar muestras de acusar la fatiga. Stilton, como tantos otros pájaros corpulentos, tiene cierta tendencia, cuando no está entrenándose para alguna competición acuática, a ceder a los placeres de la mesa. Y esto tiene su precio. Al terminar los doce primeros largos, mientras yo seguía tan fresco como una rosa, dispuesto a mantener esta línea de combate aunque se prolongara durante todo el verano, él jadeaba bastante pronunciadamente y su frente se había perlado de honrado sudor.

Pero, como tan a menudo sucede en estas ocasiones, la partida no se jugó hasta el final. En el transcurso de una breve pausa antes de iniciar el decimotercer largo, fuimos interrumpidos por la llegada de Seppings, el mayordomo de tía Dahlia, que entró anadeando con un porte la mar de oficial.

Personalmente, me alegré de verlo, pues justo estaba esperando que se produjera alguna clase de interrupción, pero no dejé de advertir que el hecho de que nuestro dúo se convirtiera en un trío no fue bien recibido por Stilton, y no se me ocultó el porqué. La presencia del mayordomo lo coartaba y le impedía actuar a pleno rendimiento. Ya he explicado que el código de los Cheesewright les prohíbe armar camorra si hay mujeres presentes. Esta misma regla se aplica también cuando aparecen junto al ring miembros del servicio doméstico. Si entra un mayordomo cuando se hallan empeñados en el intento de averiguar el color de las entrañas de algún conocido, los Cheesewright tascan el freno.

Pero hay que señalar que no les gusta tascar el freno, y a nadie debe sorprender que, obligado a suspender las hostilidades por la presencia del mayordomo, Stilton lo contemplara con mal disimulada animosidad. Su tono, cuando habló, fue brusco.

—¿Qué quiere?

—La puerta, señor.

La animosidad mal disimulada se hizo peor disimulada. En verdad, la mirada que dirigió a Seppings estaba tan cargada de deletéreo magnetismo animal que uno experimentaba la sensación de que existía un considerable peligro de que tía Dahlia se encontrara, en fecha no muy remota, necesitada de un mayordomo.

—¿Qué significa eso de que quiere la puerta? ¿Qué puerta? ¿Para qué demonios quiere una puerta?

Comprendí que era muy improbable que llegara a hacerse una idea cabal del asunto sin unas palabras de explicación, así que las proporcioné yo. En estas ocasiones, si puedo, siempre me gusta echar una mano a la gente. Arañad la superficie de Bertram Wooster, digo a veces, y encontraréis un Boy Scout.

—Es de suponer que Pop Seppings se refiere a la puerta principal, Stilton, viejo compañero de danza —observé—. Incluso me atrevería a conjeturar que ha sonado el

timbre. ¿Correcto, Seppings?

—Sí, señor —respondió con sencilla dignidad—. Ha sonado el timbre de la puerta principal, y, en el cumplimiento de mis deberes, he venido a abrirla.

Y, con una actitud que sugería que eso, en su opinión, contendría a Stilton por algún tiempo, siguió adelante según sus planes.

—Apuesto a que lo que ocurre, Stilton, viejo truhán —añadí, poniendo en claro toda la situación—, es que hay algún visitante aguardando fuera.

Estaba en lo cierto. Seppings abrió las puertas de par en par, hubo un destello de cabellos rubios y una vaharada de Chanel número 5, y de inmediato entró una muchacha, una muchacha a la que a primera vista pude clasificar como un bombón de primera categoría.

Quienes mejor conocen a Bertram Wooster saben bien que no es hombre propenso a ponerse sentimental cuando habla del sexo opuesto. Al contrario, es frío y crítico. Mide sus palabras. Así pues, si digo que esta muchacha era un bombón, pueden deducir que se trataba de algo bastante especial. Hubiese podido irrumpir en cualquier concurso internacional de belleza y el comité de jueces habría desenrollado la alfombra roja. Uno podía imaginar a los fotógrafos de moda luchando a muerte por su retrato.

Al igual que la heroína de *El misterio del cangrejo de río rosado*, y, por cierto, las heroínas de todas las novelas de misterio que he leído, su cabellera era del color del trigo maduro, y sus ojos azul aciano. Si añadimos una nariz ligeramente respingona y una silueta tan llena de curvas como una línea de ferrocarril panorámica, no ha de parecerles extraño que Stilton, envainando la espada, se quedara mirándola boquiabierto, con todo el aspecto de un hombre inesperadamente fulminado por un rayo.

—¿Está en casa la señora Travers? —inquirió esta visión, dirigiéndose a Seppings—. Anúnciele que ha llegado la señorita Morehead.

Quedé atónito. Por un motivo u otro, posiblemente porque tenía tres nombres, la imagen que me había formado de Daphne Dolores Morehead era la de una fémina entrada en años con rostro caballuno y unas gafas de montura de oro sujetas al botón superior por medio de un cordón negro. Al observarla detenidamente y en su totalidad, no pude por menos que loar la sagacidad de tía Dahlia al invitarla a Brinkley Court, con vistas a promocionar la venta del *Boudoir*. Tuve la impresión de que una palabra suya obraría maravillas en L. G. Trotter. Sin duda se trataba de un marido excelente y devoto, leal como el acero a la esposa de su corazón, pero incluso los maridos excelentes y devotos son susceptibles de reaccionar poderosamente cuando las chicas del tipo D. D. Morehead empiezan a dedicarles el tratamiento A.

Stilton seguía contemplándola con ojos que se le salían de las órbitas, como un

buldog enfrentado a una libra de carne, cuando ella, una vez adaptadas sus pupilas azul aciano a la penumbra del vestíbulo, le dirigió una mirada y profirió una exclamación que —cosa extraña, considerando el aspecto de Stilton— parecía de placer.

—¡Señor Cheesewright! —dijo—. ¡Qué sorpresa! Ya me parecía conocida su cara. —Le dedicó otra ojeada—. ¿No es usted D'Arcy Cheesewright, que remaba en el equipo de Oxford?

Stilton inclinó torpemente la calabaza. Parecía privado del habla.

—Ya me parecía. Alguien me lo señaló una vez en el baile de la Semana de los Ochos. Pero casi no lo reconocía. Está usted mucho más apuesto sin él. Creo que los bigotes son sencillamente detestables. Siempre digo que un hombre capaz de rebajarse al extremo de llevar bigote igualmente podría dejarse la barba.

Yo no podía dejar pasar este comentario.

—Hay bigotes y bigotes —señalé, atusándome el mío. Luego, viendo que la joven se preguntaba quién podía ser este desconocido esbelto y tan distinguido, me di un golpecito en el esternón—. Wooster, Bertram —le informé—. Soy el sobrino de la señora Travers, y ella es mi tía. ¿Desea que la conduzca a su presencia? Seguramente debe de estar contando los minutos.

Frunció las labios en una expresión dubitativa, como si el programa que yo acababa de proponerle se desviara del ideal en muchos aspectos.

—Sí, supongo que debería entrar a decirle hola, pero lo que en realidad me apetece es explorar el terreno. Es un lugar encantador.

Stilton, que había adquirido un hermoso color bermellón, regresó parcialmente del éter y comenzó a emitir extraños sonidos guturales, como un hombre sin velo del paladar que intentase recitar «Gunga Din». Finalmente, articuló algo coherente.

—¿Desea que le muestre la propiedad?

—Me encantaría.

—¡Ja! —exclamó Stilton. Habló a toda prisa, como si juzgara que se había mostrado remiso al no haberlo dicho antes, y al instante siguiente se pusieron en marcha. Y yo, en un estado de ánimo semejante al de Daniel al abandonar el cubil del león por la entrada de artistas, me dirigí a mi habitación.

El lugar era fresco e invitaba al reposo. Tía Dahlia es una mujer que gusta de proveer bien a sus invitados en materia de sillones y *chaises longues*, y la *chaise longue* que me había correspondido se adaptaba gratamente al cuerpo. No hubo de pasar mucho tiempo antes de que me invadiera una agradable modorra. Los párpados fatigados se cerraron. Dormí.

Cuando desperté, media hora más tarde, mi primer acto fue incorporarme con una violencia sacudida. El cerebro despejado por el sueño, acababa de recordar la cachiporra.

Me puse de pie, consternado, y salí disparado de la habitación. Era imperativo que el benéfico instrumento regresara a mi poder a la mayor velocidad, pues, a pesar de que en nuestro reciente encuentro había superado estratégicamente a Stilton en el primer *round*, frustrando sus intenciones gracias a mi superior ligereza de piernas y mi dominio del ring, no había modo de prever cuándo se sentiría dispuesto para el segundo round. Una derrota puede desalentar a Cheesewright por algún tiempo, pero no lo elimina como contrincante lógico.

La cachiporra, como recordarán, había surcado el aire como una estrella fugaz hasta concluir su viaje en algún punto cercano a la caja fuerte de tío Tom, así que hacia allí me desplacé con pies alados. Figúrense mi preocupación al descubrir, a la llegada, que ya no estaba allí. La manera en que desaparecían las cosas en Brinkley Court —escaleras, cachiporras y qué sé yo— bastaba para hacer que un hombre tirara la toalla y se volviera de cara a la pared.

En aquel momento, en efecto, me volví de cara a la pared, la pared donde estaba empotrada la caja fuerte y, tras haberlo hecho, di otra de mis violentas sacudidas.

Lo que acababa de ver bastaba para que un hombre se sacudiera con toda la violencia a su disposición. Durante el tiempo de dos o tres latidos, fui sencillamente incapaz de creerlo. «Bertram —me dije—, la tensión ha sido excesiva para ti. Te has vuelto bizco». Pero no. Parpadeé una o dos veces para aclarar la visión, y cuando hube terminado de parpadear seguía allí, exactamente como' la había visto la primera vez.

La puerta de la caja fuerte estaba abierta.

XVIII

Es en momentos como éste cuando se encuentra a Bertram Wooster en su más soberbia forma, y su helado cerebro funciona como una máquina. Digo esto porque muchos individuos, al ver la puerta de la caja fuerte abierta, habrían desperdiciado un tiempo precioso preguntándose por qué estaba abierta, quién la había abierto y por qué quienquiera la hubiese abierto no había vuelto a cerrarla, pero no así Bertram. Sírvanle algo en bandeja con una guarnición de berros y verán que no remolonea ni se demora. Él actúa. Una veloz zambullida en el interior, una rápida búsqueda, y dejé finiquitada la cosa.

Había media docena de estuches de joyería repartidos por los anaqueles y necesité uno o dos minutos para abrirlos y examinar su contenido, pero la investigación solamente reveló un collar de perlas, lo cual me evitó toda suerte de elección dubitativa. Trasladé con presteza la bisutería al bolsillo de mi pantalón y salí disparado hacia la madriguera de tía Dahlia, como el conejo silvestre al que tan fielmente había imitado durante mi reciente entrevista con Stilton. Juzgué que para entonces ya debía de hallarse allí, y constituía para mí una fuente de considerable satisfacción pensar que estaba a punto de devolver la luz del sol a la vida de esta vieja chiflada tan digna de alabanza. La última vez que había sido vista, resultaba de todo punto evidente que se hallaba necesitada de un poco de sol.

La encontré en *statu quo*, como había previsto, fumándose un pitillo y deletreando trabajosamente su Agatha Christie, pero no pude devolver el sol a su vida porque ya estaba allí cuando llegué. Me asombró el cambio que había experimentado su actitud desde que partiera cabizbaja para ver si tío Tom había terminado ya de hablar con Spode acerca de su plata antigua. Entonces, como recordarán, su aspecto había sido el de una persona atrapada en la maquinaria. En ese momento, en cambio, transmitía la impresión de haber encontrado el pájaro azul. Cuando alzó la vista, al descubrirme en su cubil, su rostro brillaba como los fondillos del pantalón de un conductor de autobús, y no me habría sorprendido mucho si hubiera comenzado a entonar cantos tiroleses. Toda su apariencia era la de una tía que con ambrosia se ha alimentado y bebido la leche del Paraíso, y por mi cabeza cruzó el pensamiento de que, si antes de oír la buena nueva ya se mostraba así de exuberante, cuando le diera la misma bien podría estallar con una potente detonación.

No obstante, me vi incapaz de revelar el fragmento de historia secreta que me guardaba en la manga, pues, como tan a menudo sucede cuando me hallo a puerta cerrada con esta mujer, no me permitió meter una sílaba ni de costado. Nada más cruzar el umbral, las palabras comenzaron a salir volando de ella como murciélagos de un, granero.

—¡Bertie! —saltó—. Justo el muchacho a quien quería ver. Bertie, cachorrito,

acabo de librar la buena lucha. ¿Recuerdas aquel himno que empieza «Mira cómo acechan y acechan las tropas medianitas»? Luego dice, «Cristianos, alzaos y aniquiladlos», y eso mismo es lo que he hecho. Deja que te cuente lo que ha pasado. Te vas a caer de espaldas.

—Escucha… —comencé, pero no pude pasar de aquí. Tía Dahlia me arrolló como una apisonadora de vapor.

—Cuando nos separamos en el vestíbulo, no hace mucho tiempo, recordarás que me hallaba obsesionada, obnubilada y obscurecida porque no podía echar mano de Spode para comentarle el asunto de Eulalie Soeurs, y me dirigía a la sala de la colección con la remota esperanza de que se hubiera producido una pausa temporal. Pero él seguía escuchando sin un murmullo y Tom no cesaba de divagar. Y de pronto mis huesos se convirtieron en agua y la sala de la colección osciló ante mis ojos. Sin preámbulo alguno, Tom pasó repentinamente al tema del collar. «Tal vez le gustaría que fuéramos a verlo», propuso. «Ciertamente», respondió Spode, y se pusieron en marcha.

Se detuvo para tomar aliento, como incluso ella debe hacer de vez en cuando.

—Escucha… —repetí.

Recargados los pulmones, reanudó su perorata.

—Nunca hubiera creído que mis miembros podrían sostenerme hasta la puerta, y mucho menos por el largo pasillo que conduce al vestíbulo, pero lo hicieron. Seguí a la cola dé la procesión, con las rodillas temblorosas pero arreglándomelas para navegar. Qué instinto me impulsó a unirme al grupo es cosa que no sabría decir, pero supongo que tenía la vaga idea de estar presente cuando Tom recibiera la mala noticia y suplicar desconsoladamente su perdón. De un modo u otro, fui con ellos. Tom abrió la caja fuerte y yo me quedé paralizada como si me hubiera convertido en estatua de sal, igual que la mujer de Lot.

Recordé el incidente a que se refería porque casualmente había entrado en el examen aquella vez que gané un premio por Conocimiento de las Escrituras en mi escuela privada, pero, como probablemente sea nuevo para ustedes, les haré una breve sinopsis. Por algún motivo que se ha borrado de mi memoria, advirtieron a esta señora de Lot, un día que salió a pasear, que no volviera la vista atrás o se convertiría en estatua de sal, de manera que, naturalmente, ella se volvió de inmediato y, por lo que siempre he considerado una curiosa coincidencia, efectivamente se convirtió en estatua de sal. Lo que viene a demostrar, ¿qué? Quiero decir que hoy en día uno nunca sabe dónde se encuentra.

—El tiempo seguía su curso. Tom sacó el estuche y se lo entregó a Spode, quien comentó, «Ah, es esto, ¿no?» o alguna majadería por el estilo, y en aquel preciso instante, con la mano del destino a punto de descender, apareció Seppings, probablemente enviado por mi ángel de la guarda, y anunció a Tom que lo llamaban

al teléfono. «¿Eh? ¿Qué? ¿Qué?», dijo Tom, como es su práctica invariable cada vez que le dicen que lo llaman al teléfono, y hacia allí se fue, seguido de Seppings. ¡Uff! —exclamó, y volvió a detenerse para tomar aliento.

—Escucha… —dije.

—Ya puedes imaginar cómo me sentía. Aquel espléndido golpe de suerte había cambiado todo el aspecto de la situación. Durante horas y horas no había dejado de preguntarme cómo podría hablar a solas con Spode, y por fin se me presentaba la oportunidad. Puedes apostar a que no desperdicié ni un segundo. «¿Se da usted cuenta, lord Sidcup?», le dije en tono persuasivo. «Todavía no he tenido un momento para hablarle de nuestras amistades mutuas y de aquellos felices días en Totleigh Towers. ¿Cómo está el querido sir Watkyn Bassett?», inquirí, siempre en tono persuasivo. Casi se podría decir que lo arrullaba.

—Escucha…

Me hizo callar con un gesto imperioso.

—¡No me interrumpas, maldita sea! Nunca he visto a alguien con tantas ganas de acaparar la conversación. Sólo piensas en hablar tú. ¿No puedes escuchar mientras te cuento la mayor historia que ha ocurrido por estos lares desde hace años? ¿Por dónde iba? Ah, sí. «¿Cómo está el querido sir Watkyn?», pregunté, y él me contestó que el querido sir Watkyn estaba la mar de campante. «¿Y la querida Madeline?», pregunté, y él me contestó que la querida Madeline funcionaba a la perfección. Y entonces respiré hondo y disparé. «¿Y qué tal va ese negocio suyo de ropa interior femenina?», pregunté. «Eulalie Soeurs, ¿no se llama así? Confío en que seguirá haciendo dinero, ¿no?». Y al instante siguiente habrías podido derribarme con una pluma. Pues, con una cordial carcajada, respondió: «¿Eulalie Soeurs? Oh, eso ya nada tiene que ver conmigo. Lo vendí hace siglos. Ahora es una sociedad anónima». Y mientras yo lo miraba boquiabierta, todo mi plan de campaña hecho trizas, añadió: «Bien, vamos a echar una ojeada a este collar. El señor Travers dice que está muy interesado en conocer mi opinión». Aplicó el pulgar al cierre. El estuche se abrió. Y yo estaba encomendando mi alma a Dios y diciéndome que aquello era el fin, cuando mi pie tropezó con algo y, al bajar la vista al suelo… esto no vas a creerlo… vi una cachiporra.

Hizo una nueva pausa, tomó un cargamento de aire a toda prisa y prosiguió.

—¡Sí, señor! ¡Una cachiporra! Tú no debes saber qué es eso, naturalmente, conque te lo voy a explicar. Se trata de un pequeño instrumento de goma, muy utilizado por las clases criminales para zumbar a sus amigos y familiares. Esperan a que la suegra vuelva la espalda y entonces le dan a la parienta en plena cresta. Es el último grito en los círculos del bajo mundo, y ahí tenía yo una, como te digo, tirada a mis pies.

—Escuche… —dije.

Recibí una vez más el gesto imperioso.

—Bien, por unos instantes no me dijo palabra. La recogí automáticamente, como una buena ama de casa que no gusta de ver cosas tiradas por el suelo, pero nada significaba para mí. Sencillamente, no se me ocurría pensar que mi ángel de la guarda había dirigido mis pasos y estaba indicándome la solución a mis problemas y perplejidades. Y de pronto, en un relámpago cegador, se me ocurrió. Comprendí a dónde quería ir a parar ese buen ángel de la guarda. Finalmente, había conseguido penetrar el hueso e introducir el mensaje en mi cabezota. Ahí estaba Spode, vuelto de espaldas, comenzando a extraer el collar de su estuche…

Di una boqueada gutural.

—No le habrá atizado, ¿no?

—Por supuesto que le aticé. ¿Qué querías que hiciera? ¿Qué hubiera hecho Napoleón? Alcé la muñeca con soltura, le di un buen balanceo y le descargué con mucho impulso, y él cayó por tierra sin saber qué le ocurría.

No me costó creerlo. Así mismo había caído el agente Dobbs en Deverill Hall.

—Ahora está en la cama, convencido de que sufrió un acceso de vértigo y se golpeó la cabeza al caer. No te preocupes por Spode. Una buena noche de reposo y una dieta blanda, y mañana lo tendremos fresco como una lechuga. ¡Y yo tengo el collar, tengo el collar, tengo el maldito collar, y me siento como si pudiera coger una par de tigres y anudarlos por el cuello!

Me quedé boquiabierto. La calabaza me daba vueltas. A través de la neblina que se había alzado ante mis ojos, tía Dahlia parecía oscilar como una tía arrastrada a las alturas por un vendaval.

—¿Dice que tiene el collar? —farfullé.

—Puedes estar bien seguro de ello.

—Entonces —proseguí, con una voz tan apagada como jamás ha surgido de entre labios humanos—, ¿qué es esto que tengo aquí?

Y exhibí el cuerpo del delito.

Durante un tiempo resultó evidente que tía Dahlia no había seguido la secuencia de la historia. Miró el collar, me miró a mí, volvió a mirar el collar. No se hizo cargo de la situación hasta que no se la expuse con pelos y señales.

—Pues claro que sí —dijo al fin, desarrugando la frente—. Ya comprendo. Con todo eso de llamar a Tom, y explicarle que Spode había sufrido una especie de ataque, y escucharle decir «¡Oh, Dios mío! ¡Ahora tendremos que alojar a esté botarate hasta mañana!», y tratar de consolarlo, y ayudar a Seppings a trasladar los restos hasta la cama y todo eso, me olvidé de sugerir que cerraran la caja fuerte. Y a Tom, naturalmente, ni se le ocurrió. Estaba demasiado ocupado tirándose de los pelos y asegurando que era la última vez que invitaba a cenar a un conocido del club, por

todos los santos, porque es bien sabido que lo primero que hacen los conocidos del club al encontrarse en casa de alguien es tener ataques y aprovecharse de ello para incrustarse en el maderamen semanas y semanas. Y entonces llegaste tú…

—… y registré la caja. Encontré un collar de perlas y creyendo, lógicamente, que era el tuyo…

—… te lo apropiaste. Muy decente por tu parte, Bertie, querido, y te agradezco la buena intención. Si hubieras estado aquí esta mañana, te habría dicho que Tom insistió en que todo el mundo depositara sus objetos de valor en la caja fuerte, pero te habías ido a Londres. A propósito, ¿se puede saber qué te llevó allí?

—Fui en busca de la cachiporra, otrora propiedad de Thos, el hijo de tía Agatha. Últimamente he tenido algunos problemas con el Amenazas.

Me contempló con ojos cargados de adoración, profundamente conmovida.

—¿Fuiste tú, mi corazón de oro, quien trajo esa cachiporra a casa? —inquirió con voz entrecortada—. Yo lo había atribuido todo a la actividad del ángel de la guarda. Oh, Bertie, si alguna vez he dicho que eras un pelagatos sin cerebro que merecería recibir una beca para un buen asilo de lunáticos, retiro mis palabras.

Se lo agradecí secamente.

—Pero, ¿qué va a pasar ahora?

—Yo daré tres vítores y empezaré a esparcir rosas de mi sombrero. Fruncí el entrecejo con ligera impaciencia.

—No estoy hablando de usted, querida vieja antepasada, sino de su sobrino Bertram, quien se halla sumergido hasta el cuello en *mulligatawny* y es susceptible de hundirse en cualquier momento sin dejar huellas. Aquí estoy, en posesión del collar de perlas de alguien…

—Es de Mamá Trotter. Ahora lo reconozco. Se lo pone por las noches.

—Bien. Hasta aquí, todo correcto. Ya sabemos que la pieza pertenece a Mamá Trotter. Una vez establecido este punto, ¿cuál es el mejor curso de acción que se me ofrece?

—Devuélvelo.

—¿A la caja fuerte?

—Eso es. Devuélvelo a la caja fuerte.

La idea me pareció admirable, y me pregunté cómo no se me había ocurrido a mí.

—¡Ha dado en el clavo! —exclamé—. Sí, lo devolveré a la caja fuerte.

—Yo en tu lugar lo haría ahora mismo. No hay momento como el presente.

—Eso haré. Oh, a propósito, ha llegado Daphne Dolores Morehead. Está paseando por la finca con Stilton.

—¿Qué impresión te ha producido?

—Es una alegría para la vista, si me permite la expresión. No sabía que hoy en día se fabricaran novelistas como ella.

Habría seguido explayándome acerca de la favorable opinión que la corteza exterior de la joven visitante me había merecido, pero en aquel instante la figura de Mamá Trotter se cernió en el umbral. Me contempló como si juzgara que, en conjunto, resultaba totalmente superfluo.

—Oh, buenas tardes, señor Wooster —me saludó en un tono como distante—. Tenía la esperanza de hablar con usted a solas, señora Travers —añadió, con el tacto innato que la había convertido en el no va más de Liverpool.

—Ya me iba —le aseguré—. Hermosa tarde.

—Muy hermosa.

—Bien, hasta la vista —me despedí, y encaminé mis pasos hacia el vestíbulo, sintiéndome bastante animado porque una parte al menos de mis problemas iba a resolverse de inmediato. Si la caja fuerte estaba abierta, por supuesto.

Lo estaba. Y había llegado ya junto a ella y me encontraba a punto de transferir el estuche a su interior cuando una voz habló a mis espaldas, y, al volverme como un cervatillo asustado, divisé a L. G. Trotter.

Desde mi llegada a Brinkley Court no había confraternizado en gran medida con este fulano de cara de comadreja. Me daba la impresión, como ya había sucedido en aquella primera cena, de que no se sentía terriblemente interesado en frecuentar la compañía de la joven generación. Por consiguiente, me sorprendió que mostrara deseos de charlar conmigo precisamente en ese momento, y pensé que ojala se le hubiera ocurrido elegir un momento más oportuno. Con aquel collar en mi poder, lo que yo más deseaba era la soledad.

—Hola —dijo—. ¿Dónde está su tía?

—Se encuentra en su habitación —respondí—, hablando con la señora Trotter.

—Oh. Bien, cuando la vea, dígale que me he ido a la cama.

—¿A la cama? Pero si la noche todavía es joven.

—Tengo uno de mis ataques dispépticos. ¿No llevará por casualidad alguna píldora digestiva?

—Lo siento. He salido sin ellas.

—¡Diablos! —gruñó, frotándose el abdomen—. Estoy sufriendo una verdadera agonía. Tengo la sensación de haberme tragado un par de gatos monteses. ¡Caramba! —prosiguió, cambiando de tema—. ¿Qué hace esa caja fuerte con la puerta abierta?

Aventuré la suposición de que alguien debía haberla abierto, y él asintió como si juzgara verosímil la teoría.

—Un maldito descuido —sentenció—. Así es como luego roban las cosas.

Y ante mis ojos muy abiertos, avanzó hacia la caja fuerte y dio un empujón a la puerta. Se cerró con un chasquido.

—¡Uff! —exclamó, frotándose de nuevo el abdomen, y con un breve «Buenas noches», se dirigió hacia las escaleras y me dejó paralizado en mi lugar. La mujer de

Lot no habría podido estar más tiesa.

Cualquier posibilidad que hubiera tenido de devolver cosas a la caja fuerte, se la había llevado el viento.

XIX

No sé si tengo una imaginación particularmente vívida —es posible que no, quizá—, pero en circunstancias como las que acabo de bosquejarles no se necesita una imaginación muy vívida para poder intuir la configuración de las cosas por venir. Podía ver qué reservaba el futuro para Bertram con tanta claridad como si hubiera sido la línea superior de la tabla de un oculista.

Mientras seguía allí parado, contemplando boquiabierto la caja fuerte cerrada, ante mis ojos se formó una visión en la que interveníamos yo y un inspector de policía, este último secundado por un sargento de apariencia desacostumbradamente feroz.

—¿Vendrá usted sin oponer resistencia, Wooster? —decía el inspector.

—¿Quién, yo? —respondí, temblando de pies a cabeza—. No sé de qué me habla.

—Ja, ja, ja —rió el inspector—. Ésta sí que es buena, ¿eh, Fotheringay?

—Muy ingeniosa, señor —asintió el sargento—. Me hace reír, vaya que sí.

—Demasiado tarde para este tipo de cosas, amigo —prosiguió el inspector, adoptando de nuevo una actitud severa—. El juego ha terminado. Disponemos de pruebas que demuestran que se dirigió usted a esta caja fuerte y sustrajo de su interior un valioso collar de perlas, propiedad de la señora Trotter. Si eso no le vale cinco años en chirona, pierdo mi apuesta.

—Pero, se lo aseguro, yo creía que era de tía Dahlia.

—Ja, ja —rió el inspector.

—Ja, ja —gorjeó el sargento.

—Bonita historia —comentó el inspector—. Cuéntesela al jurado y ya verá qué opinan de ella. ¡Fotheringay, las esposas!

Tal fue la visión que se desarrolló ante mis ojos mientras contemplaba la puerta de la caja fuerte. Me encogí como un caracol bajo la sal. Fuera, en el jardín, los pájaros entonaban sus cantos de vísperas, y me dio la impresión de que cada uno de dichos pájaros comentaba: «Bien, muchachos, Wooster ya está listo. No veremos mucho a Wooster durante los próximos años. Qué pena, qué pena. Era un buen chico, hasta que se dedicó a delinquir».

Un gemido quedo escapó de mis labios, pero antes de que otro pudiera seguirlo, eché a correr hacia la habitación de tía Dahlia. Al llegar me crucé con Mamá Trotter, que ya salía. Me dirigió una mirada austera y siguió su camino. Encontré a la vieja parienta sentada en su butaca, muy erguida, con la vista perdida en el vacío, y de inmediato percibí que acababa de ocurrir algo que había vuelto a inyectar una escarcha negra en su ánimo soleado. La novela de Agatha Christie yacía olvidada en el suelo, desplazada sin duda de su regazo por un estremecimiento de horror.

Por lo general, no creo que haga falta decirlo, mi política al descubrir esta vieja

alma de ley en estado casi comatoso habría consistido en propinarle una palmada entre los omóplatos y animarla a mantener la cola en alto, pero mis problemas personales me dejaban escasa energía para dar aliento a tías. Fuera cual fuese el desastre o cataclismo que le había sobrevenido, me dije, difícilmente podría aspirar a clasificarse en la misma categoría que el que me había sobrevenido a mí.

—Escuche —comencé—. ¡Ha ocurrido algo espantoso!

Ella asintió lúgubremente. Una mártir en la pira se hubiera mostrado más jovial.

—Puedes apostar tus calcetines heliotropo a que si —respondió—. Mamá Trotter, maldita sea, se ha quitado la careta. Quiere a Anatole.

—¿Y quién no?

Durante un instante pareció que iba a levantarse y darle a su amado sobrino en plena cabeza, pero, con un poderoso esfuerzo, se mantuvo calmada. Bien, cuando digo que se mantuvo calmada no quiero decir que cesara de hervir interiormente, pero restringió sus actividades a la palabra hablada.

—¿Pero es que no lo entiendes, asno? Ha puesto las cartas encima de la mesa y dictado sus condiciones. Dice que no consentirá que Trotter compre el *Boudoir* si no le cedo a Anatole.

El hecho de que mi reacción a esta declaración pavorosa fuese prácticamente nula demuestra bien a las claras cuán profundamente me había perturbado el aprieto en que me hallaba. Informado en cualquier otra ocasión de que existía siquiera una remota posibilidad de que aquel soberbio cocinero presentara su dimisión y se fuera a desperdiciar su talento en la atmósfera desierta del hogar de los Trotter, no cabe la menor duda de que yo habría palidecido, boqueado y vacilado, pero en aquel momento, como digo, escuché las fatídicas palabras casi sin inmutarme.

—¿Ah, s? ¿De veras? —repliqué—. Escúcheme, vieja sangre de mi sangre. Justo cuando llegaba a la caja fuerte e iba a devolver las perlas de la Trotter, ese zopenco de L. G. Trotter cerró la puerta con la mayor desconsideración, lo que frustró mis pretensiones y objetivos y me dejó en las zarpas del apuro. Estoy temblando como una hoja.

—Yo también.

—No sé qué hacer.

—Yo tampoco.

—Busco en vano una salida de este *impasse*, como lo llaman los franceses.

—Lo mismo que yo —declaró, y, recogiendo la novela de Agatha Christie, la arrojó contra un jarrón que pasaba. Cuando se siente profundamente perturbada, siempre se muestra inclinada a dar patadas a las cosas y a arrojar cosas. En Totleigh Towers, durante una de nuestras conferencias más agitadas, despojó a la repisa de la chimenea de mi habitación de todo su contenido, entre el que figuraba un elefante de terracota y una estatuilla de porcelana del infante Samuel en oración—. No creo que

mujer alguna haya debido enfrentarse jamás a un problema semejante —prosiguió—. Por una parte, la vida sin Anatole es algo casi imposible…

—Aquí estoy, cargado con un valioso collar de perlas propiedad de la señora Trotter, y cuando se descubra…

—… de concebir. Por otra…

—… su pérdida, se oirán gritos y chillidos, serán convocados inspectores y sargentos…

—… parte, debo vender la revista o no podré desempeñar mi collar. Conque…

—… y seré descubierto con lo que se conoce como hielo caliente sobre mi persona.

—¡Hielo!

—Y sabe tan bien como yo qué le ocurre a la gente que es descubierta en posesión de hielo caliente.

—Hielo! —repitió, y suspiró como soñando despierta—. Pienso en sus langostinos en gelatina helada y me digo que no podría afrontar una vida sin la cocina de Anatole. ¡Esa *Selle d'Agneau a la Grecque*! ¡Esa *Mignonette de Poulet Róti Petit Duc*! ¡Esos *Nonats de la Mediterranée au Fenouil*! Pero luego pienso que debo ser práctica. Tengo que recuperar el collar, y la única manera de recuperarlo es… ¡Por el santo patrón de todos los fogones! —vociferó, si ésta es la palabra, la angustia inscrita en todos sus rasgos—. ¡No sé qué va a decir Tom cuando se entere de que Anatole se marcha!

—Y yo no sé qué va a decir cuando se entere de que su sobrino está cumpliendo condena en Dartmoor.

—¿Eh?

—Cumpliendo condena en Dartmoor.

—¿Quién va a cumplir condena en Dartmoor?

—Yo.

—¿Tú?

—Yo.

—¿Por qué?

Le dirigí una mirada que, estrictamente hablando, supongo que ningún sobrino debiera dirigir a una tía. Pero me encontraba sumamente exasperado.

—¿Es que no me escuchaba? —inquirí.

Ella replicó con idéntico acaloramiento.

—Pues claro que no te escuchaba. ¿Acaso crees que, cuando me enfrento a la perspectiva de perder al mejor cocinero de todos los condados del centro de Inglaterra, tengo tiempo para atender a tu insulsa conversación? ¿Qué estabas farfullando?

Me erguí. El término «farfullar» me había dolido.

—Sencillamente, me limitaba a mencionar que, debido a que ese asno de L. G. Trotter cerró la puerta de la caja fuerte antes de que pudiera depositar en ella el collar fatal, no he podido desprenderme de él. Lo he descrito como hielo caliente.

—Oh. ¿Era eso lo que decías acerca del hielo?

—Eso era. También he aventurado la predicción de que, antes de lo que tarda un pato en sacudir dos veces la cola, inspectores y sargentos caerán en manadas sobre mí y me conducirán a chirona.

—Tonterías. ¿Por qué va alguien a suponer que has tenido algo que ver con el asunto?

Me reí. Una de esas risas breves y amargas.

—¿No cree que el hecho de que encuentren la maldita cosa en el bolsillo de mis pantalones puede despertar sus sospechas? En cualquier momento puedo ser sorprendido con la mercancía encima, y no necesita haber leído muchas novelas policíacas para saber qué les ocurre a los desdichados que son sorprendidos con la mercancía encima. Les dan en todo el cuello.

Advertí que se hallaba profundamente conmovida. En mis horas de alegría, esta tía es a veces imprevisible, esquiva y difícil de complacer, y, cuando era más joven, con frecuencia me atizaba en la oreja si juzgaba que mi conducta requería tal gesto, pero que un peligro real amenace a Bertram y allí estará ella, a su lado hasta el final.

—Esto no está bien —decidió, recogiendo una banqueta pequeña y lanzándola contra una pastora de porcelana que adornaba la repisa de la chimenea.

Suscribí su opinión, y añadí que estaba espantosamente mal.

—Tendrás que…

—¡Chis!

—¿Eh?

—¡Chis!

—¿Qué significa, Chis?

Lo que dicho monosílabo significaba era que acababa de oír unos pasos que se acercaban a la puerta. Antes de que pudiera explicárselo así, el pomo giró bruscamente y tío Tom hizo su entrada.

Mi oído me dijo al instante que no todo iba bien con este pariente político. Cuando a tío Tom le ronda algo por la cabeza, hace tintinear las llaves. Y en ese momento tintineaba como un xilófono. Sus facciones presentaban la expresión macilenta y preocupada que suelen presentar cuando le anuncian la inminente llegada de invitados para el fin de semana.

—¡Es un castigo! —exclamó, lanzándose a hablar con una vigorosa exhalación.

Tía Dahlia disimuló su agitación con lo que imagino creería una sonrisa cordial.

—Hola, Tom, pasa y únete al grupo. ¿Qué es un castigo?

—Esto. Para mi. Por mi debilidad al permitir que invitaras a esos infernales

Trotter. Sabía que ocurriría algo atroz. Lo sentía en los huesos. No se puede llenar la casa de gente como ésta sin cortejar el desastre. Es de razón. Él tiene cara de comadreja, ella pesa diez kilos de más y ese hijo suyo lleva patillas. Fue una locura dejarles cruzar el umbral. ¿Sabes qué ha pasado?

—No. ¿Qué?

—¡Alguien le ha robado el collar!

—¡Santo cielo!

—Ya suponía que esto iba a sacudirte —dijo tío Tom, con una lúgubre expresión de triunfo—. Acaba de acorralarme en el vestíbulo y me ha dicho que quería la cosa para llevarla durante la cena. Hemos ido a la caja fuerte, la he abierto y no estaba.

Me dije que debía mantenerme muy sereno.

—¿Quieres decir —inquirí— que ha desaparecido? Me dirigió una mirada bastante desagradable.

—¡Tienes un cerebro prodigioso! —observó.

—Bien, así es, desde luego.

—Pero, ¿cómo puede haber desaparecido? —pregunté—. ¿Estaba abierta la caja fuerte?

—No, cerrada. Pero debí dejármela abierta. Todo aquel jaleo de llevar ese horripilante Sidcup a la cama distrajo mi atención.

Creo que estaba a punto de decir que esto demostraba lo que ocurría cuando se admitían personas así en la casa, pero se contuvo al recordar que era él quien lo había invitado.

—Bien, así están las cosas —concluyó—. Parece que ha entrado alguien mientras estábamos arriba, visto la caja fuerte abierta y aprovechado la ocasión. Esa mujer Trotter está armando la de Dios es Cristo, y sólo mis apremiantes súplicas le han impedido llamar a la policía en el mismo instante. Le he explicado que obtendríamos mejores resultados con una investigación discreta. Le he dicho que no quería un escándalo. Pero dudo de que hubiera logrado persuadirla si no hubiese llegado ese joven Gorringe y me hubiera apoyado. Un joven la mar de inteligente, a pesar de las patillas.

Carraspeé con aire despreocupado. Por lo menos, intenté hacerlo con aire despreocupado.

—Entonces, ¿qué medidas piensa tomar, tío Tom?

—Pienso excusarme durante la cena, alegando un dolor de cabeza —y efectivamente lo tengo, no me importa decíroslo— y subir a registrar las habitaciones. Cabe la posibilidad de que descubra algo. Mientras tanto, voy a prepararme una copa. Todo este asunto me ha perturbado considerablemente. ¿Me acompañas a tomar un trago rápido, Bertie, muchacho?

—Creo que me quedaré aquí, si no le importa —respondí—: Tía Dahlia y yo

estamos charlando de unas cosas y otras.

Produjo un *obligato* final con las llaves.

—Bien, como gustes, pero, en mi actual estado de ánimo, me parece extraño que alguien pueda rechazar un trago. Nunca lo hubiera creído posible.

Cuando la puerta se cerró a sus espaldas, tía Dahlia expulsó el aire como un estertor de muerte.

—¡Válgame Dios! —exclamó.

Me pareció que era el *mot juste*.

—¿Qué cree que debemos hacer ahora? —pregunté.

—Yo sé qué me gustaría hacer. Me gustaría plantear todo el asunto a Jeeves, si ciertos cabezotas no le hubieran permitido ir de parranda a Londres justo cuando más falta nos hace.

—A estas horas, puede que ya haya vuelto.

—Llama a Seppings y pregúntaselo. Pulsé el timbre. .

—Oh, Seppings —comencé, cuando hubo llegado y preguntado si llamaba la señora—. ¿Ha regresado ya Jeeves?

—Sí, señor.

—En tal caso, hágalo venir a la mayor velocidad.

Y unos instantes más tarde el hombre se hallaba entre nosotros, con un aspecto tan cerebral e inteligente que el corazón me saltó en el pecho como si hubiera divisado un arco iris en el firmamento.

—Oh, Jeeves —aullé.

—Oh, Jeeves —aulló tía Dahlia, empatando conmigo.

—Después de usted —dije.

—No, tú primero —replicó ella, cediéndome cortésmente el campo—. Tu aprieto es peor que mi aprieto. El mío puede esperar.

Me sentí conmovido.

—Muy digno de usted, vieja gallina —observé—. Se lo agradezco mucho. Jeeves, preste oído, por favor. Han surgido ciertos problemas.

—¿Sí, señor?

—Dos en total.

—¿Sí, señor?

—¿Podemos llamarlos problema A y problema B?

—Ciertamente, señor, si lo desea.

—Pues aquí está el problema A, el que me afecta a mí.

Le puse al corriente de la situación, exponiendo los hechos de manera clara y precisa.

—Conque ya ve, Jeeves. Aplique su cerebro al asunto. Si desea pasearse por el corredor, no se prive de hacerlo.

—No será necesario, señor. Uno ve lo que se debe hacer.

Respondí que me complacería mucho que pudiera disponerlo de manera que pudieran verlo dos.

—Debe usted restituir el collar a la señora Trotter, señor.

—¿Que se lo devuelva, quiere decir?

—Precisamente, señor.

—Pero, Jeeves —objeté, con voz un poco temblorosa—, ¿no le sorprenderá que el maldito objeto haya ido a caer en mis garras? ¿No indagará y preguntará, y tras haber indagado y preguntado correrá al teléfono para dar curso a su pedido de inspectores y sargentos?

En la comisura de sus labios se contrajo un músculo con indulgencia.

—La restitución, naturalmente, debería realizarse en secreto, señor. Yo aconsejaría dejar la joya en el aposento de la señora en un momento en que se hallara desocupado. Posiblemente mientras ella estuviera sentada a la mesa de la cena.

—Pero yo también tendré que estar en la mesa de la cena. No puedo decir: «Oh, disculpen», y precipitarme escaleras arriba a mitad del primer plato.

—Iba a sugerir que me permitiera encargarme del asunto, señor. Mis movimientos estarán menos limitados.

—¿Quiere decir que se ocupará usted de todo?

—Si me entrega la joya, señor, tendré mucho gusto en hacerlo. Quedé abrumado. Ardía de remordimiento y vergüenza. Vi cuán equivocado me hallaba al suponer que Jeeves estaba diciendo disparates.

—¡Dios mío, Jeeves! Esto es bastante feudal.

—De ninguna manera, señor.

—Ha resuelto usted todo el problema. Rem…, ¿cómo era esa expresión suya?

—*Rem acu tetigisti*, señor.

—Eso es. Significa «Ha puesto el dedo en la llaga», ¿no es eso?

—Ésa sería una traducción libre del latín, señor. Me complace haber sido útil. Pero me ha parecido entender que estaba usted preocupado por una segunda cuestión, señor.

—El problema B es mío, Jeeves —intervino tía Dahlia, que durante este breve diálogo había permanecido entre bastidores, un poco irritada porque no se le permitiese ocupar el escenario—. Se trata de Anatole.

—¿Sí, señora?

—La señora Trotter lo quiere para ella.

—¿De veras, señora?

—Y dice que no dejará que Trotter compre mi *Boudoir* si no se lo cedo. Y ya sabe que es esencial que venda el *Boudoir*. ¡Por todos los espíritus del nitrato! —exclamó apasionadamente la anciana parienta—. ¡Si hubiera algún modo de inyectar un poco

de gallardía en L. G. Trotter y conseguir que se alzara ante su mujer y la desafiara!

—Lo hay, señora.

Tía Dahlia dio un salto de unos dos palmos y cuarto. Fue como si esta tranquila respuesta hubiera sido una daga de diseño oriental insertada en la parte carnosa de su pierna.

—¿Qué ha dicho, Jeeves? ¿Ha dicho que lo había?

—Sí, señora. Considero que inducir al señor Trotter a rechazar los designios de su esposa será una cuestión razonablemente sencilla. No quería apagar el entusiasmo de los presentes, pero me vi obligado a intervenir.

—Me sabe muy mal tener que apartar la copa de gozo de sus labios, viejo espíritu atormentado —comencé—, pero temo que todo esto se clasifique como mera expresión de deseos. ¡Vamos, Jeeves! Habla usted… ¿se dice «a la ligera»?

—A la ligera o sin reflexionar, señor.

—Gracias, Jeeves. Habla usted a la ligera o sin reflexionar de inducir a L. G. Trotter a que se desprenda del yugo y desafíe a su tierna mitad, pero creo que se muestra en exceso… maldita sea, he olvidado la palabra.

—¿Ufano, señor?

—Eso es. Ufano. Aunque mi trato con la pareja ha sido breve, le he tomado bien la medida a este L. G. Trotter. Su actitud hacia Mamá Trotter es la de un gusano excepcionalmente apocado hacia gallina tirando a vigorosa. Una palabra de ella, y se acurruca hecho una bola. Así que ¿dónde deja eso su sencilla cuestión de rechazar designios?

Creí que aquí lo había pillado, pero no.

—Si permite que me explique. He sabido por el señor Seppings, que ha tenido ocasión de escuchar los comentarios de la señora Trotter, que la señora Trotter abriga ambiciones sociales y experimenta el intenso anhelo de ver al señor Trotter nombrado caballero.

Tía Dahlia asintió.

—Sí, es verdad. Siempre está hablando de lo mismo. Al parecer, considera que sería un buen chasco para la señora Alderman Blenkinsop.

—Precisamente, señora.

Lo encontré sorprendente.

—¿Es que otorgan títulos a los pájaros como ése?

—Oh, sí, señor. Un caballero tan destacado en el mundo editorial como lo es el señor Trotter se halla siempre en inminente peligro de recibir la descarga.

—¿Peligro? ¿Es que a estos tipos no les gustan los títulos?

—No cuando poseen la disposición retraída del señor Trotter, señor. Para él sería una prueba muy dura. El ceremonial obliga a lucir calzón corto de satén y a caminar hacia atrás con una espada entre las piernas, y no es en absoluto la clase de cosa que

un caballero de sensibilidad y hábitos regulares pueda hallar de su gusto. Y sin duda le arredra la perspectiva de oírse llamar sir Lemuel durante el resto de sus días.

—No me diga que se llama Lemuel.

—Eso temo, señor.

—¿No podría utilizar su segundo nombre?

—Su segundo nombre es Gengulphus.

—¡Santo cielo, Jeeves! —exclamé, pensando en el viejo tío Tom Portarlington—. Desde luego, en la pila bautismal a veces se cometen actos execrables, ¿no cree?

—Ciertamente, señor.

Tía Dahlia parecía perpleja, como alguien que intenta en vano poner el dedo en la llaga.

—Y todo esto, ¿conduce a alguna parte, Jeeves?

—Sí, señora. Iba a aventurar la sugerencia de que, si se diese a entender al señor Trotter que la alternativa a comprar el *Milady's Boudoir* era el descubrimiento por parte de la señora Trotter de que le había sido ofrecido un título de caballero y él lo había rechazado, tal vez entonces la señora lo encontraría mucho más fácil de moldear que en el pasado, señora.

Esto dio a tía Dahlia justo entre los ojos como un calcetín relleno de arena mojada. Se tambaleó y, buscando un asidero, aferró la parte superior de mi brazo derecho y me dio un apretón endiablado. Este tormento hizo que se me escapara su siguiente observación, aunque como sin duda no fue más que un «¡Dios mío!», «¡Cielos!» u otra exclamación por el estilo, supongo que no me perdí gran cosa. Cuando la niebla se disipó ante mis ojos y volví a ser yo mismo, Jeeves tenía de nuevo la palabra.

—Parece ser que, hace algunos meses, la señora Trotter insistió en que el señor Trotter contratara los servicios de un asistente personal, un joven llamado Worple, y Worple logró rescatar de la papelera el borrador de la carta de rechazo enviada por el señor Trotter. Puesto que en fecha reciente Worple se convirtió en miembro del Ganímedes Junior, en cumplimiento del artículo once remitió el documento al secretario para que fuese incluido en los archivos del club. Gracias a la cortesía del secretario, pude consultarlo después de almorzar y en breve me será remitida una fotocopia del mismo por medio del correo. Creo que si mencionara usted este detalle al señor Trotter, señora…

Tía Dahlia profirió un grito de alegría de timbre semejante al de los que estaba acostumbrada a emitir en los viejos tiempos del *Quorn and Pytchley* cuando trataba de alentar a una jauría de sabuesos a que olfatearan el rastro y lo siguieran con ambos agujeros de la nariz.

—¡Lo tenemos frío!

—Eso tiende uno a imaginar, señora.

—Me ocuparé de él ahora mismo.

—No puedes —señalé—. Se ha ido a la cama. Un toque de dispepsia.

—Entonces, mañana en cuanto termine de desayunar —dijo tía Dahlia—. ¡Oh, Jeeves!

La emoción la abrumó, y volvió a sujetarse de mi brazo. Fue como si me hubiera mordido un caimán.

XX

Hacia las nueve de la mañana siguiente, en la escalinata principal dé Brinkley Court se hubiera podido contemplar un espectáculo insólito. Bertram Wooster bajaba a desayunar.

Es un hecho bien conocido en mi círculo el que sólo en contadísimas ocasiones participo en la colación matutina común, pues prefiero dar cuenta de los arenques o lo que sea en la intimidad de mi alcoba. Pero un hombre resuelto puede animarse a hacer casi cualquier cosa, en caso necesario, y yo estaba decidido a no perderme por nada del mundo el momento dramático en que tía Dahlia se arrancara las patillas falsas y anunciara a un amedrentado L. G. Trotter que lo sabía todo. El precio, en mi opinión, valía la pena.

Aunque tirando ligeramente a sonámbulo, no sé de otra ocasión en que haya sentido con mayor intensidad que la alondra estaba en el cielo y el caracol en el espino y Dios en Su Paraíso y todo en paz en el mundo. Gracias a la extraordinaria perspicacia de Jeeves, el problema de tía Dahlia estaba resuelto, y yo me hallaba en condiciones —si acaso deseara mostrarme tan maleducado— de reírme en las narices de cualesquiera inspectores y sargentos pudieran aparecer por allí. Además, antes de retirarme a descansar la noche anterior, había tomado la precaución de recobrar la cachiporra en poder de la vieja parienta, y de nuevo la llevaba encima. No es de extrañar, pues, que al entrar en el comedor estuviera a un pelo de echarme a cantar y gorjear como hacen los jilgueros, según se lo he oído expresar a Jeeves.

Lo primero que vi al cruzar el umbral fue a Stilton engullendo jamón, y lo siguiente a Daphne Dolores Morehead coronando su refrigerio con tostadas y mermelada.

—Ah, Bertie, muchacho —gritó el primero, blandiendo un tenedor del modo más amigable—. Conque aquí estás, Bertie, viejo amigo. Pasa, Bertie, pasa. Es magnífico verte con tan buen aspecto.

Su cordialidad me habría sorprendido más si no hubiera visto en ella un ardid o estratagema destinado a hacerme bajar la guardia e infundir en mí una falsa sensación de seguridad. Sumamente alerta, me acerqué al aparador y me serví salchichas y bacon con la mano izquierda, mientras la derecha reposaba sobre la cachiporra guardada en mi bolsillo. Esta guerra en la selva enseña a uno a no correr el menor riesgo.

—Hermosa mañana —observé, tras haber tomado asiento y humedecido los labios en una taza de café.

—Encantadora —asintió la Morehead, que más que nunca parecía una flor cubierta de rocío a la hora del alba—. D'Arcy va a llevarme a remar por el río.

—Sí —dijo Stilton, dirigiéndole una ardorosa mirada—. Uno considera que

Daphne debería ver el río. Podrías decirle a tu tía que no nos espere a la hora de almorzar. Iremos provistos de emparedados y huevos duros.

—Gracias a ese simpático mayordomo.

—Gracias, como bien dices, a ese simpático mayordomo, quien también ha pensado en proporcionarnos una botella de lo mejor sacada de la caja más vieja. Partiremos casi inmediatamente.

—Subiré a prepararme —anunció la Morehead.

Se levantó con una sonrisa deslumbrante, y Stilton, rebosante de jamón como se hallaba, se adelantó con galantería para abrirle la puerta. Cuando regresó a la mesa, me encontró blandiendo la cachiporra de un modo bastante visible.

—¡Hola! —exclamó—. ¿Qué estás haciendo con eso?

—Oh, nada —respondí con indiferencia—. Sólo he pensado que sería conveniente tenerla a mano.

Se tragó un pedazo de jamón con aire intrigado. De pronto, se iluminó su expresión.

—¡Dios mío! ¿No habrás creído que iba a meterme contigo, verdad?

Reconocí que una idea parecida me había pasado por la cabeza, y emitió una risa divertida.

—¡Santo cielo, no! Caramba, muchacho, si te considero mi mejor amigo.

Me pareció que, si la sesión del día anterior era una muestra del modo en que se comportaba con sus mejores amigos, los que no lo eran tanto debían de pasarlo bastante mal. Así se lo dije, y volvió a reírse de tan buena gana como si se hallara en el banquillo del tribunal policial de la calle Vinton mientras su señoría soltaba aquellos chascarrillos que convulsionaban a todos los presentes.

—Ah, eso —respondió, desechando el incidente con un ademán despreocupado —. Olvídalo, amigo mío. Quítatelo por completo de la cabeza, viejo camarada. Puede que me sintiera un poco molesto en la ocasión a que te refieres, pero ya no.

—¿No? —pregunté cautelosamente.

—Decididamente no. Ahora veo que tengo contigo una inmensa deuda de gratitud. De no ser por ti, puede que aún siguiera prometido con esa pelma de Florence. Muchas gracias, Bertie, amigo mío.

Bien, yo le respondí «De nada», «No hay de qué» o algo por el estilo, pero me daba vueltas la cabeza. Eso de levantarse para desayunar y oír a Cheesewright describir a Florence como una pelma… Era como si estuviese soñando.

—Yo creía que la amabas —señalé, clavando un desconcertado tenedor en mi salchicha.

—Volvió a reír. Sólo una masa carnosa de jovialidad como G. D'Arcy Cheesewright podía ser capaz de tanto regocijo a hora tan temprana.

—¿Quién, yo? ¡Dios mío, no! Puede que en algún momento lo haya imaginado

así… uno de esos encaprichamientos de adolescente… pero cuando dijo que mi cabeza era como una calabaza, me cayó la venda de los ojos y bajé de la higuera. ¡Una calabaza! No me importa decirte, Bertie, viejo camarada, que existen otras, y no cito nombres, que la han calificado de majestuosa. Sí, he sabido por una fuente digna de crédito que esta cabeza me hace parecer un rey entre los hombres. Esto te dará una idea aproximada de lo chiflada que está esa joven excéntrica de Florence Craye. Para mí, es un profundo alivio que me hayas ayudado a quitármela de encima.

Me dio las gracias de nuevo, y yo le respondí «No hay de qué», o quizá fuese «De nada». La cabeza me daba más vueltas que nunca.

—Entonces —inquirí, con un leve temblor en la voz—, ¿no crees que más adelante, cuando la sangre hirviente se haya enfriado, puede producirse una reconciliación?

—Imposible.

—Ya ha sucedido antes.

—No volverá a suceder. Ahora sé qué es el verdadero amor, Bertie. Te diré una cosa: cuando alguien, que permanecerá en el anonimato, me mira a los ojos y dice que al verme por primera vez notó que algo recorría su cuerpo como una descarga eléctrica, y eso a pesar de que yo entonces llevaba un bigote no menos repulsivo que el tuyo, me siento como si acabara de ganar el Remo de Diamante en las regatas de Henley. Entre Florence y yo, todo ha terminado. Es tuya, viejo. Quédatela, amigo mío, quédatela.

Bien, yo respondí algo cortés como «Muchas gracias», pero ya no me escuchaba. Una voz argentina había pronunciado su nombre, y, deteniéndose apenas un instante para engullir los últimos restos de jamón, Cheesewright salió disparado del comedor con cara encendida y ojos chispeantes.

Sus palabras me dejaron con el corazón como plomo en el pecho y las salchichas y el bacon convertidos en ceniza en mi boca. Esto, lo veía claramente, era el fin. Resultaba evidente para el ojo menos perspicaz que G. D'Arcy Cheesewright estaba completamente colado. Las acciones Morehead Preferentes estaban en alza, y las Craye Ordinarias estaban por el subsuelo por falta de compradores.

Y yo que había supuesto que a su debido tiempo se impondría la voz de la razón, haciendo que aquellos dos corazones divididos lamentaran la grieta que los separaba y decidieran hacer un nuevo intento, con lo que me salvaría del cadalso… Pero no debía ser así. Bertram estaba sentenciado. Tendría que apurar la amarga copa, después de todo.

Acababa de dar comienzo a la segunda entrega de café —sabía como la amarga copa— cuando entró L. G. Trotter.

Lo último que deseaba en mi debilitado estado era tener que intercambiar ideas con alguno de los Trotter, pero cuando uno está a solas en el comedor con otro

individuo es inevitable cruzar algún comentario, así que, mientras él se servía una taza de té, observé que hacía una mañana espléndida y le recomendé las salchichas y el bacon.

Trotter reaccionó vigorosamente, estremeciéndose de pies a cabeza.

—¿Salchichas? —dijo—. ¿Bacon? —dijo—. No me hable de salchichas y bacon —dijo—. Mi dispepsia está peor que nunca.

Bien, si tenía intención de abordar el tema de su estómago dolorido, yo estaba dispuesto a prestar un oído atento, pero de inmediato pasó a otra cuestión.

—¿Está usted casado? —quiso saber.

Esbocé una mueca fugaz y contesté que, de hecho, todavía no estaba casado.

—Ni lo estará nunca, si tiene una pizca de sentido —prosiguió, y por unos instantes caviló sombríamente ante su taza de té—. ¿Sabe que le ocurre a uno cuando se casa? Se convierte en un mandado. No puede decir que su alma sea suya. Uno se convierte en un simple número en el hogar.

Debo decir que me sorprendió un poco hallar tan confidencial a quien era, después de todo, un mero desconocido, pero lo atribuí a la dispepsia. Sin duda los dolores punzantes le habían privado del frío raciocinio.

—Tome un huevo —respondí, como para darle a entender que mi corazón estaba de su parte.

Se puso verde y ejecutó una difícil contorsión.

—¡No quiero huevos! ¡No siga diciéndome que coma cosas! ¿Cree usted que puedo mirar los huevos, de la manera en que me encuentro? Es toda esta infernal cocina francesa. No hay digestión que la resista. ¡El matrimonio! —exclamó, regresando al tema de antes—. No me hable de matrimonios. Se casa uno y, antes de darse cuenta, está cargado de hijastros que se dejan patillas y rehuyen toda clase de trabajo honrado. Lo único que hacen es escribir poemas sobre crepúsculos. ¡Bah!

Soy bastante perspicaz, y en este punto tuve la inspiración de que era tal vez posible que estuviera aludiendo indirectamente a su hijastro Percy. Pero antes de que pudiera confirmar tales sospechas, el comedor empezó a llenarse. Más o menos hacia las nueve y veinte, como era entonces la hora, suele verse desfilar a los habitantes de las mansiones rurales en dirección a la comida. Entró tía Dahlia y cogió un huevo frito. Entró la señora Trotter y cogió una salchicha. Entraron Percy y Florence y cogieron respectivamente una loncha de jamón y un pescado. Como no vi indicios de tío Tom, supuse que estaría desayunando en la cama. Tal es su costumbre cuando tiene invitados, pues rara vez se encuentra con ánimos para hacerles frente hasta haberse fortificado un poco para la severa prueba.

Los presentes habían agachado la cabeza y doblado los codos, y estaban atareados vaciando sus platos, cuando apareció Seppings con los periódicos de la mañana, y la conversación, que en ningún momento había sido arrolladora, decayó por completo.

Fue, por consiguiente, un grupo silencioso el que recibió al recién llegado, un hombre como de dos metros diez de estatura y rostro anguloso y recio, ligeramente enmostachado hacia el centro. Hacía algún tiempo que no veía a Roderick Spode, pero no tuve la menor dificultad para reconocerlo. Era uno de esos pájaros de aspecto característico, los cuales, una vez vistos, jamás se olvidan.

Estaba un poco pálido, pensé, como si recientemente hubiese sufrido un ataque de vértigo y se hubiera golpeado la cabeza contra el suelo. Dijo «Buenas días» con lo que para él era una voz bastante débil, y tía Dahlia apartó la mirada de su *Daily Mirror*.

—¡Caramba, lord Sidcup! —exclamó—. No esperaba que se sintiera usted con fuerzas para bajar a desayunar. ¿Seguro que no es una imprudencia? ¿Se encuentra mejor esta mañana?

—Considerablemente mejor, gracias —respondió valerosamente—. La hinchazón se ha reducido en cierta medida.

—Me alegro mucho. Eso son las compresas frías. Siempre resultan muy eficaces. Lord Sidcup —explicó tía Dahlia— sufrió una mala caída ayer por la tarde. Creemos que debió de ser un ataque repentino de vértigo. Todo se volvió negro, ¿no fue así, lord Sidcup?

Éste asintió con una inclinación de cabeza, y resultó de todo punto evidente que un instante después se arrepentía de haberlo hecho, pues contrajo las facciones como a veces las he contraído yo tras balancear irreflexivamente la calabaza después de una prominente noche de juerga en Los Zánganos.

—Sí —respondió—. Fue de lo más extraordinario. Me encontraba de pie, sintiéndome perfectamente bien… mejor que nunca, en realidad… cuando fue como si algo duro me hubiera golpeado la cabeza, y ya no recuerdo más hasta que recobré la conciencia en mi habitación, donde usted me arreglaba la almohada y su mayordomo me preparaba una bebida refrescante.

—Así es la vida —comentó tía Dahlia en tono grave—. Sí, señor, así mismo es la vida. Como digo a menudo, hoy estamos y mañana no estamos… Bertie, animal, llévate fuera ese asqueroso cigarrillo que estás fumando. Huele a guano.

Me puse de pie, siempre deseoso de hacer un favor, y había cubierto ya la mitad del camino hasta la puerta ventana que daba al jardín cuando desde los labios de la señora Trotter brotó súbitamente lo que sólo se puede describir como un chirrido. Ignoro si alguna vez habrán pisado un gato inadvertidamente. Una cosa muy parecida. Me volví rápidamente hacia ella y comprobé que su cara se había puesto casi tan roja como la de tía Dahlia.

—¡Bueno! —chilló.

Estaba contemplando *The Times*, el periódico que le había correspondido en la distribución de la prensa matutina, con una expresión muy semejante a aquella con

que un residente en la India hubiera podido contemplar una cobra de haberla encontrado anidada en su bañera.

—De todas las… —comenzó, pero le fallaron las palabras.

L. G. Trotter le dirigió la clase de mirada que la cobra hubiera podido dirigir al residente en la India que había interrumpido su baño mañanero. Comprendí cómo se sentía. A un hombre con dispepsia, y ya fuera de armonía con su esposa, no le gusta oír a dicha esposa chillar a todo pulmón en pleno desayuno.

—¿Qué pasa ahora? —inquirió en tono irritado.

El pecho de su mujer se alzaba y caía como un mar de teatro.

—¡Yo te diré qué pasa! ¡Pasa que han nombrado caballero a Robert Blenkinsop!

—¿Ah, sí? —dijo L. G. Trotter—. ¡Vaya por Dios!

La ofendida mujer pareció encontrar «¡Vaya por Dios!» insuficiente.

—¿Es eso todo lo que se te ocurre?

No lo era. A continuación, su marido agregó «¡Cáspita!». Ella siguió en erupción como uno de esos volcanes que despiertan de vez en cuando y dan algo que pensar a los habitantes de la comarca.

—¡Robert Blenkinsop! ¡Robert Blenkinsop! ¡De todas las idioteces inicuas…! No sé adónde vamos a ir a parar. Nunca había oído cosa tan… ¿Se puede saber por qué te ríes?

L. G. Trotter se arrugó bajo su mirada como una hoja de papel carbón.

—No me reía —protestó con mansedumbre—. Sólo sonreía. Me imaginaba a Bobby Blenkinsop andando hacia atrás con calzones cortos de satén.

—¿Oh? —dijo Mamá Trotter, y su voz resonó por la sala como la de una verdulera que anuncia a su público que tiene coles de Bruselas y naranjas sanguinas en venta—. Bien, pues deja que te diga que tú nunca te verás en esa situación. Si alguna vez te ofrecen un título de caballero, Lemuel, tú lo rechazarás. ¿Has comprendido? No consentiré que te abarates de esta manera.

Sonó un estrépito. Tía Dahlia había dejado caer su taza de café, y comprendí a la perfección cómo se sentía. Se sentía precisamente como me había sentido yo al saber por Percy que la papeleta de la apuesta para el torneo de dardos había cambiado de manos, lo que dejaba a Stilton en libertad de atacarme con uñas y dientes. Nada afecta más a una mujer que el repentino descubrimiento de que alguien a quien creía tener en su puño no está en su puño ni cosa que se le parezca. Lejos de estar en algún puño, L. G. Trotter se hallaba en la cresta de la ola, radiante y apuesto, con el sombrero ladeado sobre su cabeza, y no me sorprendió que esta constatación conmoviera a tía Dahlia hasta sus prendas interiores.

Durante el silencio que siguió a la respuesta de L. G. Trotter a este ultimátum de su esposa —un «De acuerdo», si la memoria no me engaña—, Seppings apareció en el umbral.

Portaba una bandeja de plata, y en esta bandeja reposaba un collar de perlas.

XXI

En los círculos en que Bertram Wooster acostumbra moverse, reina un consenso bastante generalizado en cuanto que no es hombre que arroje la toalla y se dé por vencido a las primeras de cambio. Bajo los tatachín tatachín de como quieran llamarlo, su cabeza, si el tiempo no lo impide, está por norma ensangrentada pero no humillada, y si los golpes y dardos de la insultante fortuna desean aplastar su espíritu orgulloso, tienen que arremangarse y hacer un esfuerzo especial.

Con todo, debo confesar que cuando fui testigo del espectáculo que acabo de describir, debilitado como me hallaba por el hecho de haber bajado a desayunar, experimenté un desfallecimiento. La tierra se hundió y, como había sucedido en el caso de Spode, todo se volvió negro. A través de una turbia neblina, me pareció contemplar a un mayordomo negro presentando una bandeja como la tinta a Mamá Trotter, que tenía todo el aspecto de haber participado en un *minstrel show*[14].

El suelo tembló bajo mis pies como si se hubiera desencadenado un terremoto de desacostumbrada intensidad. Mis ojos, sumidos en excelso frenesí, se agitaron y vagaron, y al cruzarse con los dé tía Dahlia vi que los de ella también lo hacían.

Aun así, hizo todo lo posible por mostrarse a la altura de las circunstancias, como siempre.

—¡Muy bien, Seppings! —exclamó cordialmente—. Estábamos todos preguntándonos dónde podía haberse metido este collar. Es el suyo, ¿no es así, señora Trotter?

Mamá Trotter escudriñó la citada bandeja a través de unos impertinentes.

—Es el mío, no hay duda —respondió—. Pero lo que me gustaría saber es cómo ha llegado a parar a manos de este hombre.

Tía Dahlia siguió mostrándose a la altura de las circunstancias.

—Supongo que lo encontraría en el suelo del vestíbulo, donde lord Sidcup debió dejarlo caer al sufrir su ataque, ¿no es eso, Seppings?

Era una sugerencia condenadamente buena, pensé, y fácilmente habría podido colar si Spode, el muy asno, no hubiera metido baza.

—No veo cómo hubiera podido suceder tal cosa, señora Travers —objetó, con ese tonillo suyo de superioridad que tan impopular lo ha vuelto en todos los sectores—. El collar que tenía en mis manos cuando perdí el sentido era el de usted. El de la señora Trotter, es de suponer, se encontraba en la caja fuerte.

—Sí —asintió Mamá Trotter—, y los collares de perlas no saltan por sí solos dé las cajas fuertes. Será mejor que me acerque al teléfono y tenga unas palabras con la policía.

Tía Dahlia enarcó las cejas. Debió de costarle algún esfuerzo, pero lo hizo.

—No comprendo, señora Trotter —observó, muy en su panel de *grande dame*—.

¿Está usted insinuando que mi mayordomo forzó la caja y robó su collar?

Spode habló de nuevo. Era uno de esos individuos insoportables que nunca saben cuándo han de mantener cerrada su bocaza. —¿Forzarla? ¿Por qué? —señaló—. No le hubiera hecho falta forzar la caja fuerte. La puerta estaba abierta.

—¡Ja! —exclamó Mamá Trotter, ajena al hecho de que los derechos de la palabra pertenecían a Stilton—. Así fue como sucedió, entonces. Sólo tuvo que meter la mano dentro y servirse. El teléfono está en el vestíbulo, ¿verdad?

Seppings hizo su primera contribución a este festival de la razón y respiradero del alma.

—Si pudiera explicarme, señora.

Habló con severidad. El reglamento de su gremio no permite que los mayordomos dirijan malas miradas a los huéspedes de sus patronos, pero, aun absteniéndose de malas miradas, Seppings no se mostró en absoluto afectuoso. Las repetidas alusiones de Mamá Trotter a teléfonos y policías le habían sentado mal, y estaba bastante claro que, fuera quien fuese el compañero que pudiera elegir para su próxima excursión a pie, no iba a ser Mamá Trotter.

—No he sido yo quien ha encontrado el collar, señora. Siguiendo instrucciones del señor Travers, he emprendido una búsqueda por las habitaciones del servicio y descubierto el objeto en cuestión en el dormitorio del señor Jeeves, el asistente personal del señor Wooster. Al presentar el hecho a la atención del señor Jeeves, me informó de que lo había recogido en el vestíbulo.

—¿Ah, sí? Bien, pues diga a este Jeeves que venga aquí inmediatamente.

—Muy bien, señora.

Seppings se retiró, y yo habría dado mucho por poderme retirar también, pues comprendí que, en cuestión de un par de latidos, se haría necesario que Bertram Wooster diese un paso al frente y lo revelara todo, divulgando ante el mundo las recientes actividades de tía Dahlia, si divulgar ante el mundo es la expresión que quiero decir, sumiendo a la desdichada vieja gallina en la vergüenza y la confusión. Sin duda la fidelidad feudal haría que Jeeves mantuviera cerrados los labios, pero uno no puede consentir que la gente vaya cerrando los labios si eso ha de valerles una condena ejemplar, con el añadido de algunos comentarios mordaces por parte del tribunal. Fueran cuales fuesen las consecuencias, habría que dar la cara. El código de los Wooster es muy rígido en este tipo de cuestiones.

Al contemplar á tía Dahlia, advertí que sus pensamientos seguían el mismo curso, y que no le gustaba en absoluto. Con una tez tan rubicunda como la suya no podía palidecer, pero sus labios se hallaban firmemente apretados y su mano, que estaba untando de mermelada una tostada, temblaba visiblemente. Todo su aspecto era el aspecto de una mujer que no necesita pitonisa ni bola de cristal para saber que antes de mucho tiempo sus maquinaciones secretas quedarían al descubierto.

Con tanta fijeza la miraba que sólo cuando una discreta tos rompió el silencio me di cuenta de que Jeeves se había unido a la pandilla. Permanecía en las inmediaciones, con un aire serenamente respetuoso.

—¿Señora? —inquirió.

—¡Óigame bien! —gritó Mamá Trotter.

Jeeves mantuvo su aire serenamente respetuoso. Si le había molestado que le gritaran «¡Óigame bien!», nada hubo en su actitud que lo delatara.

—El collar —prosiguió Mamá Trotter, dirigiéndole una mirada agorera a través de los impertinentes—. Dice el mayordomo que lo ha encontrado en su habitación.

—Sí, señora. Pensaba hacer indagaciones después del desayuno para averiguar quién era su legítima propietaria.

—Conque eso pensaba, ¿eh?

—Di por supuesto que se trataba de una baratija perteneciente a alguna de las criadas.

—¿Que era qué?

—Advertí de inmediato que era una simple imitación barata confeccionada con perlas cultivadas, señora —explicó.

No sé si conocerán ustedes la expresión «un silencio helado». La he encontrado con frecuencia en mis lecturas, cuando alguno de los personajes acaba de soltar una gorda ante la compañía reunida, y siempre me ha parecido una buena manera de describir esa especie de parálisis general que se produce en tales ocasiones. El silencio que cayó sobre la mesa del desayuno de Brinkley Court cuando Jeeves pronunció estas palabras era tan helado como un témpano de hielo. L. G. Trotter fue el primero en romperlo.

—¿Cómo es eso? ¿Una imitación barata? ¡Pagué cinco mil libras por este collar!

—Claro que sí —añadió Mamá Trotter, con una colérica sacudida de la calabaza —. Este hombre está embriagado.

Me sentí obligado a intervenir en el debate para disipar el miasma de sospecha que se había alzado, o lo que hagan los miasmas. —¿Embriagado? —repetí—. ¿A las diez de la mañana? Una teoría risible. Pero podemos someterla a prueba fácilmente. A ver, Jeeves, diga: «María Chucena su choza techaba, y un techador que por allí pasaba, le dijo: "María Chucena, ¿techas tu choza o techas la ajena?". "Ni techo mi choza ni techo la ajena, que techo la choza de María Chucena."». Repitió la frase con una entonación tan nítida como una campana, o más aún.

—Ya lo ven —concluí, y di por terminada mi defensa.

Tía Dahlia, que había florecido como una planta vivificada con medio litro de la sustancia adecuada servido desde una regadera, intervino con unas palabras de apoyo.

—Pueden confiar en Jeeves —afirmó—. Si él dice que el collar es falso, el collar es falso. Es un experto en joyería.

—Exactamente —añadí—. Lo sabe todo al respecto. Estudió con un tío suyo que está en la profesión.

—Un primo, señor.

—Sí, naturalmente, un primo. Lo siento, Jeeves.

—No tiene porqué, señor.

Spode volvió a meter baza.

—Déjeme ver ese collar —dijo en tono autoritario. Jeeves sometió la bandeja a su atención.

—Creo que corroborará usted mi opinión, milord.

Spode cogió el collar, lo miró al sesgo, soltó un bufido y dictaminó.

—Perfectamente correcta. Una imitación, y no muy buena.

—No puede usted estar seguro —aventuró Percy, y fue fulminado por una mirada.

—¿Que no puedo estar seguro? —Spode se encrespó como un avispón herido en sus sentimientos por una observación falta de tacto—. ¿Que no puedo estar seguro?

—Pues claro que está seguro —intervine, sin llegar a darle una palmada en la espalda, pero dirigiéndole una mirada equivalente a una palmada en la espalda a fin de demostrarle que tenía a Bertram Wooster de su parte—. Sabe muy bien, como todo el mundo, que las perlas cultivadas tienen núcleo. Ha detectado usted el núcleo en un segundo, ¿verdad, Spode, muchacho, o mejor dicho, lord Sidcup, muchacho?

Iba a seguir extendiéndome sobre la práctica de introducir un cuerpo extraño dentro de la ostra con el fin de inducirla a recubrir dicho cuerpo extraño con capas y capas de nácar —y sigo pensando que eso es gastarle una mala pasada a un molusco que únicamente quiere que lo dejen en paz con sus pensamientos—, pero Spode se puso de pie. Había inquina en su actitud.

—¡Y todo esto a la hora del desayuno! —rugió. Comprendí a qué se refería. En casa, sin duda se recogía ante el huevo matutino en hogareña intimidad, con el periódico del día apoyado en la cafetera y a resguardo de todas estas historias de pasiones desnudas que infestaban el lugar. Se enjugó los labios y salió por la puerta-ventana, con expresión torcida y una mano en la cabeza, mientras L. G. Trotter comenzaba a hablar con una voz que estuvo a punto de agrietar su taza de té.

—¡Emily! ¡Explícame qué significa esto!

Mamá Trotter empezó a trabajarlo con los impertinentes, pero para lo mucho que le sirvió igual habría podido utilizar un monóculo. Le sostuvo firmemente su mirada, e imagino —aunque no puedo estar seguro, desde luego, porque se hallaba de espaldas a mí— que en sus ojos habría una dureza acerada que convirtió los huesos de su mujer en agua. De un modo u otro, cuando ella respondió, lo hizo en un tono que he oído a Jeeves describir como el primer balido de una oveja a medio despertar.

—No sabría explicarlo —musitó ella con voz trémula. Iba a decir «murmuró»,

pero es más acertado lo de musitar con voz trémula.

L. G. Trotter ladró como una foca.

—Pues yo sí —afirmó—. Has vuelto a dar dinero a escondidas a ese hermano tuyo.

Era la primera vez que oía mencionar a un hermano de Mamá Trotter, pero no me sorprendió. Según mi experiencia, todas las esposas de los más prósperos hombres de negocios ocultan en segundo plano un hermano dudoso al que pasan unos billetes de cuando en cuando.

—¡No es verdad!

—¡No me mientas!

—¡Oh! —exclamó la amilanada mujer, amilanándose un poco más. El espectáculo fue demasiado para Percy. Durante todo este tiempo había permanecido rígidamente sentado en su lugar, como un ejemplar disecado por un buen taxidermista, pero en ese momento, conmovido por la aflicción de una madre, se irguió con la actitud de quien se dispone a responder al brindis de las señoras. Su aspecto recordaba un poco al de un gato en un callejón desconocido, que espera recibir de un momento a otro medio ladrillo en las costillas flotantes, pero su voz, aunque baja, era firme.

—Yo puedo explicarlo todo. Mamá es inocente. Quería que le limpiaran el collar. Me lo confió para que lo llevara al joyero, y yo lo empeñé y mandé hacer una imitación. Necesitaba dinero con urgencia. Tía Dahlia compuso una expresión de «que me parta un rayo».

—¡Qué cosa más extraordinaria! —exclamó—. ¿Habías oído alguna vez algo semejante, Bertie?

—Debo confesar que es nuevo para mí.

—Sorprendente, ¿eh?

—Asombroso, podríamos decir.

—Sin embargo, así es la vida.

—Sí, así es la vida.

—Necesitaba mil libras para invertirlas en la obra teatral —añadió Percy.

L. G. Trotter, que aquella mañana estaba muy bien de voz, lanzó un alarido que hizo temblar la vajilla. Fue una suerte para Spode que se hubiera retirado fuera del alcance del oído, pues sin duda el grito aquél no le habría hecho el menor bien a su cabeza. Incluso yo, que soy hombre fuerte, di un salto de unos quince centímetros.

—¿Has puesto mil libras en una obra de teatro?

—En la obra de teatro —dijo Percy—. De Florence y mía. Mi dramatización de su novela, *La hoja espinosa*. Uno de nuestros financieros nos falló, y antes que decepcionar a la mujer que amaba…

Florence lo contemplaba con ojos muy abiertos. Si lo recuerdan, he dicho en otro

lugar que su apariencia al ver por vez primera mi bigote tenía algún matiz de un Despertar del Alma. Pues, bien, ahora el Despertar del Alma era aún más pronunciado. Se notaba a una kilómetro.

—¡Percy! ¿Hiciste eso por m?

—Y volvería a hacerlo —le aseguró Percy.

L. G. Trotter comenzó a hablar. No puedo afirmar con certeza que iniciara sus frases con la expresión «¡Cáspita!», pero había un «¡Cáspita!» implícito en cada sílaba. El hombre estaba lo que se dice fuera de sí, y, aunque uno abrigaba escasas simpatías hacia Mamá Trotter, no podía dejar de sentir cierta piedad por ella. Su reinado había terminado. Estaba lista. De ese momento en adelante, quedaba claro quién iba a ser el Führer en el hogar de los Trotter. El gusano de ayer —o podríamos decir el gusano de diez minutos antes— se había convertido en un gusano con piel de tigre.

—¡Esto ya es demasiado! —vociferó. Estoy bastante seguro de que «vociferó» es el término adecuado—. Se te ha acabado eso de holgazanear en Londres, jovencito. Esta misma mañana nos vamos de esta casa…

—¡Cómo! —saltó tía Dahlia.

—… y en cuanto lleguemos a Liverpool empezarás a trabajar en el negocio desde abajo, como habrías tenido que hacer hace dos años si no me hubiese dejado persuadir en contra de mi mejor juicio. Pagué cinco mil libras por ese collar, y tú…

Abrumado por la emoción, hizo una pausa.

—¡Pero, señor Trotter! —Había angustia en la voz de tía Dahlia—. ¡No se irá usted esta mañana!

—Sí que me voy. ¿Acaso cree que pienso someterme a otro de los almuerzos de ese cocinero francés?

—Pero yo tenía la esperanza de que no se fuera antes de dejar resuelta esa cuestión de la compra del *Boudoir*. ¿No podría dedicarme unos minutos en la biblioteca?

—No tengo tiempo. Pienso acercarme en coche hasta Market Snodsbury para visitar a un médico. Existe una mínima posibilidad de que pueda hacer algo para aliviar el dolor. Parece que me ataca por esta zona —explicó, señalando el cuarto botón del chaleco.

Tía Dahlia hizo chascar un par de veces la lengua y meneó la cabeza, y yo también hice chascar la lengua, pero nadie más expresó la conmiseración que el hombre torturado tenía derecho a esperar. Florence seguía absorbiendo a Percy con todos los ojos a su disposición, y Percy se inclinaba solícitamente hacia Mamá Trotter, que parecía la superviviente de la explosión de una bomba.

—Vamos, mamá —dijo Percy, ayudándola a levantarse del asiento en que se consumía—. Te daré friegas en las sienes con agua de Colonia.

Y, tras dirigir una mirada de reproche a L. G. Trotter, la condujo suavemente hacia la puerta. El mejor amigo de una madre es su muchacho.

Tía Dahlia parecía consternada, y comprendí en qué estaba pensando. En cuanto dejara que este Trotter se escapara a Liverpool, estaría pérdida. Las negociaciones delicadas, como la venta de un periódico para el bello sexo a un cliente lleno de resistencia, no pueden desarrollarse satisfactoriamente por correo. A un hombre como L. G. Trotter hay que tenerlo delante, para poder retorcerle el brazo y, en general, volcar sobre él la vieja personalidad.

—¡Jeeves! —grité. No sé por qué, puesto que no veía que podía hacer para ayudar.

Se adelantó respetuosamente. Durante este último tira y afloja se había mantenido en un segundo plano, con esa indiferente expresión de rana disecada que adopta siempre que se halla presente en una riña general en la que su sentido de lo correcto no le permite participar. Y mi espíritu se elevó cuando vi en su mirada que se disponía a prestar su apoyo.

—Si me permite una sugerencia, señor.

—Sí, Jeeves.

—Considero que una de mis recetas matinales podría aliviar los dolores del señor Trotter.

Emití una especie de gargarismo. Había captado la idea.

—¿Quiere decir uno de esos tónicos que ocasionalmente me prepara cuando el estado de la vieja calabaza parece requerirlo?

—Precisamente, señor.

—¿Y cree que ejercerían el efecto deseado en el señor Trotter?

—Oh, sí, señor. Actúan directamente sobre los órganos internos.

No hizo falta más. Vi que, como siempre, había *tetigisti*-ado en la *rem*. Me volví hacia L. G. Trotter.

—¿Ha oído?

—No, no he oído. ¿Cómo quiere que oiga si…?

Lo contuve con uno de mis gestos.

—Bien, pues escúcheme ahora —dije—. Alegre ese ánimo, L. G. Trotter, pues ha llegado la caballería de los Estados Unidos. No va a necesitar al médico. Vaya con Jeeves y él le preparará una fórmula que dejará el pobre estómago en plena forma antes de que pueda usted decir «Lemuel Gengulphus».

Volvió la vista hacia Jeeves y se quedó mirándolo con expresión de esperanzada conjetura. Oí a tía Dahlia dar una boqueada.

—¿Es cierto eso?

—Sí, señor. Puedo garantizarla eficacia del preparado. L. G. Trotter emitió un potente «¡Uff!».

—Vamos allá —dijo brevemente.

—Iré con usted y le sostendré la mano —se ofreció tía Dahlia.

—Sólo una palabra —añadí, mientras la procesión comenzaba a desfilar—. Al ingerir el brebaje, experimentará la sensación pasajera de haber sido alcanzado por un rayo. No haga caso. Es parte del tratamiento. Pero vigile los globos de los ojos, porque, si no los mantiene bajo control, son susceptibles de saltar de sus órbitas y rebotar en la pared de enfrente.

Salieron del comedor, y quedé a solas con Florence.

XXII

Es curioso, pero con la precipitación y el atropello de los últimos acontecimientos, no se me había ocurrido pensar que, dado que los presentes se retiraban en grupos de dos y de tres, y —en el caso de Spode— de uno, forzosamente tenía que llegar un momento en que esta alma viviente y yo quedásemos cara a cara en lo que se denomina una *solitude á deux*. Y entonces que se había materializado tan desagradable estado de cosas, resultaba difícil saber cómo iniciar la conversación. No obstante, hice un intento, el mismo intento que había hecho cuando me encontré encerrado a solas con L. G. Trotter.

—¿Te sirvo una salchicha? —pregunté.

Ella desestimó mi ofrecimiento con un gesto de la mano. Estaba claro que el desasosiego de su alma no podía apaciguarse con salchichas.

—Oh, Bertie —dijo ella, e hizo una pausa.

—¿Una loncha de jamón?

Meneó la cabeza. Al parecer, el jamón estaba tan desacreditado en el mercado como las salchichas.

—Oh, Bertie —repitió.

—Justo delante tuyo —respondí, para darle aliento.

—Bertie, no sé qué hacer.

Suspendió de nuevo la emisión y yo me quedé allí parado esperando que emergiera algo. La idea a medio formar de ofrecerle un arenque ahumado fue desechada de inmediato. Me refiero a que era demasiado tonto seguir sugiriendo artículos de la carta como si fuese un camarero tratando de ayudar a una clienta indecisa.

—Me siento muy mal —anunció.

—Tienes un aspecto estupendo —le aseguré, pero ella desestimó este hermoso cumplido con otro gesto de la mano.

Permaneció en silencio unos instantes más, hasta que al fin habló apresuradamente.

—Se trata de Percy.

Yo estaba mordisqueando una tostada cuando lo dijo, pero la deposité cortésmente en el plato.

—¿Percy?

—Oh, Bertie —repitió, y por la manera en que arrugaba la nariz comprendí que se hallaba muy agitada—. Todo lo que acaba de ocurrir… Cuando dijo aquello de no decepcionar a la mujer que amaba… Cuando supe lo que había hecho… Y todo por mí…

—Ya entiendo qué quieres decir —apunté—. Muy decente.

—Pasó algo en mi interior. Fue como si viera por primera vez al auténtico Percy. Siempre había admirado su intelecto, por supuesto, pero esta vez fue distinto. Me pareció estar contemplando su alma desnuda, y lo que vi en ella…

—¿Era bueno? —inquirí, para animarla a proseguir.

Respiró hondo.

—Quedé abrumada. Quedé atónita. Comprendí que era igual que Rollo Beaminster.

Por un instante perdí el hilo, pero enseguida recordé.

—Oh, ah, sí. No llegaste a decirme mucho de Rollo, excepto que estaba de un humor turbulento.

—Oh, eso era al principio de la historia, antes de que Sylvia y él se reunieran de nuevo.

—Así que se reunieron, ¿eh?

—Sí. Ella contempló su alma desnuda y comprendió que no podía amar a otro hombre.

Ya he subrayado el hecho de que aquella mañana mis facultades mentales brillaban por su agudeza, de modo que, al oír estas palabras, me formé la clara impresión de que Florence se sentía bastante proPercy, en la citada fecha. Podía estar equivocado, desde luego, pero no lo creía así, y me pareció que aquello era una cosa buena que debía ser fomentada. Como Jeeves lo había expresado de un modo tan certero, existe una marea en los asuntos de los hombres que, cuando se toma en la crecida, conduce a la fortuna.

—Escucha —comencé—, tengo una idea. ¿Por qué no te casas con Percy?

Dio un respingo. Vi que estaba temblando. Se movía, se agitaba, parecía sentir el precipitado fluir de la vida bajo su quilla. En sus ojos, cuando los posó en mí, no era difícil percibir la luz de la esperanza.

—Pero estoy prometida contigo —balbució, y me produjo la impresión de que habría podido darse de patadas por ser tan boba.

—Oh, eso puede arreglarse con facilidad —dije alegremente—. Démoslo por anulado, éste es mi consejo. Tú no necesitas una mariposa flacucha como yo, sino alguien que pueda ser tu compañero del alma, un tipo que gaste sombreros del número nueve y con el que puedas sentarte, cogiditos de la mano, para hablar de T. S. Eliot. Y Percy reúne estas condiciones.

Se atragantó un poco. La luz de esperanza era cada vez más pronunciada.

—¡Bertie! ¿Me dejas en libertad?

—Ciertamente, ciertamente. Con un gran pesar y todo eso, pero considéralo hecho.

—¡Oh, Bertie!

Se lanzó sobre mí y me besó. Desagradable, desde luego, pero estas cosas hay que

afrontarlas. Como oí comentar a Anatole en cierta ocasión, hay que saber estar a las duras y a las maduras.

Seguíamos unidos en estrecho abrazo cuando el silencio —nos abrazábamos de un modo bastante silencioso— fue interrumpido por lo que sonó como el aullido de dolor de uno de los perros locales que se hubiera golpeado el morro contra la pata de la mesa.

No era un perro. Era Percy. Estaba de pie en el umbral con aspecto angustiado, y no sería yo quien se lo reprochara. Si uno ama a una muchacha, naturalmente, es angustioso entrar en una habitación y encontrarla la mar de amartelada con otro tipo.

Recobró la compostura con un poderoso esfuerzo. —Sigan —dijo—, sigan. Perdón por la interrupción.

Profirió un sollozo ahogado, y vi que se llevaba una buena sorpresa cuando Florence, separándose bruscamente de mí, dio un salto de conejo silvestre que casi se clasificaba en la categoría Cheesewright-Wooster y se arrojó a sus brazos.

—¿Eh? ¿Qué? —farfulló. Estaba claro que no se hacía cargo de la situación.

—¡Te quiero, Percy!

—¿De veras? —Su rostro se iluminó por un instante, pero enseguida sobrevino un apagón—. Pero estás comprometida con Wooster —añadió sombríamente, contemplándome de una manera que daba a entender que, en su opinión, la mitad de los problemas del mundo se debía a los tipos como yo.

Me acerqué a la mesa y cogí otra tostada. Fría, por supuesto, pero siento cierta afición a las tostadas frías, siempre que haya mantequilla en abundancia.

—No, eso ya se acabó —le anuncié—. Adelante, viejo camarada. Tiene luz verde.

Florence habló con voz temblorosa.

—Bertie me ha devuelto la libertad, Percy. Estaba besándolo para demostrarle mi agradecimiento. Cuando le he dicho que te amaba, me ha devuelto la libertad.

Advertí que Percy quedaba impresionado.

—¡Caramba! Eso es muy decente por su parte.

—Bertie es así. Es el alma de la caballerosidad.

—Verdaderamente lo es. Me asombra. Nadie lo hubiera pensado, al verlo.

Ya empezaba a estar harto de que la gente dijera que nadie lo hubiera pensado, al verme, y es muy posible que en este punto hubiese replicado algo. Pero antes de que pudiera poner en marcha el engranaje, Florence emitió de pronto algo que virtualmente equivalía a un gemido de angustia.

—Pero, Percy, ¿qué vamos a hacer? Yo sólo dispongo de una pequeña asignación para ropa.

No seguí el hilo de sus pensamientos. Y Percy tampoco. Una observación críptica, a mi modo de ver, y advertí que él también pensaba así.

—¿Y qué tiene eso que ver? —preguntó.

Florence se retorció las manos, algo que he leído con frecuencia en los libros pero nunca había visto hacer. Es una especie de movimiento circular que parte de las muñecas.

—Quiero decir que no tengo dinero, y tú tampoco, salvo el que pueda pagarte tu padrastro cuando entres en el negocio. Tendríamos que vivir en Liverpool. ¡Yo no puedo vivir en Liverpool!

Bien, desde luego, hay mucha gente que lo hace, o así se me ha dado a entender, pero comprendí a qué se refería. El corazón de Florence estaba en la bohemia londinense —Bloomsbury, Chelsea, emparedados y absenta en la vieja buhardilla, todo este tipo de cosas—, y detestaba tener que renunciar a ella. No sé si habrá muchas buhardillas en Liverpool.

—Vaya —observó Percy.

—¿Entiendes qué quiero decir?

—Oh, sí, desde luego —respondió él.

Era evidente que sé sentía incómodo. En sus gafas de montura de carey había aparecido una extraña luz, y sus patillas se estremecían suavemente. Por un instante permaneció inmóvil, dejando que el «No me atrevo» prevaleciera sobre el «Me gustaría». Pero al fin habló.

—Florence, debo confesarte algo. No sé cómo decírtelo. Lo cierto es que mi situación económica es razonablemente desahogada. No soy rico, pero tengo unos ingresos satisfactorios, completamente adecuados para mantener un hogar. No pienso irme a Liverpool.

Florence abrió mucho los ojos. Tengo la impresión de que, por temprana que fuese la hora, estaba pensando que Percy había tomado algunas copas de más. Su aspecto era el de una muchacha a punto de pedirle que repitiera «María Chucena su choza techaba, y un techador que por allí pasaba, le dijo: "María Chucena, ¿techas tu choza o techas la ajena?". "Ni techo mi choza ni techo la ajena, que techo la choza de María Chucena."». No obstante, lo único que dijo fue:

—Pero, Percy, querido, no creo que tus poemas te proporcionen mucho dinero.

Él hizo girar los pulgares durante unos instantes. Se notaba que estaba intentando darse ánimos para revelar algo que sin duda hubiese preferido mantener bien encubierto. He tenido la misma experiencia cuando he sido sometido al tercer grado por tía Agatha.

—Tienes razón —asintió—. Esa cosita mía de «Caliban ante el crepúsculo» que he publicado en *Parnaso* sólo me ha producido quince chelines, y tuve que luchar como un tigre para conseguirlos. La editora quería dejarlo en doce chelines y seis peniques. Pero tengo un… una fuente de ingresos alternativa.

—No comprendo.

Agachó la cabeza.

—Enseguida comprenderás. Mis ingresos de esta, ah, fuente alternativa ascendieron el pasado año a casi ochocientas libras, y este año calculo que llegarán al doble de eso, porque mi agente ha conseguido establecerme en el mercado estadounidense. Florence, sé que vas a escandalizarte, pero debo decírtelo: escribo novelas policíacas bajo el seudónimo de Rex West.

No estaba mirando a Florence, conque no puedo decir si se escandalizó, pero yo, desde luego, no. Me quedé mirándolo, completamente atónito.

—¿Rex West? ¡Válgame el cielo! ¿Escribió usted *El misterio del cangrejo de río rosado*?

Volvió a agachar la cabeza.

—En efecto. *Y Asesinato en malva*, *El caso del buñuelo envenenado* y *El inspector Biffen examina el cadáver*.

Yo desconocía la existencia de estos títulos, pero le aseguré que me apresuraría a añadirlos a mi lista de librería, y procedí a formularle una pregunta que llevaba algún tiempo reclamando mi atención.

—Entonces, ¿quién se cargó a sir Eustace Willoughby Bart golpeándolo con un instrumento romo?

Respondió en voz queda y carente de expresión.

—Burwash, el mayordomo.

Lancé un grito.

—¡Como yo sospechaba! ¡Como yo sospechaba desde el principio!

Hubiera seguido interrogándole acerca de su Arte, preguntándole cómo se le ocurrían estas ideas y si trabajaba a horas fijas o esperaba la inspiración, pero Florence volvió a ocupar el centro de la escena. Lejos de escandalizarse, estaba acurrucada entre sus brazos y cubría su rostro de ardientes besos.

—¡Percy! —Estaba completamente rendida ante él—. ¡Eso es maravilloso! ¡Qué inteligente eres!

Él vaciló.

—¿No estás indignada?

—Claro que no. Estoy contentísima. ¿Estás trabajando en algo, últimamente?

—Una novela corta. Creo que la titularé *La sangre lo dirá*. Tendrá unas treinta mil palabras. Mi agente dice que a estas revistas estadounidenses les gustan lo que llaman «piezas de tiro único», una expresión coloquial, supongo, para referirse al material de longitud adecuada para su publicación en un solo número.

—Tienes que contármelo todo —le urgió, colgándose de su brazo y arrastrándolo hacia la puertaventana.

—Oiga, un momento —exclamé.

—¿Sí? —dijo Percy, volviendo la cabeza—. ¿Qué desea, Wooster? Hable deprisa. Estoy ocupado.

—¿Me firma un autógrafo?

Se le iluminó el rostro.

—¿De veras lo quiere?

—Soy un gran admirador de su obra.

—¡Así me gusta! —saltó Percy.

Estampó su firma en la parte de atrás de un sobre vacío y salieron los dos cogidos de la mano, una joven pareja que emprendía su largo viaje juntos. Y yo, sintiendo cierto apetito tras esta emotiva escena, me senté a la mesa y volví a atacar las salchichas y el bacon.

Seguía empeñado en esta tarea cuando se abrió la puerta y entró tía Dahlia. Una mirada fugaz bastó para decirme que todo iba bien con la vieja parienta. En otra ocasión he dicho de su cara que brillaba como los fondillos del pantalón de un conductor de autobús, y eso mismo hacía entonces. No habría estado más alegre si la hubieran elegido Reina de Mayo.

—¿Ha firmado ya los papeles L. G. Trotter? —quise saber.

—Los firmará en cuanto recupere los globos de sus ojos. Cuánta razón tenías en eso de los ojos. La última vez que los he visto, iban rebotando de pared a pared mientras él los perseguía acaloradamente. Bertie —dijo la vieja antepasada, con voz llena de pasmo admirativo—, ¿qué pone Jeeves en esos preparados suyos?

Sacudí la cabeza.

—Sólo él y su Dios lo saben —contesté en tono grave.

—Parecen cosa serie. Recuerdo haber leído algo en alguna parte acerca de un perro que se tragó un frasco de salsa de ají. Según lo describían, dio todo un espectáculo. Trotter ha reaccionado de manera bastante parecida. No me extrañaría que uno de los ingredientes fuese dinamita.

—Es muy posible —asentí—. Pero no hablemos de perros y salsa de ají. Preferiría que comentáramos nuestros finales felices.

—¿Finales felices? ¿En plural? Yo he tenido un final feliz, desde luego, pero tú…

—Yo también. Florence…

—¿Quieres decir que lo vuestro ha terminado? —Va a casarse con Percy.

—¡Bertie, mi radiante muchacho!

—¿No le dije que tenía fe en mi buena estrella? La moraleja del asunto, según yo lo veo, es que no se puede sojuzgar a un hombre bueno, o —incliné ligeramente la cabeza hacia ella— a una mujer buena. ¡Qué gran lección debiera ser para nosotros, vieja sangre de mi sangre, nunca rendirse, nunca desesperar! Por oscuro que parezca el horizonte…

Iba a añadir «y por oscuras que parezcan las nubes», para seguir luego hablando del sol que tarde o temprano acabaría, sonriendo e través de ellas, pero en aquel momento hizo su entrada Jeeves.

—Disculpe, señora. ¿Tendría a bien reunirse con el señor Trotter en la biblioteca, señora? Está esperándola allí.

A decir verdad, tía Dahlia necesita un caballo que le ayude a cobrar velocidad, pero aun yendo a pie llegó a la puerta en un tiempo excelente.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó desde el umbral, volviendo la cabeza.

—Me es grato poder decir que su salud está completamente restablecida, señora. Ha hablado de aventurarse con un emparedado y un vaso de leche a la conclusión de su conferencia.

Tía Dahlia le dirigió una larga y reverente mirada.

—Jeeves —dijo al fin—, es usted único. Sabía que salvaría la jornada.

—Muchísimas gracias, señora.

—¿Ha ensayado alguna vez uno de esos brebajes suyos en un cadáver?

—Todavía no, señora.

—Debería hacerlo —sentenció la vieja parienta, y salió corcoveando como uno de esos briosos corceles que, aunque yo personalmente nunca lo haya oído, exclaman «¡Ja!» entre las trompetas.

Un silencio siguió a su partida, pues yo me hallaba sumido en reflexión. Debatía para mis adentros si daba un paso de la mayor importancia ó si, por el contrario, no lo daba, y en ocasiones como ésta uno no habla, sino que sopesa los pros y los contras. Me encontraba, resumiendo, ante una encrucijada.

Ese bigote mío…

Pro: Me encantaba. Me veía bien con él. Había abrigado la esperanza de irlo cultivando con los mejores abonos a lo largo de los años, hasta que llegara a ser la comidilla de la ciudad.

Contra: Pero, me preguntaba, ¿era eso prudente? Al recordar el efecto que había ejercido en Florence Craye, vi con claridad que me hacía demasiado fascinante. Y ahí acechaba el peligro. Cuando uno se vuelve demasiado fascinante, se expone a que suceda toda clase de cosas que uno no desea que sucedan, si me siguen.

Una extraña calma descendió sobre mí. Había tomado mi decisión.

—Jeeves —dije, y sentí una punzada pasajera. ¿Por qué no? Uno es un ser humano—. Jeeves —repetí—, voy a afeitarme el bigote.

Su ceja izquierda tembló perceptiblemente, lo que demostraba hasta qué punto le habían conmovido mis palabras.

—¿De veras, señor?

—Sí, se ha ganado este sacrificio. Cuando haya saciado mi apetito… Son buenas estas salchichas.

—Sí, señor.

—Hechas, sin duda, con cerdos satisfechos. ¿Las ha probado en su desayuno?

—Sí, señor.

—Bien, como iba diciendo, cuando haya saciado mi apetito, encaminaré mis pasos hacia mi habitación, me enjabonaré el labio superior, tomaré navaja en mano y… *¡voilá!*

—Muchísimas gracias, señor —dijo él.



PELHAM GRENVILLE WODEHOUSE fue un escritor humorístico inglés que nació en Guilford, Surrey, el 15 de octubre de 1881 y que falleció en Southampton, Nueva York, el 14 de febrero de 1975. El tercero de cuatro hermanos, pasó su infancia en Hong Kong, a donde fue destinado su padre como magistrado. Ya de regreso en Inglaterra, estudió en la Universidad de Dulwich y trabajó como banquero en Londres en el Banco de Hong Kong y de Shanghai. En 1903 comenzó a colaborar con el periódico *London Globe* como columnista, lo que le confirió la suficiente fama como para granjearse otros puestos con diversas publicaciones europeas y estadounidenses, pero no alcanzó verdadera notoriedad hasta que apareció su novela **El inimitable Jeeves**, en 1924. Al estallar la Segunda Guerra Mundial, fue detenido por soldados alemanes mientras residía en Francia, y fue prisionero un corto tiempo en Berlín, hasta que fue liberado en 1941; durante su captura se emitieron varios relatos suyos por la radio alemana, lo que llevó a acusaciones contra su persona de colaborar con el nazismo. Con el fin de la guerra, se trasladó a Estados Unidos, donde residió el resto de su vida y donde alcanzó gran popularidad no sólo por sus novelas sino también por sus comedias musicales. Fue nombrado Caballero del Imperio Británico cuando ya contaba con 93 años de edad.

BIBLIOGRAFÍA:

- Jeeves y el espíritu feudal (1954)
- Locuras de Hollywood (1951)

- Júbilo matinal (1946)
- Luna llena (1942)
- Tío Fred en primavera (1939)
- El código de los Woosters (1939)
- Luna de verano (1938)
- Ola de crímenes en el castillo de los Blandings (1937)
- Jovencitos con botines (1936)
- La suerte de los Bodkin (1935)
- Gracias, Jeeves (1934)
- De acuerdo, Jeeves (1934)
- Mal tiempo (1933)
- Guapo, rico y distinguido (1932)
- Dejádselo a Psmith (1923)
- El inimitable Jeeves (1923)
- Piccadilly Jim (1918)
- Amor y gallinas (1906)

Notas

[1] Sopa de arroz y carne sazonada con Curry. (N. del T.) <<



[2] Juego de palabras con la doble acepción de stretch: «estiran», y también «condena». (N. del T.) <<



[3] Juego de palabras con la doble acepción de fine: «magnífico», y también «multa». (N. del T.) <<

[4] Alusión a una canción popular inglesa, Mary tenía un corderito. (N. del T.) <<

[5] En castellano en el original. (N. del T.) <<

[6] Juego de palabras entre whiskers («patillas») y whisky. (N. del T.) <<



[7] Yoicks: grito con que se azuza a los perros en la caza del zorro. Tally ho: voz que da el cazador al avistar la presa. (N. del T.) <<

[8] Un conocido diccionario ideológico de la lengua inglesa. (N. del T.) <<



[9] Juego de palabras con la doble acepción de right: «bien», y también «derecha». (N. del T.) <<



[10] Nuevamente el juego de palabras con la doble acepción de right: «correcta», y también «derecha». (N. del T.) <<

[11] En castellano en el original. (N. del T.) <<

[12] Stinker: apestoso. (N. del T.) <<



[13] En el folclor irlandés, espíritu femenino cuyos aullidos y gemidos anuncian una muerte en la familia. (N. del T.) <<

[14] Representación teatral cómica, con canciones y danzas, en la que los actores están maquillados de negro. (N. del T.) <<